







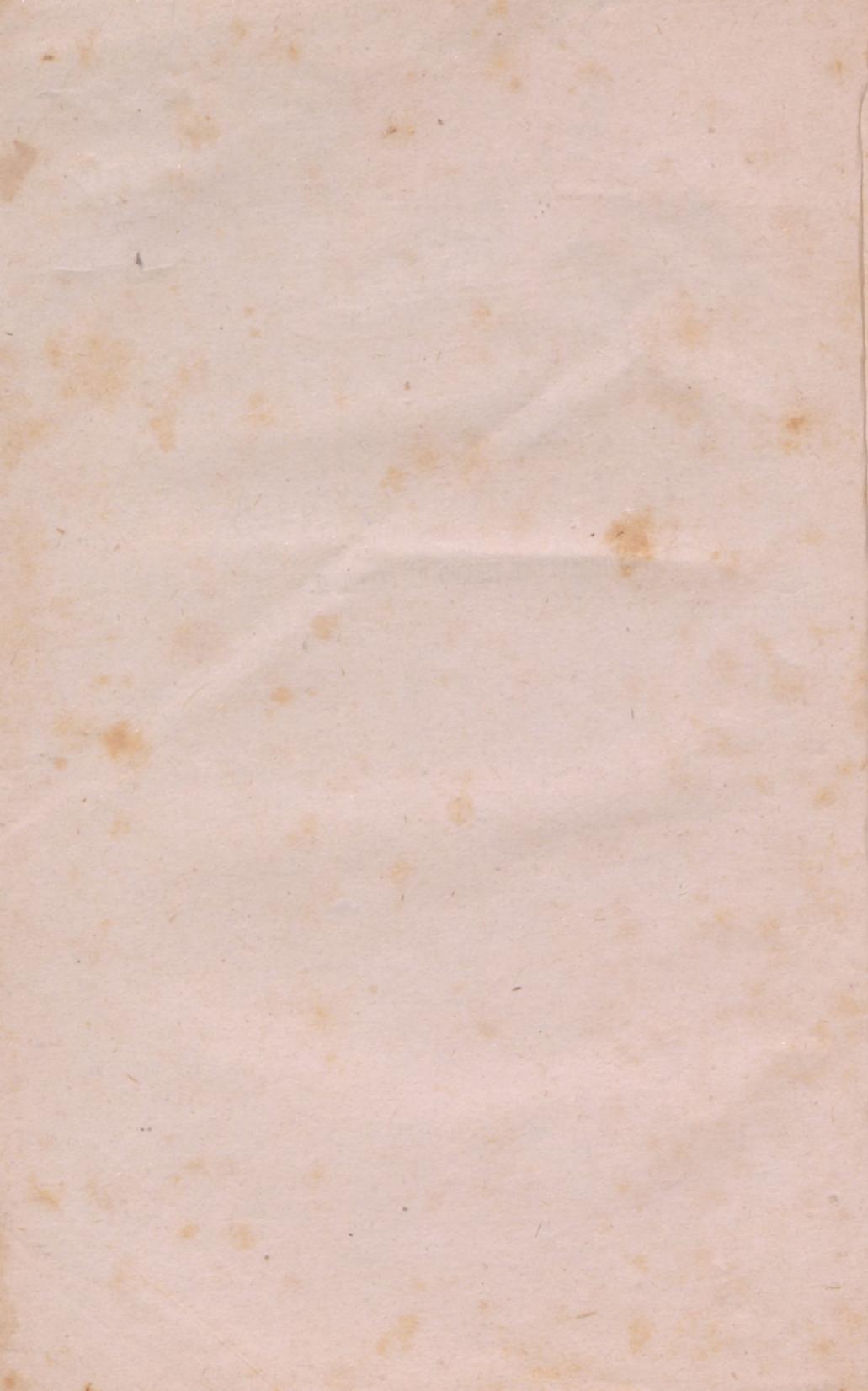
B.  
ESTANIS

ANT  
XIX  
477

# EL PADRE GINES

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE II.)

BIBLIOTECA PARTICULAR  
ESTANISLAU ROIG GINGL  
— BARCELONA —



19 cmf.

12-72.156



BIBLIOTECA DE AMBOS MUNDOS.

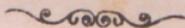
---

# EL PADRE GINES

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE II.)

POR

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.



MADRID.

LIBRERÍA DE ANLLO Y RODRIGUEZ,  
Calle del Olivo, números 6 y 8.

—  
1875.

BIBLIOTECA DE FERRAZ MENDOZA

# EL PADRE GINES

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

DOCTOR RAFAEL CRISTÓBAL Y MORALES

---

Imprenta de Federico Escamez Centeno, Sta. Agueda 2, pral.

## CAPITULO PRIMERO.

### Una alternativa.

Una tarde del mes de Setiembre de 1570 salió del alcázar real un hombre que no tendría más de veintidos años, y que por su ropaje parecia ser un hidalgo de mediana fortuna.

Inclinaba sobre el pecho la cabeza, medio cerraba los ojos, y andaba como maquinalmente, ya con demasiada prisa, ya muy despacio, y á veces deteniéndose y pronunciando en voz muy baja algunas frases. Tambien algun suspiro penoso se escapaba de su pecho, y alguna sonrisa desgarradoramente amarga se dibujaba en sus lábios, ó bien su mirada se tornaba sombría.

No es menester decir que muy preocupado estaba el hermoso mancebo, porque hermoso era, y que en el fondo de su espíritu rugia una de esas

borrascas espantosas que calificamos con el nombre de crisis, porque deciden la suerte de la criatura.

Rostro aguileño de atrevidos perfiles; grandes y negros ojos; frente despejada; labios gruesos y de expresion desdeñosa; regular estatura; formas musculares y noble continente. Hé ahí el retrato de nuestro personaje, el retrato fisico, que es el que ménos importa, y en cuanto á la parte moral, nada podemos ni debemos decir, porque los sucesos nos la han de dar á conocer.

Atravesó la plaza de Oriente, mucho más pequeña de lo que ahora es; siguió la direccion de la tápia de la huerta de la Priora, dejando á su espalda los Caños del Peral, y por el Arroyo del Arenal tomó, llegando muy pronto á los sombríos muros del monasterio de San Martin, que en aquella época se levantaba imponente con sus torreones señoriales y con sus puertas ferradas.

Todo esto ha desaparecido; el monasterio sufrió su primer quebrantó con el derribo de su iglesia, cuando los franceses se hacian la ilusion de que dominaban á los españoles, y despues los torreones desaparecieron, las puertas se cambiaron, las sombrías paredes se pintaron con almazarron y se establecieron las oficinas del Gobierno civil.

Esta última época es tambien de recuerdos inolvidables. Las cuevas del edificio sirvieron de depósito para los desdichados papeles, donde la imprenta estampaba las elucubraciones de los hom-

bres políticos que habian entablado la lucha contra las reminiscencias de un despotismo tan horroroso como absurdo, y allí tambien, si no en las cuevas, en reducidos aposentos, veíanse encerrados por algunas horas los llamados delincuentes políticos, quienes sin otra explicacion que la del sí por que sí, eran deportados.

El arroyo ó barranco del Arenal tampoco existe, pues es la calle de este nombre, y una de las mejores de Madrid; y donde los Caños del Peral estuvieron en medio de un cenagal, levántase grandioso el teatro de la Opera. Ha desaparecido la huerta de la Priora al desaparecer el antiquísimo Convento de Santo Domingo el Real, y la plaza de Oriente, que no era plaza, sino un espacio de terreno, desigual, ondulado, en unos sitios pedregoso, aquí cubierto de yerba y allí de fango, es hoy uno de los sitios más bellos de la capital de España.

¿Nada queda de entónces?

Algo, lo que no entraña ningun recuerdo, lo que no tiene ningun valor histórico, lo feo y hasta mal sano, un barranco, una sima inmundada, que no sabemos si es muladar ó calle, sombría, súcia, horrible, y que para que tenga todo lo malo, es morada, nido repugnante del vicio y hasta del crimen. Excusado es decir que nos referimos á la calle de la Escalinata.

El jóven hidalgo dobló la segunda esquina del monasterio, y entró en éste, preguntando al hermano portero si se encontraba en su celda el padre Ginés.

La contestacion fué afirmativa.

El mancebo subió escaleras, atravesó galerías y pasillos, y se detuvo junto á una puerta, en la que discretamente dió algunos golpes.

—Adelante,—dijo una voz grave.

Y abrió el hidalgo y entró en una celda, encontrándose frente á fray Ginés.

En los cincuenta parecía que frisaba éste, y pocos años de más ó de ménos debía tener.

Era de elevada estatura, robusto, de formas atléticas, facciones abultadas, ojos redondos, pequeños, hundidos y pardos, y barba muy espesa, de color castaño oscuro.

Nada de particular presentaba su semblante, era como muchos, y por consiguiente, no podia llamar la atencion, como no la llama ningun rostro cuando por algo no se distingue.

Tampoco era fácil adivinar el grado de desarrollo intelectual del fraile; pero muy pronto hemos de ver que, si no tenia mucho talento, le sobraba astucia, habilidad, audacia y otras cualidades absolutamente necesarias para llevar á cabo cierta clase de empresas.

De sus antecedentes nada podemos decir, porque nada sabemos: el padre Ginés era un fraile como todos, una parte de la comunidad á que pertenecía; nada por sí, puesto que el individuo nada representaba en un convento. Cumplia su deber, como lo cumplian todos los frailes, haciéndolo todo por la colectividad de que cada cual era miembro, y

contentándose con la parte de beneficio que como miembro le tocaba.

Nuestro jóven se quitó el sombrero, se inclinó y besó respetuosamente la diestra del padre Ginés, recibiendo en cambio una bendición.

Ocultábase ya el sol, y era escasa la luz en la celda.

—Sentaos,—dijo el fraile.

—¿Podemos hablar?

—Con el más completo descuido, pues nadie nos interrumpirá.

—Me alegro, porque de una vez deseo salir de dudas, quedar dentro ó fuera, realizar mi dicha ó morir.

—¡Morir!—replicó el fraile con voz hueca, mientras fijaba una mirada penetrante en el jóven.—  
¿Acaso no quereis vivir sino para ser dichoso?

—Todos aspiramos á la dicha.

—Porque, desgraciadamente, nos olvidamos de que este mundo es un valle de lágrimas, de que para sufrir hemos nacido, para luchar, para que se acrisole nuestra virtud, encontrando despues la recompensa en la eternidad.

—Todo eso es verdad, padre mio; pero.....

—No habeis podido haceros superior á vuestras pasiones. Peor para vos. Por falta de consejos, de luz.....

—Perdonad,—interrumpió el mancebo, á quien no parecia que agradasen mucho los sermones en aquellos momentos en que la más espantosa borrasca agitaba su espíritu.

—¿Os impacientais?...

—Sí, porque ya os he dicho que de una vez quiero la vida ó la muerte.

—La vida es un relámpago.

—No lo ignoro.

—Si hubiéseis seguido mis consejos.....

—Otra vez os pido perdon.

—El Omnipotente os dé fuerzas.

—¡Oh!—exclamó el jóven, que muy trabajosamente se dominaba.—Mi situacion es insostenible, estoy desesperado, trastornado, loco..... ¿No lo habeis comprendido? Quiero que mi alma se salve; pero ahora no puedo ocuparme de la eternidad, sino del mundo, y como otra cosa es absolutamente imposible, os molestareis en vano, hablando á mi razon ó á mi fé cristiana. No he venido á confesar mis pecados, ni á pedir os la absolucion, ni siquiera consejos, sino á saber lo que habeis decidido. ¿Recordais cómo y por qué os conocí? ¿Habeis olvidado que la base de nuestras relaciones es un asunto puramente mundano? Para mí no sois ahora el sacerdote, y por consiguiente.....

—Comprendo.

—Amo con frenesí, y mi amor es mi vida, es mi felicidad, es todo.

—Y sois correspondido.

—¿Qué me importa?... Mayor fortuna fuera que á otro amase la mujer á quien adoro, porque teniendo un rival.....

—Os 'extraviais,—interrumpió severamente el fraile.

—Haré el último esfuerzo para hablar con calma.

—Así es preciso.

—Si á mal no lo llevais, evocaré algunos recuerdos.

—Decid lo que os parezca bien.

—Hace un mes que al salir de la morada de la mujer á quien adoro, quiso mi desdicha que os encontrase. No sé si la casualidad.....

—No hay casualidades: todo lo dispone Dios.

—Dios lo quiso, y yo, sin bastante virtud ó fuerzas para resignarme.....

—Cuidado, hijo, que andais muy cerca de la blasfemia.

—Me detuvisteis y me dijisteis las siguientes palabras, que no he podido olvidar: «Mancebo, no os conviene amar á esa mujer, ni á ella le conviene corresponderos, y si no por vuestro bien, por el de ella, debéis olvidarla.» Osmiré sorprendido, me sentí aturdido, aunque no me aturdo con facilidad, y os respondí que me aconsejábais hacer un imposible. Me hablasteis entónces de la fuerza de la voluntad, de la grandeza de los sacrificios, de esta vida, de la otra, y..... ¡Oh!..... Yo me sentía más aturdido cada vez. Os pedí explicaciones, y no me las dísteis.....

—Porque no puedo repetir lo que se me confía bajo el secreto de la confesión.

—¿Por qué no me conviene amar á doña Elvira,

cuando sin su amor no hay felicidad posible para mí? ¿No es tan virtuosa como hermosa? ¿No es de tan noble cuna como yo?

—Siempre vuestras preguntas.

—Y vos vuestra reserva.

—Si os casáseis con doña Elvira, vuestra desgracia no podría compararse á la de ninguna criatura, y repito que sobre este punto no puedo daros explicaciones.

—No puse en práctica vuestro consejo, porque no pude ponerlo. Otras veces os vi; os he suplicado, y al fin.....

—Os dije que me encontraba firmemente resuelto á cumplir mi deber, costase lo que costase, y como vuestra obstinacion acrecentaba.....

—Y acrecentará.

—He tenido que apelar al último recurso; os he rogado que viniéseis á verme, y hoy mismo quedará decidida la suerte de todos.

—Ese es mi deseo.

—Y seguro estoy de que si á doña Elvira no olvidais, la dejareis en libertad para que pueda ser esposa de otro.....

—¡Jamás!

—Vos tambien teneis que cumplir sagrados deberes, y si no sois un desalmado, hareis el sacrificio de vuestro amor ántes que otros sacrificios. La alternativa en que voy á ponerlos, es horrible; pero la culpa no es mia, sino de las circunstancias, y por grande que sea mi dolor al

veros sufrir, mi conciencia quedará tranquila.

—No adivino.....

—Escuchad.

El jóven fijó en el padre Ginés una mirada ansiosa, y se estremeció.

Valor le sobraba al noble mancebo para arrostrar todos los peligros, para sufrirlo todo; pero su instinto le anunció una desgracia superior á sus fuerzas.

El fraile cambió de postura, meditó, y con su calma inalterable, dijo despues de algunos minutos:

—Yo tambien necesito evocar recuerdos, habladme de sucesos que sólo vos conoceis.

—Ya escucho.

—Hace algunos años que vuestro noble padre, por un error de entendimiento, llegó á creer que la justicia estaba de parte de los flamencos que habian tomado las armas contra su rey.

—¡Reverendo padre!.....

—Tengo las pruebas de cuanto voy á deciros.

—Pero ....

—Seguid escuchando, que tiempo os queda para replicar.

El jóven empezó á comprender como nunca la gravedad de la situacion.

—Vuestro padre,—repuso fray Ginés,—no adivinó lo que entrañaba la sublevacion de los flamencos, creyó de buena fé que no era más que lo que se veia, y se puso con ellos en relaciones, y les ayudó, y con un pretexto que para nadie fué sospecho-

so, salió de España. Tres años despues habia visto más claro, y se horrorizaba de su propia conducta pero su buena intencion no podia salvarlo, era uno de tantos rebeldes, con la circunstancia agravante de ser español y no poder justificarse con el amor á su pátria. En Bruselas habia conseguido inspirar confianza á la gobernadora, en cuya servidumbre obtuvo un cargo del que abusó para favorecer á los rebeldes.

Densa palidez habia cubierto el rostro del jóven.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por su frente.

Casi no necesitaba ya más explicaciones; pero no articuló una sílaba y siguió escuchando.

El fraile añadió:

—Afortunadamente, nadie habia sabido, ni siquiera sospechado, que vuestro padre era un traidor, y arrepentido al fin, abandonó la causa de los rebeldes, y se volvió á España con reputacion tan buena, que consiguió un empleo en la servidumbre del mismo rey á quien habia engañado.

—Engañado fué mi padre tambien.....

—¿Podeis probarlo? Y aunque lo probáseis, ¿no resultaria siempre que vuestro padre habia sido un rebelde? ¿Qué importa la causa si el efecto es el mismo? Un niño puede excusarse con la falta de razon ó de experiencia; pero un hombre de cuarenta años, que está en su juicio cabal, debe ser responsable de sus acciones, con tanto más motivo,

cuanto que no se trata de un caso en que haya podido ser violentada la voluntad.

—Sabeis demasiado, padre mio.

—Lo peor es que tengo las pruebas, y que estas consisten en cartas firmadas por vuestro padre y en otros documentos.....

Se contrajo la frente del jóven.

Se iluminaron sus pupilas.

Ya no podia dominarse.

—¡Oh!—exclamó con voz sorda.—¿Nunca se os ha ocurrido pensar que hay secretos muy peligrosos, que matan como un veneno?

—¡Bah!—murmuró desdeñosamente el fraile.

—¿No sabeis que un hijo como yo es capaz de todo para salvar á su padre?

—Sí, lo sé, y por eso precisamente es por lo que os he dicho, que tengo la seguridad de que hareis el sacrificio de vuestro amor.

—Os habeis equivocado, porque ántes que hacer ese sacrificio.....

—Me matareis, ¿no es verdad?—interrumpió el padre Ginés.

No respondió el jóven; pero su mirada terrible fué demasiado elocuente.

—Dios os perdone,—dijo dulcemente el fraile.

—Sois un sacerdote; pero desde el momento en que cometeis un abuso.....

—Y vos cometeis torpeza tras torpeza, que es mucho peor.

—Me defiendo, y vos me obligais.....

—Dejadme concluir.

—¿Qué más podeis decirme?

—Por de pronto desvaneceré una de vuestras ilusiones. Soy dueño de las pruebas del crimen de vuestro padre; pero esas pruebas no están aquí, y por consiguiente nada adelantaríaís con matarme, sino que, por el contrario, os colocaríais en peor situacion, porque la persona que tiene esos documentos me vengaria inmediatamente y vos tendríais el disgusto de ver á vuestro padre morir ahorcado ó quemado vivo, segun el carácter que al asunto diesen.

Otra vez empezó á sentirse anonadado el mancebo, porque se convenció de que las amenazas eran completamente inútiles, y que nada ganaría llevando la cuestion al terreno de la violencia.

Lo que se le exigía era claro; estaban palpables los efectos de aquella intriga; pero ¿y las causas?

¿Qué interés tenia el fraile en poner término á los amores de doña Elvira y del hidalgo?

Ella era más noble y mucho más rica que él, y sin embargo de esta desigualdad, ningunas dificultades habia presentado sériamente el padre de ella.

¿Por qué no habian de ser felices?

Era absurdo suponer que fray Ginés queria separar á los dos amantes por el solo placer de verlos sufrir.

¿Habia en todo esto el interés de una pasion criminal?

Desde luego podemos decir que no; el fin era otro, y nadie lo hubiera adivinado.

El fraile y el que podemos llamar su víctima guardaron silencio por algunos minutos.

Entre tanto se habia ocultado el sol.

No quedaba más luz que la del resplandor del crepúsculo.

La celda estaba sombría.

Resonaron las campanas del monasterio con el toque del *Angelus*.

—Primero Dios y luégo el mundo,—dijo el fraile.

Y se arrodilló, cruzó las manos, inclinó sobre el pecho la cabeza y empezó á rezar.

El jóven, aunque su ánimo no estaba dispuesto para dirigirse al Omnipotente, arrodillóse tambien y murmuró el *Ave Maria*.

Concluido el acto de devocion, sentáronse.

¿Cómo reanudar la conversacion?

Esto, que parecia muy sencillo, presentaba grandísimas dificultades para el hidalgo, pero fray Ginés lo sacó del apuro diciendo:

—Hablamos por última vez.

—Lo supongo, padre.

—Dueño soy de un secreto terrible.

—Y ¿qué quereis de mí?

—Ya os lo he dicho: preciso es que pongais fin á vuestras relaciones con doña Elvira.

—¿Y por qué?

—Hay motivos graves, una razon suprema.

—Su padre, aunque desearia para su hija un no-

ble de primera calidad y muy rico, no se opone á nuestro amor.

—Se ha concretado á dar consejos, y si os empeñais, aprobará vuestra union.

—Así es.

—Eso consiste en que don Pedro ignora lo que yo sé, y lo ignorará toda su vida, pues ni me está permitido revelar ciertos secretos, ni, aunque me estuviese, he de destrozar el corazon de un hombre honrado.

—Lo que estais diciendo.....

—Es grave, ya lo sé.

—Y ocasionado á ciertas sospechas.....

—Cuidado, —interrumpió severamente el padre Ginés, —mucho cuidado, hijo mio, porque es temerario hacer suposiciones.

—¿No es doña Elvira hija de don Pedro?

—Sí, y vos sois tambien el hijo del señor Alonso de Cardona.

—Entónces.....

—Basta.

—¡Vive el cielo! —exclamó el hidalgo, dejándose otra vez arrebatado por la ira, poniéndose en pié y dejando que de sus ojos se escapasen dos centellas.

—Olvidad á doña Elvira.

—¡Imposible!

—Vuestro padre será entregado al verdugo.

—No teneis corazon.

—Tal vez, —dijo friamente el fraile; —pero tengo conciencia.

—No, y mil veces no.

—Vuestra opinion no me importa.

—Os mataré, padre, os mataré,—dijo arrebatadamente el mancebo,—y cuando la justicia.....

—Olvidais que aquí no hay más justicia, ni más autoridad que la del superior de San Martin, que es señor, que tiene jurisdiccion.....

—Me quitarán la vida, que es cuanto pueden hacerme, y acabaré de sufrir, y mi noble padre se salvará.....

—¡Dios bendito!..... ¿Es posible que á tal punto llegue vuestro trastorno, que otra vez os olvideis de que hay una persona que acusará á vuestro padre apenas yo deje de existir? Y además de vuestro padre, doña Elvira tendrá que sufrir lo que no habeis imaginado.

El hidalgo quedó inmóvil, con la mirada fija, penetrante y terrible en el padre Ginés.

Lucha espantosa destrozaba su espíritu.

Mas de una vez su diestra convulsa buscó la empuñadura de su daga.

Sus ideas eran confusas y en torbellino se agolpaban á su mente.

Con desigual violencia latia su corazon.

Sentia como si su sangre se hubiese convertido en fuego, y fuego se escapaba de sus negras pupilas.

—¡Padre mio!—exclamó despues de algunos minutos.—¡Elvira adorada!

El fraile, cuya calma no se habia alterado ni por

un solo instante, dijo con voz reposada y grave tono:

—Bienaventurados los que sufren, porque gozarán en la vida eterna.

—¡Oh!.....

—Decidíos.

—No puedo olvidar á la mujer á quien adoro.

—No la olvideis; pero.....

—Tampoco tengo valor para decirle que la sacrifico.

—Entendedlo bien, os queda prohibido darle explicaciones, porque si lo hiciéseis, vuestro desgraciado padre.....

—¿Por qué no acaba Dios con mi vida?

—Vuestro sufrimiento es una prueba y nada más, y si triunfais.....

—Sí,—interrumpió el jóven,—la gloria eterna.

—Eso es.

—Vos me lo prometeis; pero en el otro mundo.....

—¡Impío!—exclamó el padre Ginés, levantándose terrible.—De rodillas, de rodillas.....

—¡Qué el infierno me trague!

—¡Desdichado!..... Ha perdido la razon.....

—Sí, loco estoy, de todo soy capaz, y si con vida os dejo.....

—Salid, descansad, reflexionad, que mañana conoceré vuestra determinacion; pero no olvideis que la vida y la honra de vuestro padre depende de vos.

El hidalgo no sabia qué decir, ni qué hacer, y jurando y maldiciendo salió de la celda.

En medio de la oscuridad atravesó galerías y pasillos.

Llegó donde se esparcía trabajosamente la rojiza luz que habia encerrada en un mungriento farol.

Guiado por el instinto, llegó á la portería.

El portero, que sin duda habia recibido las instrucciones convenientes, abrió un postigo.

Cuando el mancebo estuvo en la calle, aspiró ansiosamente el aire húmedo y frio.

Sin saber lo que hacia, fué y vino por lo que entonces era el arrabal de San Martin, yendo á parar al laberinto de calles de Santa Catalina.

Diez minutos despues llegaba al alcázar real, donde entró, atravesando el pátio principal, y subiendo presurosamente por una escalerilla apenas alumbrada.

Las fuerzas del infeliz menguaban por instantes.

Abrasábase su cabeza.

Apenas podia respirar.

Fulgor siniestro brillaba en el fondo de sus pupilas.

Tomó por un pasillo, detúvose luégo, y dió algunos golpes en una puertecilla que se abrió inmediatamente, apareciendo una anciana con un candel de garabato.

Sin articular una sílaba entró el jóven.

Aquella era su morada y la de su padre.

La mujer era una criada leal, fiel y tan antigua en la casa, que habia visto nacer al mancebo, y lo tuteaba y trataba como si fuese su hijo.

—Ni siquiera las buenas noches merezco,—dijo la anciana con tono de dulce reconvencion.

Pero el desdichado jóven, como no la oyó, no pudo responder, y se fué derecho á su dormitorio, arrojó sobre una silla la capa y el sombrero, despojóse de la espada y de la daga, medio se desnudó y se dejó caer en el hecho.

Entre tanto, la anciana decia:

—¡Dios misericordioso!..... ¿Qué sucede?.... Pero, hijo mio, estás pálido como un difunto, y tiembblas, y..... ¡Virgen Santísima!..... Voy corriendo á llamar á tu padre..... No, ántes es menester que venga el doctor..... ¿Y quién cuidará de tí mientras yo salgo?..... Espera, no te acuestes así..... ¡Ah!..... ¡Abraza tu cabeza!..... ¡Dios nos socórra!..... Estáte quieto, hijo del alma; quieto..... Voy á buscar á tu padre..... ¡Misericordia divina!..... ¡Animas benditas!.....

La fiel sirviente colgó el candil y salió.

El mancebo no tenia conciencia ni de su propia vida.

Murmuró algunas palabras que no pudieron entenderse.

Luego quedó aletargado.

## CAPITULO II.

---

Donde acabaremos de conocer al hidalgo.

---

Aunque á grandes rasgos, y muy concisamente, el fraile habia dado á conocer lo más interesante de la historia del señor Alonso de Cardona, ó sea del padre de Felipe, que así se llamaba el desdichado mancebo; pero aún tenemos que decir algo más sobre esta familia, pues es preciso que el lector la conozca bien.

El señor Alonso era el hombre más honrado del mundo, y ántes hubiera consentido morir que violentar su conciencia.

Habia heredado algunos bienes, con los que podía vivir modestamente, con algun desahogo.

A los veinticinco años se casó, al siguiente tuvo un hijo, y pasados apenas otros tres quedó viudo. Esta desgracia le hizo sufrir tanto, que se temió

por su vida; pero Dios quiso darle fuerzas para soportar sus dolores y se salvó, librándose así su hijo de la orfandad más horrible.

El señor Alonso acabó por donde siempre acaba la criatura cuando sus fuerzas físicas resisten el embate de la borrasca moral, es decir, aceptó su situación por más que fuese tristísima, y quedó en ese estado que se llama resignacion.

Contaba con el cariño y la lealtad de la sirviente á quien hemos dado á conocer, y pudo acabar de criar á su hijo, educándolo como á su clase correspondia.

Felipe debió ser soldado, porque en aquella época un hidalgo no tenia otra carrera, ni más fortuna que la que con su espada conquistase; pero cuando tuvo edad de ir á los campos de batalla en busca de la gloria ó de la muerte, su buen padre empezaba á trabajar en favor de los flamencos y no le pareció bien que su hijo fuese á pelear contra los que él favorecia.

El jóven, que estaba dotado de gran valor, era impresionable y de imaginacion ardiente, suplicó mucho á su padre para que le permitiese partir, y éste, cuando ya no tuvo ninguna excusa que dar, reveló á su hijo el secreto de sus opiniones.

Respetó el mancebo la resolucion de su padre, desistió de sus propósitos, y esperó que el tiempo cambiase la situacion.

Poco despues partió el señor Alonso, y con su criada quedó Felipe.

Llegó para el padre el día del desengaño, porque se convenció de que la libertad de conciencia no era precisamente lo que deseaban los flamencos, sino su independencia absoluta para constituirse en una nación que por de pronto debía odiar á la que habia estado subyugada.

Era el señor Alonso español puro y neto por todos cuatro costados, y parecióle muy mal lo de que España perdiese una parte de su territorio, y para que le pareciese así no reflexionó ni se metió en honduras sobre la justicia, el derecho ó la conveniencia.

¿Qué habia de hacer un hombre así?

Lo que hizo; arrepentirse de haber favorecido á los pícaros herejes, doblemente criminales porque querian dejar de ser españoles, lo cual para el buen hidalgo era inconcebible.

Remordióle la conciencia, y hubiera querido que no fuese lo que habia sido ya; pero consolóse con que el arrepentimiento es bastante para borrar hasta los mayores pecados, y arriesgando la vida tomó la vuelta de España.

Ya sabemos que nadie habia sospechado su traición.

Algo habia sufrido su fortuna, y no solamente para repararla en lo posible, sino tambien porque le desagradaba estar ocioso, solicitó un empleo en la servidumbre del rey.

Eran los mejores los antecedentes del hidalgo, y el empleo se le dió con aposento en el alcázar real

y con promesas de proteger á Felipe, si éste algun día deseaba servir en el ejército; pero el jóven no queria ya separarse de su padre, y prefirió vivir modestamente en su casa, esperando que el tiempo y las circunstancias le proporcionasen ocasion para hacer fortuna tranquilamente.

Esta determinacion fué considerada como una dicha por el señor Alonso, pues no le quedaba en el mundo otra afección que la de su hijo.

Algun tiempo despues la pícara casualidad quiso que cierta mañana, despues de oír misa, y al salir del templo, cuando iba á tomar agua bendita, se encontrase Felipe con una doncella de singular hermosura que iba acompañada por una dueña.

Otro mancebo ricamente vestido y al parecer vanidoso, lanzó una mirada ardiente á la jóven y se apresuró á ofrecerle el agua, y Felipe, sin darse cuenta de lo delicado de la situacion, hizo lo mismo á la vez, resultando que la doncella se encontrase entre los dos perpleja y turbada y sin que le fuese posible llegar con la mano hasta la pila, porque las manos de los dos galanes se lo estorbaban.

Al uno y al otro dirigió la dueña miradas de profundo desagrado; pero no pudo hacer más en aquellos momentos, pues no habia de producir un escándalo que redundase en perjuicio de la reputacion de su noble señora.

Dudó ésta, vaciló más turbada cada vez, y queriendo ante todo evitar que fijasen la atencion en ella los curiosos y murmuradores, de soslayo y con

gran disimulo miró á los dos mancebos y aceptó el agua que Felipe le ofrecia.

El otro habia creido obtener el triunfo, y quedó inmóvil como una estatua, en tanto que nerviosa palidez cubria su rostro.

Grande fué tambien la sorpresa de Felipe, pues no aguardaba tan honrosa preferencia, y su propio contento lo turbó hasta el punto de que no acertó á moverse.

Recatando más el semblante, inclinando la cabeza, y fijando la mirada en el suelo, se alejó y desapareció la doncella.

Un momento despues se contemplaban los dos mancebos, y en sus miradas habia algo de sombrío y se revelaba claramente el odio.

Si ambos tenian valor, el agua bendita debia convertirse en sangre.

Felipe irguió la cabeza con orgullo, con mucho más orgullo del que podia tener un pobre hidalgo.

Al contraerse, entreabriéronse sus lábios y la expresion de su rostro llegó á ser provocativa.

El otro debió reflexionar y creer que no debia dar sérias proporciones á un incidente de tan poquísima importancia, resultando así que determinase poner fin á tan extraña escena impropia de un lugar sagrado, y disimulando lo que sentia, se encogió de hombros y murmuró desdeñosamente:

—¡Bah!... Esto ha concluido... Busquemos fortuna en otra parte.

Y se santiguó y salió.

—¡Cobarde!—murmuró sordamente Felipe.

¿Quién era la bellísima jóven?

Nuestro mancebo no lo sabia.

Quiso averiguarlo sin que á él mismo le pareciese que obedecía más que á un sentimiento de curiosidad. Pero ello es que pasó toda la semana sin que le fuese posible olvidar á la encantadora doncella de los grandes y expresivos ojos azules, porque azules los tenia.

Nadie puede decir cómo el pícaro travieso hijo de Vénus se nos mete por las puertas del alma; pero ello es que se cuela de rondon y cuando ménos se le espera, y así le sucedió á Felipe.

Estaba enamorado, y su amor era una inmensa desgracia.

Otro domingo llegó.

Acudió al templo y allí encontró á la jóven de los azules ojos, que, aunque aparentaba leer en su libro de devociones, se apercibió de la presencia del hidalgo.

Oyeron misa con toda la devocion que en caso tal era posible.

La dueña no podia disimular su disgusto, pues con solo mirar el ropaje del mancebo, comprendió lo que éste podia dar de sí.

Casi todos los fieles salieron.

Las dos mujeres se encaminaron á la pila del agua bendita.

Felipe se habia anticipado, y ofreció el agua á la

doncella; pero la vieja sirvienta, con atrevimiento sin igual, alargó su descarnada diestra y tocó los dedos del hidalgo, obligando así á la jóven á que tomase agua de la pila.

No pudo Felipe contenerse, sacudió la mano y se la limpió como si hubiese sido tocada por un leproso, y exclamó:

—Lléveos el diablo, vieja horrible.

—Perdonad,—murmuró la jóven.

Y no fué poco decir, ni poco dar á entender para una doncella tan recatada, virtuosa y temerosa de Dios.

—¡Jesús!—murmuró la dueña.—Es un hereje.....  
Ave-María Purísima.

Aquella mañana siguió Felipe á las dos mujeres, y vió que éstas se metian en una casa de la calle de San Nicolás.

Ya muy poco trabajo le costó averiguar que la doncella de los azules ojos, era hija única de don Pedro de Cifuentes, caballero bastante rico, aunque vivia con mucha modestia y evitaba el trato social.

¿Podia aspirar Felipe á semejante mujer?

No sabemos si se hizo esta pregunta; pero aunque se la hiciese, como los enamorados son tan atrevidos, y se entregan fácilmente á ilusiones y viven en el mundo de las esperanzas más risueñas, desde aquel dia paseó á todas horas en la calle de San Nicolás, y áun llevó sus demostraciones hasta el punto de permitirse entonar, al son de su gui-

tarra cierta noche, el canto más tierno que ha podido imaginar enamorada criatura.

A piedra y lodo estaban siempre cerrados los balcones de la vivienda de don Pedro; pero cuando Felipe entonó su trova con el acento de la pasión, tuvo el placer de oír que una ventaja crujía, y aún le pareció que percibía un suspiro tierno y profundo.

El resto de aquella noche lo pasó sin dormir el mancebo.

Así trascurrieron los días.

Perdona, lector, porque ante todo debemos decir cuatro palabras sobre don Pedro de Cifuentes y su hija, pues de otra manera sería imposible comprender los sucesos que tenemos que relatar.

---

### CAPITULO III.

---

Donde daremos á conocer á doña Elvira.

---

Don Pedro de Cifuentes era un hombre muy honrado, muy bueno, y sobre todo, católico ardiente y fanático hasta el último grado del fanatismo. Verdad es que si á nadie había hecho mal, era porque le faltaba el valor para hacerlo, y si en ciertas intrigas no se había metido, fué porque, lo mismo que la audacia, le faltaba el talento.

Era sencillo, inocente, cándido, casi estúpido; pero tambien era egoista, sin que él mismo supiese que tan ruin pasion, debilidad ó como quiera llamársele, dominaba en su alma.

Se había propuesto ser dichoso, y lo consiguió, pasando la vida tranquilamente.

Diez años tenia Elvira cuando murió su virtuosa madre, y don Pedro, sin saber cómo debía to-

mar aquella desgracia, consultó con su confesor.

—Debemos respetar,—le dijo éste,—lo que Dios dispone. Nuestra obligacion es resignarnos.

Y el señor de Cifuentes lo hizo así, se resignó, lo cual para él era no sufrir.

Este detalle basta para conocerlo.

Como á nadie haia mal, aunque no hiciese bien, y como cumplia sus deberes de cristiano, su conciencia estaba tranquila con una tranquilidad que no era posible que fuese alterada por nada ni por nadie.

Siempre habia gozado de perfecta salud, es decir, que ni siquiera las enfermedades lo molestaron.

Amaba á su hija como era posible que él amase; en educarla gastó algun dinero del mucho que le sobraba, y creyó que así habia cumplido ya todos los deberes de padre.

Sin quedar completamente huérfana, Elvira se vió, pues, abandonada á sus propios instintos, y así como pudo suceder que se extraviase, fué virtuosa sin debérselo á nadie más que á su natural bondad.

No al padre, sino á la madre, se parecia la hija, pues le sobraba inteligencia y valor, y era su razon un tesoro de ternura.

Pasaba una vida bien triste; pero lo sobrellevaba todo con verdadera resignacion, una resignacion que no se parecia á la de su padre, pues la de éste consistia en mirar con indiferencia todo lo que no era su amada tranquilidad.

La jóven no tenia amigas, ni nunca iba á los pa-

seos, ni á ninguna fiesta, ni salia de su casa sino para cumplir sus deberes religiosos.

Apenas hablaba con su padre, porque no se entendian, de manera que á todas horas estaba entregada á sus propios pensamientos, porque no habia nada que la distrajese.

Don Pedro se levantaba al amanecer, iba á la iglesia de San Nicolás, oia tres misas, volvia á su casa con un apetito devorador, almorzaba muy bien, dormia una hora, y luégo recibia la visita de algun amigo ó de su confesor, que era entónces el padre Ginés.

Comia, rezaba, dormia otra vez, salia á pasear y al jubileo, y al anochechar volvia á su casa para rezar el rosario en compañía de su hija y de sus sirvientes, cenando luégo, acostándose, y durmiendo profundamente.

Esta vida, tan deliciosa para él, hubiera sido insoportable para un hombre de inteligencia.

Nada ambicionaba don Pedro, porque aquellas horas de tranquilidad satisfacian todas sus aspiraciones.

Muy extraño habia sido que semejante hombre se tomase la molestia de casarse, exponiéndose á dar con una mujer que le hiciese experimentar muchos disgustos; pero en esto fué tan afortunado como en todo.

—¿Eres feliz?— habia preguntado alguna vez á su hija.

—Completamente,—respondió siempre la jóven.

—Si algo deseas, dímelo.

—Tengo bastante con vuestra ternura.

Elvira dejó muchas veces que se remontase su imaginacion, empeñándose en descubrir algo en el horizonte de lo porvenir.

¿Qué suerte le estaba reservada?

Por saberlo, hubiera hecho cualquier sacrificio la jóven.

No es extraño; porque siendo tan monotono su presente, y no teniendo otra cosa en que ocuparse, pensaba en lo futuro.

Mil adoradores hubiera tenido Elvira; pero nadie la veia y nadie pudo enamorarse de ella, hasta que sucedió lo que ya hemos referido.

No sabia Felipe por qué se habia enamorado tan ciegameute, y á la hija de don Pedro le sucedió lo mismo, sin que tampoco acertase á comprender cómo habia podido en un instante encenderse en su pecho la hoguera de una pasion; pero ello es que sucedió así, y que ninguno de los dos hizo nada para contrariar sus sentimientos, sino que, por el contrario, los fomentaban con sus ideas y creian que sin su amor no habia felicidad posible.

Tambien Elvira se entregó á ilusiones, y por fin vió el horizonte de lo porvenir sonrosado con la luz de la esperanza.

—Su amor ó la muerte,—habia dicho Felipe.

—Ese hombre ó ninguno,—pensaba la hija de don Pedro.

Y pocos dias despues, y á pesar de todos los

obstáculos, se habian entendido perfectamente.

A tales amores era contraria la dueña, sin tener otro motivo que la pobreza del galan, del que no debian esperarse regalos, que la vieja consideraba legítimos percances de su oficio, por más que los ganase con mentiras, enredos y tapujos.

De esto resultó que amonestase muy severamente á su señora y, áun la amenazase con descubrir el secreto á su severo señor; y como nada consiguiese, porque de amenazas y amonestaciones se burlaba doña Elvira, la dueña concluyó por decirselo todo al señor de Cifuentes.

No se alteró éste, porque nunca se alteraba, se concretó á decir á su hija:

—He llegado á entender que te dejas galantear por un mancebo de antecedentes tan dudosos como su fortuna.

—Es verdad, padre y señor,—respondió Elvira con la mayor sencillez, aunque ruborizada y sin atreverse á mirar á su padre.

—¿Quién es ese hombre?

—Un hidalgo, que si no ha de heredar muchas riquezas, tiene en cambio un alma noble como ninguno.

—Algo es algo,—murmuró don Pedro.

Y quedó silencioso con intencion de reflexionar; pero como no estaba acostumbrado á poner en ejercicio su imaginacion ni á coordinar ideas, muy pronto se sintió confuso y dijo:

—Quiero que te cases con un hombre tan noble como tú, y como tú de rico.

—Perdonad; pero eso no puede ser.

—Y ¿por qué?—preguntó con tono de extrañeza el señor de Cifuentes.

—Por la sencilla razon de que no amo más que al señor Felipe de Cardona, y no he de amar á otro, y si su esposa no soy, no lo seré de ninguno.

—Pues supongamos que formalmente me opongo á que ames á ese señor Felipe.

—Me encerraré en un convento.

—¿Tienes vocacion?

—Como puede tenerla una mujer enamorada.

—Pues entónces cometerias un gran pecado, segun mi entender.

—Padre mio, escuchadme,—dijo Elvira, cambiando de tono y levantando la cabeza.

—Sí, te escucharé cuanto quieras decirme, porque necesito saber lo que sientes.

—Mi voluntad es impotente, padre mio, y en vano he luchado para que se extinga la pasion que arde en mi pecho, pues más se ha encendido cuanto más me empeñaba en contrariarla. Desde el instante en que comprendí la gravedad de la situacion, hice todo lo posible para evitar sus consecuencias.

—Que Dios sabe las que pueden ser.

—Empero no he conseguido más que atormentarme horriblemente, y en pocos dias he sufrido mucho.

—Lo siento,—dijo friamente don Pedro.

—No me hago ilusiones y ya sé que mi amor es una gran desdicha.

—Sí, muy grande.

—¿Creeis que yo misma busque mi desgracia?

—No.

—Pues cuando no he olvidado á ese hombre...

—Hija mia,—interrumpió el señor de Cifuentes restregándose los ojos, porque empezaba á sentir la pesadez del sueño,—dices tales cosas y de tal manera, que me dejas confuso. Todas esas reflexiones están demás.

—No, porque es necesario que llegueis á comprender.....

—Ya he comprendido: estás enamorada; pero ese hombre no te conviene.

—Y ¿por qué?—se atrevió á preguntar Elvira.

—Primeramente, porque es un simple hidalgo, un cualquiera.

—Al fin no es un plebeyo.

—Y segun me han dicho, si á duras penas tiene para comer, le falta para cenar, y me parece que ántes que tu belleza ó tu virtud, debe haberle seducido tu caudal, que es respetable, y con el que pensará darse buena vida, y luégo..... En fin, debes entender lo que quiero decir. He meditado sobre tu suerte, y he pensado en un hombre.....

—No, y mil veces no,—replicó la jóven arrebatadamente.

—¿Te opondrias á mis determinaciones?

—Sois mi padre, y reconozco que teneis el derecho de disponer de mi vida; pero en cuanto á mi corazon.....

—Tambien.

Vaciló la jóven algunos momentos, y luégo dijo:

—No.

—¡Doña Elvira!.....

—Padre y señor.....

—Os rebelais.

—Si no soy esposa de Felipe, no me casaré,—repuso la jóven con firmeza.

—¡Horror!.....

—¿Acaso mi amor es algun crimen?

—Veremos si te atreves.....

—A todo.

—¡Señora!.....

—Luchareis, lucharemos.....

—¡Luchar!—exclamó el señor de Cifuentes, empezando á horrorizarse de veras, con la sola idea de que tendria que molestarse, que sufrir contrariedades, que alterar su sistema de vida, que interrumpir siquiera de vez en cuando su tranquilidad.

—Podrán matarme,—repuso Elvira con tono de febril exaltacion;—pero no hay poder humano bastante para conseguir que al pié del altar mis lábios pronuncien contra mi voluntad una palabra. Lucharemos, sí, y nuestra lucha no nos dejará un instante de sosiego.

—¡Dios bendito!

—Mis fuerzas menguarán, se agotarán y sucumbiré; pero mi última palabra y mi último suspiro serán para el hombre á quien amo.

—Basta, basta,—dijo don Pedro, poniéndose en pié y empezando á pasearse, miétras respiraba con violencia y se limpiaba el sudor que por su frente corria.

—Padre mio....

—¡Silencio, silencio!

Doña Elvira volvió á inclinar la cabeza y quedó inmóvil.

Algunos minutos pasaron.

Por fin el señor de Cifuentes se detuvo, miró á su hija, y le dijo:

—Quiero saber si tu resolucion es firme.

—Sí.

—Júralo.

—Por Dios que nos escucha, por mi santa madre, que en el cielo está, por la salvacion de mi alma.....

—¡Oh!.....

Algunas lágrimas se escaparon de los magníficos ojos de la jóven.

—¿Y por qué lloras?

—¡Ah!..... Me ahogo.....

—¡Que te ahogas!..... No lo entiendo.....

—¡Compadecedme!.....

—Yo soy el digno de compasion, porque pago culpas ajenas. Tú te enamoras, y las delicias de ese

amor son para tí, mientras que para mí son las amarguras. Puesto que yo no gozo por tí, tú no tienes para qué llorar por mí. No es mi entendimiento tan corto, que no se me alcance lo que todo esto significa y lo que puede suceder. Me anuncias luchas, me dices que no habrá instante de sosiego en esta casa, de manera que ni podremos dormir ni comer tranquilamente, ni siquiera rezar con alguna calma. ¿Crees que esto puede soportarlo ninguna criatura? Y para que nada falte á mis desdichas, luego dirá el mundo que yo he sido un padre cruel, que me ha cegado la ambicion y que tú has sido una víctima de mis malos tratamientos. ¿Te parece esto muy divertido? Pues á mí me desagradaba mucho y no quiero que suceda, ni es justo privarme de la tranquilidad en los últimos años de mi vida.

Don Pedro volvió á dejarse caer en la silla, como si sus fuerzas se hubiesen agotado.

Creyó haber dicho cuanto necesitaba decir, y sin embargo, á su extraño discurso le faltaba lo más interesante, la conclusion.

La jóven continuó silenciosa, porque esperaba conocer la resolucion de su padre.

Y así pasó largo rato.

—¡Aciago dia!—exclamó por fin el señor de Cifuentes.—He sufrido mucho, y no siento lo que ha pasado, sino lo que ha de sobrevenirme en este enredo de Satanás..... Dios me perdone..... Déjame, Elvira, que necesito descanso y..... ¿Qué hora

es? ¡Virgen santa!..... Si no me equivoco, es más de la una, y no hemos comido..... Ya lo ves, todo se ha trastornado, y si hubiésemos de vivir así ocho dias..... ¡Horror!..... Dí á Pancracia que ponga la comida en la mesa..... No tengo apetito; pero Dios nos manda conservar la existencia, y para vivir es preciso comer.

—Pero vuestra determinacion.....

—Ninguna en este momento, porque ante todo he de averiguar quién es ese señor Felipe.

—Es hijo del señor Alonso de Cardona, que está en la servidumbre del rey.

—Veremos, veremos. ¿Aseguras que es honrado?

—No lo dudeis.

—Pues bien, como quiero vivir tranquilo..... En fin, yo me entiendo..... La comida, la comida.

A los pocos minutos engullia, devoraba el señor de Cifuentes, y luego se quedaba dormido con el dulce sueño de la digestion.

Y ahora caemos en la cuenta, lector muy amado, de que no hemos dicho que don Pedro de Cifuentes era de escasa estatura, obeso, de complexion apoplética, y como apenas tenia cuello y era muy pequeña su cabeza, y llevaba el pelo muy recortado, segun la moda de entónces, parecía ni más ni ménos que un enorme barril sobre dos pequeñas estacas y con su tapon en la parte superior.

Muy abultadas eran todas sus facciones, colorado, ó más bien amoratado su rostro, y sus ojos pequeños, redondos, y con párpados muy carnosos

La jóven no parecia hija de tal padre, pues era esbelta, de facciones delicadas, de cútis nacarado, rubios cabellos, y rasgados y azules ojos, segun ya hemos dicho.

Todo lo que tenia de grotesca la figura del padre, tenia de delicado, de bello hasta lo ideal la hija.

Y la misma diferencia que habia en lo físico, se encontraba en lo moral.

Aquella misma tarde, no por el bien de su hija, sino por su propia conveniencia, don Pedro hizo averiguaciones con respecto al señor Alonso y á Felipe.

No hubo quien no alabase y ponderase la honradez de ambos, y tales cosas escuchó sobre este punto el señor de Cifuentes, que dijo para sí:

—Razon le sobra á mi hija, y como soy justo, no quiero contrariarla, evitándome así tambien esa horrible lucha, ese disputar á todas horas, llorar y reñir con que se me amenaza. ¿Por qué he de convertir esta vida en un infierno, ni siquiera en un purgatorio? Para sufrir siempre hay tiempo, y por nada renunciaré á mi tranquilidad.

Aquella noche fué doña Elvira la más feliz de las criaturas.

Don Pedro exigió que el señor Alonso se le presentase y declarase que aprobaba los amores de su hijo, y despues éste tendria abiertas las puertas de la casa para ir de visita á ciertas horas y hablar con su prometida en voz alta y en presencia de la dueña gruñona.

Cuando esta determinacion la conoció Felipe, acudió á su padre y le dió á conocer el secreto de su amor; y pareciéndole todo muy bien al señor Alonso, quedó el asunto arreglado al dia siguiente.

Nada más deseaban por entónces los dos enamorados; pero como la dicha ha de tener siempre una nube, á doña Elvira le ocurrió pensar que era posible que alguna vez Felipe la olvidase, ó que el amor de éste, encendido en un momento, se extinguiese con la misma rapidez.

Para sus dudas y temores no habia motivo, y por consiguiente disimuló y se concretó á observar.

Ocho dias despues el Padre Ginés hizo una visita á don Pedro, y éste le participó cuanto habia sucedido, preguntándole si habia determinado acertadamente.

Se contrajo la frente del fraile, que reflexionó y dijo luego:

—Consejo me pedís ahora..... Y ¿para qué?

—Porque así es mi obligacion, y para que mi conciencia quede tranquila.

—Si ántes de determinar me hubiéseis preguntado...

—En gran cuidado me poneis, reverendo padre.

—El tiempo dirá.

—Pero.....

—No importa que el hidalgo sea pobre.

—Eso mismo he pensado.

—La honradez vale más que el dinero.

—Considerándolo así, le he concedido la mano de mi hija.

—¿Y su amor?

—Dice que es ciego.

—¿Y si no lo fuese?

—¡Padre Ginés!...

—Lo repito, el tiempo ha de decirlo todo.

—Pero entre tanto...

—Esperad con calma.

El fraile no se ocupó más de este asunto.

Seis meses trascurrieron, y llegó entónces la situación horrible que hemos dado á conocer.

¿Qué se proponía el padre Ginés?

Sobre este punto no queremos hacer misterios, y diremos sencillamente que lo que el fraile deseaba era que doña Elvira fuese monja.

Su padre la dotaría al entrar en el convento: pero bien poco suponía esto para el caudal del señor de Cifuentes.

Una vez monja, ya no había de heredar la jóven, y como el Padre Ginés era dueño absoluto de la conciencia y de la voluntad de don Pedro, éste legaría todos sus bienes á la comunidad de San Martín.

¿Entiendes, lector?

El padre Ginés, de acuerdo con su superior, trabajaba en favor de la comunidad de que formaba parte, y luego disfrutaba de los beneficios que recibía la comunidad.

Esta clase de intrigas se ponían frecuentemente

en práctica en aquellos tiempos; se repitieron después, y hoy las veríamos, si no las hubiesen hecho imposibles las pícaras revoluciones de este siglo.

Nada más sencillo ni más fácil.

No teniendo herederos el señor de Cifuentes, ¿á quién habia de dejar sus bienes?

A una comunidad religiosa, y ésta debia ser la de que formaba parte su confesor.

El padre Ginés meditó con calma y combinó poco á poco su plan, porque los frailes lo hacian todo muy despacio y todo muy bien.

Una casualidad, una coincidencia que ahora no es del caso, puso en sus manos el arma terrible, y cuando comprendió que el momento era oportuno, descargó el golpe.

Así Felipe experimentó la primera contrariedad, vió la primera nube en el horizonte de su dicha, y la hija de don Pedro observó que su amante estaba preocupado.

Hé ahí cómo empezó doña Elvira á ver justificados sus temores.

El instinto de la mujer, sobre todo de la que ama, nunca se equivoca.

Siguió observando la hija de don Pedro y discurrió tan acertadamente, que no pudo quedarle duda de lo que ella calificó de inmensa desgracia.

Siempre que Felipe estaba al lado de la joven, olvidábase de todo para ocuparse solamente de ella, y de repente sucedió lo contrario, que alguna vez el mancebo se distraia hasta el punto de no es-

cuchar lo que le decia la mujer á quien adoraba.

Cualquiera que fuese la causa, los efectos no podian ponerse en duda, pues era evidente que el pensamiento de Felipe estaba en otra parte.

En cuanto á la causa consistió el error de doña Elvira, queriendo adivinarla. Mujer al fin, lo primero que le ocurrió fué que su amante pensaba en otra,

La infeliz sintió entónces destrozada el alma por la garra implacable de los celos.

Disimuló y observó más cuidadosamente.

Cuando no pudo dominarse, hizo algunas preguntas á Felipe.

Las contestaciones de éste fueron tranquilizadoras; pero su voz parecia impregnada de amargura.

No tenía la jóven ningun motivo para quejarse, y le fué preciso seguir devorando silenciosamente su pena.

Así quedó la situacion, por cierto bien extraña y muy desagradable.

El padre Ginés habló algunas veces con Felipe, y éste se mostró cada vez más preocupado.

¿Qué haria la jóven si recibia un desengaño?

No le quedaba más recurso que una celda, ni más consuelo que Dios, pues su padre no podia comprenderla, ni mucho ménos consolarla.

Esto lo sabia muy bien el fraile, y por eso tenia la seguridad del triunfo.

Ahora se comprenderá perfectamente que el trastorno de Felipe llegase al punto de hacer peligrar su vida.

No hubiera sufrido tanto si solamente se le exigiera el sacrificio de su corazón; pero le horrorizaba más y más la idea de tener que aparecer como un miserable, un perjuro que había engañado á una pobre mujer.

Tal era la situación en el momento en que dá principio el relato de esta historia, y con estos antecedentes podremos ya volver al punto en que dejamos á Felipe en el lecho, y á la anciana sirvienta corriendo en busca del señor Alonso.

## CAPITULO IV.

### El doctor Olivares.

---

La buena María, que así se llamaba la sirvienta, corrió con cuanta rapidez se lo permitian las pocas fuerzas de sus muchos años, y atravesó galerías y aposentos, preguntando á todo el mundo por el señor Alonso.

De repente encontróse en una habitacion con su amo y con otras cuatro personas que por allí pasaban, y sin cuidarse de éstas, encaróse con el otro, y le dijo en voz que revelaba su mortal angustia:

—Venid, corred.....

—Callad, esperad,—interrumpió el padre de Felipe.

—Es que vuestro hijo se ha puesto muy malo, y.....

—¡Ah!.....

—Es preciso buscar un médico.....

—Está bien; pero aguardad.

Las otras cuatro personas que por allí pasaban se detuvieron, y una de ellas se volvió y miró al señor Alonso y á la sirviente.

Quedó el primero inmóvil, con la cabeza inclinada y la mirada fija en el suelo.

—¿Y con esa calma os estais?—repuso María que trataba sin cumplimiento á su señor.

Entónces el otro personaje preguntó con reposado acento:

—¿Qué es lo que sucede, mi buen Cardona?

María volvió la cabeza, y con tono de terror profundo exclamó:

—¡El rey!

Y tambien la pobre vieja quedó como si se hubiese petrificado.

Era, efectivamente, Felipe II, el gran rey, el gran déspota, el tirano de dos mundos, que casualmente pasaba por allí, seguido de Ruy Gomez de Silva, el duque de Feria y el célebre doctor Olivares.

Ni siquiera intentaremos hacer el retrato del tétrico monarca que entre las breñas del Escorial levantó la octava maravilla, y que en Flandes, y con auxilio del sanguinario duque de Alba, hizo rodar la cabeza de Horn y la de Egmont, que dos veces habia hecho que temblase la Francia en Gravelinas y San Quintin; del monarca que firmó la sentencia de muerte de su propio hijo; del jefe de los católicos que habia amenazado al Papa con cin-

cuenta mil *testigos armados*; del rey justiciero que puso fin á la vida del noble baron de Montigny, y pronunció algunas palabras que fueron bastante para que muriese, al parecer envenenado, el no ménos noble marqués de Berghen; del esposo de Isabel de Valois, esposo de quien pudieran sospecharse muchas cosas; del soberano que persiguió á Antonio Perez, porque sabía la verdad en cuanto al asesinato de Escobedo; del que tan cruel se mostró con víctimas tan inocentes como doña Juana de Coello, y del que dicen algo, que no sabemos si es verdad, pero que pudo serlo, sobre la muerte de don Juan de Austria, y del hombre puro, en fin, que fué amante de doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli. No, no intentaremos hacer el retrato de aquel gigante de talento y de maldad, que lo sacrificó todo á la fria razon de Estado, que con la conciencia ennegrecida, fué á refugiarse y á morir bajo las sombrías bóvedas del monasterio de San Lorenzo del Escorial.

La mirada de Felipe II punzaba, turbaba, anonadaba.

Del hielo de su corazon se habia hecho un antifaz, y siempre era la misma la expresion de su semblante.

La sonrisa que rara vez desplegaba, tenia algo de terrible, y anunciaba siempre una determinacion espantosa. Por eso el historiador Cabrera, que lo conoció, dijo: *su sonrisa é su cuchillo eran con fines.*

Si con algunas palabras pronunciadas muy dulcemente mató á su secretario Santoyo, ¿cómo no habia de turbarse la vieja sirviente en presencia del gran tirano?

Ni ella, ni el señor Alonso, acertaron á responder.

—¿Qué pasa?—volvió á preguntar el rey.

—Señor,—respondió por fin el hidalgo;—no lo sé, no lo entiendo..... Dicen que mi hijo.....

—Explicaos,—dijo el rey á María.

—Que el señor Felipe ha venido, y estaba pálido como un difunto, y se tambaleaba y..... ¡Dios misericordioso!.....

—Tranquilizaos, que muy poco puede ser lo que parece mucho,—dijo el monarca.

Y añadió, dirigiéndose á Olivares:

—Doctor, idos con el señor Alonso y decidme luego lo que debe esperarse de esa repentina enfermedad. Que el enfermo se cuide, y que nada le falte.

Y el rey, con Ruy Gomez y el duque, acabó de atravesar el aposento y salió.

El señor Alonso de Cardona acababa de contraer con Felipe II una nueva deuda de gratitud, y por consiguiente, era por su antigua traicion mucho más tremenda su responsabilidad.

—Pero ¿qué le sucede á mi hijo?—preguntó á María con la ansiedad que era consiguiente.

—He dicho que no lo sé y.....

—Vamos, vamos,—dijo Olivares.

A los pocos minutos se encontraban en la habitación del enfermo, y la sirvienta encendía un velon.

Felipe empezaba á delirar.

Abriáanse extremadamente sus ojos, y no hubiera podido decirse en qué punto fijaba la mirada.

—¡Dios mio!—exclamó el señor Alonso.

El médico pulsó al enfermo y lo observó con atencion profunda.

Lo mismo el desgraciado padre que la buena María, callaban y esperaban el fallo de la ciencia.

—Necesito antecedentes,—dijo el doctor despues de algunos minutos.—Vuestro hijo ha debido experimentar una conmocion muy violenta.

—Lo ignoro.

—¿No sabeis lo que ha hecho esta tarde?

—No.

—¿Y no teneis motivo para sospechar que haya sufrido algun grave disgusto?

—Lo único que puedo deciros es que hace algun tiempo lo veo como distraido, pero le he preguntado, y siempre me ha respondido que era feliz.

—Pero desde hace algunas noches,—añadió María,—no duerme con tranquilidad, y algunas veces sueña en voz alta, y grita....

—¿Habeis entendido sus palabras?

—Anteanoche decia: «Me matarán..... ¿Y por qué?..... Ella me ama..... ¿Por qué se mete en estas cosas mundanas ese hombre?»

—¿Nada más?

—No pude entender otra cosa.

Olivares arrugó el entrecejo, inclinó la cabeza y reflexionó.

Debemos advertir que el célebre doctor tenía mucho talento y mucha astucia, y era tan buen médico como cortesano.

¿A qué podía referirse el mancebo al hablar de una persona que se metía en las cosas del mundo?

Indudablemente se trataba de un sacerdote, y probablemente de un fraile.

¿Y por qué al mismo tiempo se había ocupado de su amor el joven?

También temía que lo matasen, y á los bordes del sepulcro se encontraba.

Estas suposiciones y deducciones no eran bastante para que Olivares comprendiese y apreciase la situación; pero abrigó la esperanza de poner muy en claro el asunto.

Pidió papel y tintero, recetó, y acercándose otra vez á la cama, fijó su mirada escudriñadora en el enfermo y escuchó.

—No,—decía Felipe con exaltación febril,—no sois para mí el religioso á quien debo respetar, sino el asesino que me destroza el alma..... ¡Mi padre!..... Os mataré..... ¡Vive el cielo!..... ¡Elvira mía!..... Me llamarás perjuro, y el dolor te matará, y la desesperación acabará con mi vida..... Eso no, eso no..... Mi padre antes que todo..... ¡Oh!—exclamó el desdichado, incorporándose violentamen-

te.—Esos papeles, esos papeles..... ¡Mil rayos!.....  
Mi daga..... No, no..... ¡Padre mio!

Agotáronse las fuerzas de Felipe.

Volvió á caer pesadamente.

Sus ojos se cerraron y quedó inmóvil.

Ya no se percibió otro ruido que el de su respiración trabajosa y desigual.

Así trascurrieron algunos minutos.

El doctor Olivares tenia ya un dato más, habia descubierto un nuevo rayo de luz.

Los amores de Elvira y Felipe no eran un secreto, porque no habia motivo para que los ocultase, y ya muchas personas, particularmente palaciegos, habian dado la enhorabuena al señor Alonso y á su hijo, pues para éste era en todos sentidos muy ventajoso aquel casamiento.

¿Se le habia presentado al jóven algun poderoso rival?

Esto se preguntó el médico; pero no se explicaba lo demás que habia dicho el paciente.

¿Por qué nombraba á su padre?

¿Por qué se mostraba temeroso de que Elvira lo llamase perjuro?

¿A qué papeles se referia?

Y parecia que en todo ello andaba el religioso, el supuesto fraile.

Muy enredada estaba la madeja, y no era posible que en seguida la desenredase el doctor.

Contaba con que el enfermo deliraria otras veces.

Olivares tenía ya gran empeño en conocer la verdad, sin otro fin que el de apoderarse del hilo de una intriga más.

No podía concretarse al ejercicio de su noble profesion, porque muy pronto hubiera caído en desgracia; por esta razón tenía que hacer lo que todos los palaciegos, averiguar, estar al corriente de todas las intrigas, y tomar parte en algunas, si bien siendo muy cauto, muy prudente, muy reservado, y fingiendo que no se ocupaba más que en estudiar y en recetar.

Sólo así pudo sostenerse Olivares y representar en la corte un gran papel.

Ignoramos si su conciencia podía estar tranquila, aunque él creía que sí, porque en ciertos casos graves se había concretado á obedecer, dejando la responsabilidad al monarca.

No puede negarse que en algunas ocasiones favoreció la justicia, haciendo grandes beneficios.

—¿Y qué me decís?—preguntó al fin el angustiado padre.

—Nada,—respondió friamente el doctor.

—¿Acaso no sabeis si peligra la vida de mi hijo?

—Ahora es imposible pronosticar nada.

—Pero.....

—Sobrevendrá una crisis, y de su término depende todo. La enfermedad es grave, y esto es cuanto puedo deciros. Lo demás Dios lo sabe.

El señor Alonso exhaló un triste suspiro.

—Esta noche he de quedarme en palacio,—añá-

dió el doctor, y la pasaré casi toda al lado del enfermo.

—Gracias.

—Dádselas al rey, á quien obedezco.

—Os conozco demasiado bien, y tengo la seguridad de que haríais lo mismo, si yo hubiese acudido á vos.

—Pero no ha sucedido así.

—Vuestra modestia.....

—Perdonad; pero su majestad me aguarda, ya lo sabeis. Del medicamento que van á traer, habeis de dar al enfermo una cucharada cada dos horas.

—¿Y nada más ha de hacerse?

—Dejarlo tranquilo, observarlo, y si otra vez habla, no olvideis lo que dice, porque nos interesa mucho averiguar la clase de conmocion que ha experimentado, y que no es conocida de nosotros.

—Y no os equivocais, doctor, porque algo debe haberle sucedido; pero no lo entiendo, no adivino lo que pueda ser, aunque tal vez el delirio haya extraviado su razon.

—Algo.

Olivares salió, y cumpliendo con toda exactitud, fué á ver al monarca, que le preguntó:

—¿Cómo habeis encontrado al hijo del buen Cardona?

—Grave, señor, muy grave.

—¡Muy grave!..... ¿Pues qué tiene?

—Una fibre, cuyo carácter aún no puedo determinar.

—Ocupaos con preferencia de ese pobre mancebo, pues es doblemente sensible una desgracia ahora que está tan cerca de la felicidad.

—No lo abandonaré un instante.

—Nada somos, nada valemos, doctor. Esta mañana ví al pobre Felipe, y parecía que la salud le sobraba. ¿Cómo ha enfermado tan repentina y gravemente? Hé aquí lo que la ciencia no averigua nunca, y esto es quizás lo más interesante.

—Precisamente de eso me ocupo, porque el trastorno del señor Felipe no es más que el efecto de una causa que á toda costa quiero conocer. He pedido explicaciones, y su padre no me las dá, pero confío en la proteccion divina. Cree vuestra majestad que el infeliz mancebo se encontraba muy cerca de la dicha, y, con perdon de vuestra majestad, opino todo lo contrario.

—Ama á la hija de don Pedro de Cifuentes.

—Ya lo sé.

—Y es correspondido.

—No lo ignoro.

—Doña Elvira ha de heredar grandes riquezas, y como además es muy virtuosa y muy hermosa, me parece que feliz debe considerarse el que consiga ser dueño de su corazon y de su mano.

—¿Y si para eso se le presenta algun obstáculo? Felipe II fijó una penetrante mirada en el médico, y le dijo:

—Sabeis algo que ignora todo el mundo.

—Lo único que sé y puedo asegurar sin temor

de equivocarme, es que hoy ha experimentado una muy violenta conmoción el hijo del señor Alonso. ¿Qué puede suceder que le afecte hasta el punto de ponerlo á la puertas de la muerte? Pues ha de ser algo que se relacione con su amor, con esa dicha tan anhelada.

—Suposiciones y nada más.

—Veremos.

—Pues os recuerdo otra vez lo mucho que me interesa la suerte de ese jóven.

—Cumpliré mis deberes.

No hablaron más, ni más era menester que hablasen.

El médico salió de la cámara.

Dos horas despues volvió al lado del enfermo.

Este empezó bien pronto á delirar, y poco más ó menos repitió las frases que ya habia dicho.

Con claridad, ni mucho ménos con seguridad, nada podia deducirse de sus palabras.

Desesperábase el doctor, porque tenia mayor empeño cada vez en aclarar el misterio, y momentos hubo en que se sintió impulsado á dar al pobre Felipe, no el medicamento que le convenia, sino otro que excitase el cerebro y acrecentase el delirio para ver si así acababa de revelar el secreto.

No lo hizo, porque le contuvo su conciencia.

El señor Alonso, con la mejor buena fé del mundo, hacia comentarios sobre cuanto su hijo decia.

Por fin el mancebo exclamó.

—¡Esto es horrible!..... Mi amor ó mi padre.....

Alternativa espantosa..... No podeis revelar los secretos de la confesion; pero abusais de ellos..... ¡Elvira!..... ¡Padre de mi alma!..... Me mataré, y así todo concluirá; sí, me mataré.

Nueva luz vió con estas palabras el doctor; pero no fué bastante, y volviéndose al señor Alonso le preguntó:

—¿Entendeis lo que dice?

—Cada vez me confundo más.

—Lo han puesto en una alternativa horrible.

—¡Una alternativa!.....

—O su amor, ó su padre.

—¡Bah!—murmuró el señor Alonso.—Delirios.

—Probablemente.

—¡Pobre hijo mio!

—¿No teneis antecedente alguno que concuerde con lo que acabais de oír?

—Ninguno, doctor.

El médico, que no queria continuar aquella conversacion, ocupóse en pulsar al enfermo, y luégo dijo:

—Hay tendencias á una mejoría; pero no más que tendencias.

—¡Dios misericordioso!—exclamó el pobre padre.

Entre tanto María, acurrucada en un rincon, lloraba y rezaba.

Pasó la noche.

El enfermo parecia más sosegado.

Olivares se retiró para descansar.

Con la luz del sol renació la vida.

El horizonte estaba despejado y puro.  
Sonreía la naturaleza.

El señor Alonso de Cardona se permitió entonces dejarse caer en su lecho sin haberse desnudado.

La anciana sirvienta, aunque contra su voluntad, quedóse dormida, según estaba sentada junto al enfermo, y éste continuó en la calma aparente de su sueño letárgico.

No eran estas tres criaturas las únicas que habían pasado una noche horrible.

Doña Elvira apenas había dormido.

La tarde anterior esperaba la visita de su amante, y éste no se había presentado.

¿Por qué?

La jóven no pudo adivinar la verdad.

## CAPITULO V.

---

### Cómo recibió Elvira la noticia.

---

Cuando llegó la hora de cenar, la noche anterior, don Pedro de Cifuentes le preguntó á su hija:

—¿Y el señor Felipe?

—No ha venido esta tarde.

—¿Y por qué, si tiene la costumbre de visitarte todos los dias?

—Lo ignoro.

—¿Acaso está enfermo?

—Nada sé, padre mio,—respondió la jóven, esforzándose para disimular lo que sentia.

—Parece que ya no es tan constante,—repuso don Pedro, miéntras engullia un gran trozo de la pechuga de un pavo.—Todo cansa en este mundo, y además..... Me parece que el señor Felipe anda distraido..... Que me dén la ensalada, porque con el vinagrillo se come esto mejor..... Hija mia, no

debes tomarte disgustos por estas cosas..... Sigue mis consejos y serás feliz..... Dame más vino..... Este mundo es un valle de lágrimas; pero por lo mismo no debemos llorar mucho, ni tomar las cosas tan á pecho que demos al traste con nuestra vida, porque nuestra obligacion es conservarla todo el más tiempo posible para pasar por todas las pruebas que han de acrisolar nuestra virtud, y luégo en la otra vida .... ¿Me entiendes?..... Ya has oido al padre Ginés, que es un gran hombre, que es un santo. Resignacion, hija mia, resignacion. Cuando murió tu buena madre y mi muy amada esposa, que en el cielo debe estar, acudí á mi confesor y con una sola palabra..... Pero, en fin, tú no puedes acordarte de nada de esto. Me resigné, ya lo has visto, y voy pasando esta vida como mejor puedo, porque eso de entregarse á la desesperacion, es un gran pecado. ¿No opinas lo mismo?

Medio ahogada se sentia la jóven y no pudo contestar.

—Apenas comes;—añadió su padre.

—No tengo apetito.

—Peor para tí, porque este pavo está delicioso, y yo comerla más, si la prudencia no me aconsejára la contrario..... Tomaré algunas espinacas y unas rosquillas y..... Nada más, nada más, porque dicen que no es sano cargar el estómago á la hora de dormir.

Ya se habia tragado don Pedro dos platos de sopas con ajo y pimienta, un gran trozo de cabrito

con salsa, la pechuga y las dos patas de un pavo, la ensalada, y con esto, el pan y el vino, las espinacas y media docena de rosquillas, se atrevió á pasar la noche casi á media dieta, como él solia decir.

Amoratoado estaba su rostro como una remolacha, cerrábanse sus ojos, y con alguna torpeza rezó despues de cenar.

Enseguidase desnudó, quedando profundamente dormido al mismo tiempo que se dejaba caer en la cama.

Don Pedro era la más dichosa de las criaturas, porque la felicidad suprema se ha hecho para los estúpidos.

Entre tanto Elvira, sola en su habitacion, habíase entregado á sus pensamientos tristísimos, y empeñándose en adivinar por qué no habia ido su amante, volvió á pensar en las injustificadas distracciones de éste, y volvió á sentirse atormentada por los celos. ¿Le esperaba un desengaño?

La infeliz se estremeció.

Pensó que si Felipe habia enfermado, lo cual no era probable, debia haber enviado un aviso.

Palabra por palabra, recordó las últimas conversaciones que habia tenido con el mancebo, y recordó tambien, para consolarse, los juramentos de éste.

Empero ¿no decia todo el mundo que los juramentos de amor eran galanterías y nada más?

No podia creer esto Elvira; pero tambien era po-

sible que fuese una de tantas verdades espantosas como las que tenemos que aceptar, mal que nos pese.

Preguntábase la jóven si era posible que ningun hombre se complaciese en destrozár el corazón de una mujer que ningun daño le ha hecho.

Esto le pareció absurdo, y sin embargo, podia probarse con más de un ejemplo.

Si Felipe no la amaba, ¿por qué no la habia dejado en paz? Y si la amaba verdaderamente, ¿cómo era posible que la olvidase?

Más de una vez corrió el llanto por las mejillas de la jóven.

Otras veces, sintiendo herida su dignidad, brillaban sus magníficos ojos, y exclamaba arrebatadamente:

—Moriré; pero no exhalaré una queja.

El silencio era absoluto, lo mismo en la casa que en sus alrededores.

Con penosísima lentitud trascurrían las horas aquella noche.

Percibió Elvira ruido de pasos en la calle.

Extremeciése violentamente, y se puso en pié.

—¡Es él!—exclamó.

Y el fuego de su alegría se escapó en relámpagos por sus ojos.

Ya no sufría.

Acercóse á la ventana y la entreabrió.

Distinguió en la calle el bulto de un hombre, que avanzaba lentamente, pasó y desapareció.

¡No era Felipe!

Volvió á cerrar Elvira, no sin que un suspiro penoso se escapase de su pecho.

—¡Pobre corazon mio!—murmuró con voz ahogada.

Ruido de pisadas volvió á sentirse media hora despues.

Tambien entónces fué débil Elvira y se asomó á la ventana.

Esperaba ver á su amante, siquiera oirle entonar amorosa cancion.

Los pasos eran de algunos alguaciles que rondaban con un alcalde.

Y ni siquiera otra ronda volvió á pasar.

A las cuatro de la madrugada, rendida por el sufrimiento, acostóse la hija del señor de Cifuentes.

No pudo conciliar el sueño hasta que la aurora sonreia.

Levantóse algo más tarde que de costumbre.

Mortal palidez cubria su rostro.

La tristeza más dolorosa revelaba su mirada.

Estas circunstancias, estas señales inequívocas del quebranto, pasaron desapercibidas para don Pedro, que, segun su costumbre, salió para ir á misa, volvió y almorzó con el mejor apetito.

Luégo durmió sentado como todas las mañanas, y apenas despertó, presentósele el criado para entregarle una carta.

Leyó el señor de Cifuentes.

—¡Ah!—exclamó.—¿Quién habia de sospecharlo?

Luégo llamó á su hija, diciéndole:

—Toma y lee; pero no te asustes, porque Dios que dá la llaga, dá la medicina, y no todos los que enferman se mueren.

Lo que sintió Elvira no puede explicarse.

Parecióle que la sangre se helaba en sus venas.

Por algunos momentos no vió ni oyó.

Tuvo que sentarse, porque se sentia desfallecer.

—¿No lees?—le dijo su padre.—Pues ten entendido, que esa carta es del señor Alonso de Cardona.

—¡Felipe mio!—murmuró la infeliz, haciendo un esfuerzo sobrenatural.

—¡Tuyo!—exclamó como indignado don Pedro.

—Todavía no lo es, y aunque lo fuese, no debieras decirlo en mi presencia.

De esta advertencia tan estúpida como brutal, no hizo caso la jóven, ni quizás la comprendió.

Leyó la carta que el señor Alonso dirigia á don Pedro, diciéndole lo siguiente:

«Señor mio y amigo: mi corazon está destrozado, porque mi hijo, el adorado hijo de mi alma, está enfermo y tan gravemente, que el doctor Olivares no se atreve á responder de lo que sucederá.

»No adivino la causa de enfermedad tan repentina.

»Comprendo que la noticia de esta desgracia debe ser un golpe terrible para vuestra virtuosa hija, y os ruego que prepareis su ánimo, y poco á poco le deis á conocer la verdad, pues de otra manera, se conmoveria tan violentamente, que quizás enfermase.

»Sois padre y apreciareis mi dolor.

•»Dios me dé fuerzas para soportar este golpe, y devuelva pronto la salud á mi adorado hijo.

»El doctor Olivares apenas se separa del enfermo, cumpliendo así lo que le manda su corazón generoso, y lo que terminantemente le ha mandado su majestad, cuyas bondades no podré pagar sino con amor y gratitud.

»Siempre es su servidor y amigo,

*Alonso de Cardona.»*

Apenas Elvira acabó de leer, oprimióse el pecho, exhaló un grito ahogado, inclinó la cabeza y quedó sin sentido.

—¡Virgen santa!—exclamó la dueña, que estaba presente y acudió en auxilio de su señora.

—¿Qué os sucede?—preguntó don Pedro.

—Viéndolo estais, mi noble señor..... Se ha desmayado.....

—Esto nos faltaba..... ¡Oh!..... No me dejarán un instante de tranquilidad..... Ese hidalgo ha traído la desdicha á mi casa, y haría muy bien en morir, porque así acabaría esto de una vez, y volveríamos á quedar tranquilos.

—Pero.....

—Que vayan inmediatamente en busca del médico..... Nosotros no debemos meternos en estas cosas..... Que vayan..... Al instante.....

La dueña gritó.

Acudieron los demás criados.

El uno fué en busca del doctor Olivares, que era el que siempre habia cuidado de la salud de aquella familia, y el otro llevó vinagre para que lo aspirase doña Elvira.

No recobró ésta el conocimiento tan pronto como deseaba, y fué conducida á su lecho.

El señor de Cifuentes decia:

—Me falta el valor para ver sufrir á mi amada hija.

Y se retiró á otro aposento, lo cual no debia sorprender á quien lo conociese bien.

Apenas el doctor Olivares oyó pronunciar el nombre del señor de Cifuentes, tomó su capa y su sombrero, y salió del alcázar, diciendo para sí:

—Una coincidencia..... ¿Me suministrará doña Elvira algun otro rayo de luz?..... Tal vez.

Bien pronto se encontró junto á la jóven.

Esta abrió los ojos, exhaló un penoso suspiro, y exclamó:

—¡Dios misericordioso!

El llanto corrió por sus pálidas mejillas.

—Llorad,—le dijo el doctor,—que en estos momentos el llanto es un gran beneficio para vos.

—Os han hecho venir, os han molestado.... ¿Para qué?..... Estoy buena..... Sufro, y nada más.....

—Permitidme que examine el pulso.

—Hacedlo, pero dejadme en seguida, y.... Volved al lado de Felipe, y no lo abandoneis un instante.

—Es decir, que ya teneis noticia de su enfermedad.....



—Y de que es grave, muy grave.

—Lo parece; pero....

—Vos habeis dicho que no respondeis de lo que sucederá.

—Eso he dicho; pero no porque no tenga la seguridad de que el señor Felipe ha de recobrar la salud, sino porque los médicos, y á nadie más que á vos lo digo, no queremos comprometernos en ningun caso, y ante todo, pensamos en dejar á cubierto nuestra responsabilidad.

—Eso lo decís para consolarme.

—Es la verdad.

—Si Felipe se muere.....

—No se morirá, si vos me ayudais.

—¡Yo!—exclamó la jóven con tonó de la más profunda sorpresa.

Y se incorporó y fijó en el médico una mirada profunda.

No se encontraba en el aposento el señor de Cifuentes, pues se habia concretado á recibir y saludar al doctor, diciéndole que el valor le faltaba para ver á su hija, miéntras ésta no recobrase el conocimiento.

—¿Creeis que soy vuestro amigo?—preguntó Olivares.

—Sí

—¿Teneis en mí suficiente confianza para hablarme sin ninguna reserva?

—Lo vereis muy pronto,—respondió Elvira.

Y mandó á su dueña que saliese.

Considerando al médico como al confesor, ningún inconveniente encontró la dueña para obedecer, aunque lo hizo de muy mala gana, pues era curiosa en demasía.

La jóven dejó el lecho y se sentó cerca de Olivares.

—Veo que renacen vuestras fuerzas,—dijo el médico.

—Las perdí completamente; pero ya me sobran, porque se trata de salvar á Felipe. ¿Es menester que yo hago algun sacrificio? Decidlo, caballero, porque si nada se me exige contrario al honor, daré hasta la vida.

—No hay necesidad de tanto.

La hija de don Pedro no mentia, ni siquiera exageraba al decir que las fuerzas le sobraban ya. Así lo revelaba claramente su semblante, su mirada ardiente y hasta su acento.

Olivares quedó silencioso por algunos minutos, luégo fijó una penetrante mirada en Elvira, y dijo:

—Puesto que estais decidida á hablarme con franqueza ....

—Como pudiera hablar á mi confesor. Lo he prometido y lo cumpliré.

—Gracias.

—Decid.

—¿Desde cuando no habeis visto al señor Felipe?

—Desde anteayer por la tarde, que vino como todos los dias.

—¿Y ayer?

—No.

—¿Habeis advertido algun cambio en él?

—Sí,—respondió la jóven sin vacilar.

—Esto es algo,—murmuró Olivares.

—Hace como un mes que Felipe está preocupado, distraido.

—¿Y no sabeis por qué?

—No ha querido decírmelo, sino que, por el contrario, aseguraba que no tenía ningun motivo de disgusto.

—¿Y vos?.....

—He sufrido mucho, porque.....

Interrumpióse Elvira, y sus mejillas enrojecieron.

—No olvidéis que habeis prometido hablarme con franqueza.

—Pues bien, he temido que Felipe me olvidase, y los celos me han hecho sufrir horribilmente.

—¡Pobre niña!

—Si me ama y lo amo, si nadie se opone á la realizacion de nuestros deseos, si su situacion es la misma de siempre, ¿qué le preocupa?

—Felipe os ama, no como siempre, sino más que nunca.

—¡Doctor!.....

—Tengo pruebas.

—¡Ah!.....

—Tranquilizaos, pues, sobre este punto.

—¡Cuánto bien me haceis!

—Os digo la verdad.

—Pues entónces, ¿qué le sucede á Felipe?

—Hé ahí precisamente lo que necesito averiguar, que es lo mismo que decir que necesito conocer la causa de su enfermedad, porque de otra manera no podré recetar con acierto.

—Vos sabeis más que yo, puesto que teneis la seguridad de que Felipe me ama, y en cuanto á lo demás, su padre ....

—Le sucede lo mismo que á nosotros.

—Si os explicáseis más claramente.....

El señor Felipe ha experimentado ayer una conmocion muy violenta, ha ido á su casa con fiebre, ha delirado.....

—¡Dios mio!.....

—Os llamaba.....

—¡Y no puedo verlo!—exclamó desesperadamente la jóven.

—Ha hablado de una alternativa horrible, como si fuese preciso elegir entre vos y su padre.

—Eso es incomprensible, puesto que su padre no se opone á nuestro amor.

—Y en el asunto debe andar un sacerdote, supongo que un fraile.

—¿Su nombre?

—No lo ha pronunciado.

—Pues no lo entiendo, no lo entiendo.

—Se desvanece mi última esperanza,—repuso el doctor, haciendo un gesto de disgusto.

Ambos quedaron silenciosos.

Elvira cavilaba.

No era posible que adivinase la verdad.

Largo rato pasó.

Al fin la jóven, levantándose y acercándose á la puerta para convencerse de que nadie escuchaba, volvió junto al doctor, y le dijo:

—¿Sería una imprudencia que yo hablase con Felipe?

—En estos momentos sí.

—¡Oh!.....

—¿Acaso intentais?....

—Todo, ya os lo he dicho,—repuso Elvira arrebatadamente;—todo por el hombre á quien amo; todo ménos la honra, porque con la honra manchada no me amaria.

—¡Alma noble y grande!.....

—Felipe sufre.

—Creo que sí.

—Es desgraciado.

—A pesar de la dicha que con vos le espera.

—¿Y en qué consiste su desgracia?..... Necesito saberlo para ayudarle, para luchar tambien, triunfar si él triunfa, y morir si él muere.

Olivares contempló admirado á la hija de don Pedro.

—Conoceremos la verdad, no lo dudeis,—añadió la jóven,—y os suplico que me aviseis cuando mi presencia no puede ser peligrosa para Felipe.

—¿Y cómo habeis de verlo?

—Iré, y vos me acompañareis.

—Pero vuestro padre.....

—Nada sabrá.

—¿Os atreveréis?

—Sí.

—La resolucion es grave, muy grave.

—Arriesgo mucho, ya lo sé.

—Quizá la reputacion, porque si llegara á saberse.....

—¿Y quién ha de conocer un sècreto que vós guardais?

—Gracias, doña Elvira.

—¿Ni qué ha de sucederme, si por vos estoy protegida?

—Me honrais con tanta confianza.....

—Con la que merecis.

—Perdonad si desde luégo no os ofrezco mi auxilio para tan atrevido paso.

—Reflexionad, sí, que cuando penseis que se trata de la vida, de la felicidad de Felipe y de la mia tambien.....

—Veremos.

Así terminaron la conversacion.

Olivares no creyó necesario recetar, despidióse de Elvira, y fué á la habitacion de don Pedro.

—¿Cómo se encuentra mi hija?

—Muy bien, porque no ha tenido más que un trastorno pasajero.

—Supongo que habrá reflexionado, y acordándose de mis consejos, los habrá puesto en práctica. ¡Oh!..... La resignacion es una gran cosa, lo tengo

experimentado. Bien dice el padre Ginés, cuando uno se resigna.....

—¿Y qué tiene que ver ese buen padre con el trastorno que ha sufrido vuestra hija?

—Fray Ginés es mi confesor, y como á él acudo siempre en los casos de apuro, me tiene aconsejado que me resigne, porque como todo lo que sucede es por la voluntad de Dios, si uno no se resigna, claro está que contra Dios se rebela. Eso mismo he dicho á mi hija.

—Comprendo.

—Además, cuando el señor Alonso me envió la triste noticia de la enfermedad de su hijo, preparé el ánimo de mi Elvira, diciéndole que no se asustase; pero no me hizo caso, y se desmayó..... ¿Cuándo tendremos completa tranquilidad?

—Espero que el señor Felipe recobre la salud.

—Parece que ha traído á mi casa la desdicha, y con razon me decia el padre Ginés: «Observad y esperad con calma, ya que con tanta ligereza habeis consentido esos amores.»

—¿De qué comunidad es ese fraile?

—De San Martin.

—Debe ser un hombre de gran talento.

—Y un santo.

—Guárdeos Dios, y hasta mañana, que volveré por si hay novedad.

—Yo voy á ver á mi hija y á fortificar su espíritu.

Salió el doctor, volviéndose al alcázar real.

Parecia muy preocupado.

## CAPITULO VI.

---

Felipe empieza á entrever una esperanza.

---

Ya fuese porque la organizacion de Felipe era vigorosa, ya por el acierto del doctor Olivares, es lo cierto que al otro dia se encontraba mucho mejor, pues la fiebre habia remitido bastante, y no se presentaban síntomas de ninguna otra enfermedad, pudiendo ya asegurarse que el peligro habia desaparecido.

Muy débil se sentia el mancebo; pero su cabeza estaba completamente despejada, era dueño absoluto de su razon, y pudo otra vez ocuparse de la situacion horrible en que lo habian colocado las circunstancias, ó más bien el fraile.

Parecíale un sueño cuanto habia sucedido los dias anteriores, y sin embargo, era una realidad espantosa que tenía que aceptar.

Apenas se encontró solo y pudo reflexionar, sin

que nadie lo interrumpiese, se hizo muchas preguntas, para las que no encontró respuesta.

¿Qué razones habia para que fuese preciso y hasta conveniente que renunciase á su anhelada dicha?

¿Por qué el fraile habia tomado parte tan activa en aquel asunto?

¿Qué clase de interés le impulsaba?

Las explicaciones del padre Ginés, ni eran claras, ni mucho ménos satisfactorias, ó si hemos de hablar con exactitud, debemos decir que no habia dado ninguna explicacion, y se habia concretado á exigir, á mandar terminantemente, colocando al desdichado mancebo en la dura alternativa de ver morir á su padre á manos del verdugo, ó de renunciar para siempre á la mujer á quien adoraba, aceptando además el papel de perjuro, y dando derecho para que se le calificase de ruin y miserable.

Su mismo padre lo acusaria y le pediria estrecha cuenta de su proceder en apariencia criminal, pues el señor Alonso era honrado en demasía, escrupuloso hasta la exageracion cuando se trataba de cumplir un deber, y no podia aprobar, ni siquiera ver con calma ó indiferencia, que su hijo hubiese engañado á una mujer virtuosa, rompiendo compromisos solemnes y haciéndola desgraciada.

¿Y qué contestaria Felipe á su severo padre?

¿Cómo se defenderia, ni ante éste, ni ante el mundo?

Tales reflexiones bastaban para recrudescer el pasado trastorno; pero no sucedió así, y aunque sufrió mucho, físicamente continuó la mejoría.

El fraile no habia de ceder, pues habia exigido por última vez, habia pronunciado la última palabra, y por consiguiente no habia que pensar en suplicarle, ni siquiera en conferenciar nuevamente con él.

Forzoso era decidir, y para un alma tan noble coma la del mancebo, la eleccion no podia ser dudosa. ¿Cómo habia de sacrificar á su padre?

Antes que hacerlo así, preferia todos los tormentos, aceptaria todas las situaciones.

Y puesto que era forzoso consumir el inmenso sacrificio y destrozarse el corazon de Elvira, conveníale solamente pensar en la mejor manera de hacerlo.

En vano caviló Felipe, pues no encontraba más que un medio, y no se le presentaba más que un camino, y con estas ó las otras palabras habia de decir á Elvira que no podia ser su esposo, y que lo olvidase y él procuraria olvidarla.

Exigiria ella explicaciones, porque derecho le sobraba para exigir las muy claras y terminantes, y entónces Felipe tendria que hacer lo que el fraile habia hecho, encerrarse en la más profunda reserva, y decir solamente que las circunstancias lo obligaban, y que no estaba autorizado para revelar el secreto de su extraña conducta.

Despues de esto tendria que escuchar las más duras acusaciones, y.....

Cuando á este punto de sus reflexiones llegaba el mancebo, preguntábase si tendría fuerzas para resistir, y si la desdichada Elvira podría soportar el golpe.

Si de sus fuerzas dudaba él, ¿cómo no había de temer que sucumbiese la hija de don Pedro?

También era posible que la jóven, desesperada y dejándose arrebatar por la ira, queriendo vengarse y devolver golpe por golpe, se casase con otro, aunque no lo amase, en cuyo caso á Felipe no le ocurría que pudiera suceder otra cosa que matar al esposo afortunado y acabar él con su propia vida.

Así el resultado final sería el más horrible para todos, hasta para el señor Alonso.

Ni siquiera podía el mancebo abrigar la esperanza de que cuando muriese su padre se reiría de las amenazas de fray Ginés, pues el señor Alonso de Cardona no tenía más que cincuenta años, era vigoroso y disfrutaba de la más completa salud.

Figuraos un hombre á quien se le echa encima una montaña de plomo que lo agobia, que lo anoda, y que cuando está á punto de morir aplastado bajo el enorme peso, la montaña se convierte en humo que se eleva, se extiende y se disipa en la inmensidad del espacio.

Algo muy parecido debió sucederle al señor Felipe de Cardona, porque de repente su semblante cambió de expresion, viéndose que sus ojos brillaban intensamente, que se dilataba y entreabria su

boca como si fuese á sonreir, y que respiraba como el que instantáneamente recobra la vida.

—¡Ah!—exclamó.

Incorporóse y miró á todos lados.

—Hay más luz,—dijo.

Y era que un rayo de luz habia penetrado en su inteligencia, y que habia entrevisto una esperanza.

¡Pobre mancebo!

Quizás muy pronto su ilusion se desvanecería.

Sintióse animado.

—Quiero luchar y lucharé,—murmuró,—y lucharé hasta vencer ó morir.

No conocia bastante bien á los frailes, no sabia de todo lo que un fraile es capaz.

¿En qué se fundaban las esperanzas de Felipe?

¿Era posible que el padre Ginés hubiera olvidado algun detalle, hubiese dejado un cabo suelto?

Esto era inverosímil.

Otra vez se acostó el mancebo, y á sus reflexiones se entregó, si bien más gratas entónces.

Media hora despues habia trazado un plan atrevido, temerario, pero que presentaba para él la ventaja inmensa de que le daba ocasion para luchar y defenderse.

Cuando se lucha, cuando hay defensa posible, y, aunque remota, alguna esperanza de herir al adversario y de triunfar, la idea de la derrota mortifica ménos, porque se siente algo consolador.

En este caso se encontraba Felipe.

Si una conmocion demasiado violenta lo habia puesto á los bordes del sepulcro, una emocion agradable lo reanimaba.

Pocas horas ántes no habia más que tinieblas en el horizonte de lo porvenir, y al fin habia descubierto un rayo de luz que, aunque débil, era luz, era una esperanza.

El señor Alonso estaba en aquellos momentos cumpliendo sus deberes, y más tranquilo, porque ya Olivares respondia de la curacion del enfermo.

La anciana sirviente ocupábase en las faenas domésticas, miéntras llegaba la hora de dar los medicamentos al que llamaba su querido hijo.

El doctor Olivares se presentó, aunque al amanecer habia estado allí.

—Me parece que sigue muy bien,—le dijo María.

—¿Ninguna novedad ha tenido?.....

—Ninguna.

—Quiero verlo, y puesto que está solo, le haré compañía y divertiré su ánimo con agradable conversacion.

—Dios os pague lo que haceis.

Volvió la sirviente á sus faenas.

Entró Olivares en la habitacion del enfermo, y lo miró con sorpresa, pues no esperaba que el semblante de éste expresase la tranquilidad del espíritu, y poco ménos que la alegría.

—¿Qué puede haber sucedido desde esta mañana?—se preguntó Olivares miéntras se acercaba al lecho y fijaba con insistencia su mirada escudri-

ñalora en el jóven. Acabará por confundirme en fuerza de tanta contradiccion.

Y luégo añadió en voz alta:

—¿Cómo os sentís?

—Bien, muy bien,—respondió Felipe,—y me haríais un grandísimo favor, dándome licencia para levantarme.

—Aún no es posible.

—Me siento vigoroso.....

—Contribuye el deseo.

—Nadie como yo puede saber á dónde alcanzan mis fuerzas.

—Veamos.

El médico se sentó y examinó el pulso del enfermo.

—¿Estais convencido?—preguntó éste.

—Sí, convencido estoy de que cuando desaparece la causa desaparecen los efectos.

—No comprendo bien....

—Señor Felipe, puesto que estais mucho mejor y nada tenemos que hacer, hablaremos.

—Sois muy bondadoso.

—¿Por qué habeis enfermado? —preguntó de repente Olivares.

Algo turbado se sintió Felipe; pero se repuso muy pronto y respondió:

—Me parece que vos debeis saberlo. ¿Qué sé yo, ni qué sabe nadie el por qué pierde la salud? Me sentí mal, muy mal, ya estoy mejor, y esto es cuanto sé.

—¡Bah!—repuso Olivares, desplegando una leve sonrisa.—¿Habeis creido que los médicos no pene-tramos en el alma?

—Supongo que no.

—Pues os habeis equivocado lastimosamente, y os ofrezco la prueba.

Miró Felipe al doctor como se mira todo lo ex-traordinario, y no articuló una sílaba.

Olivares se acercó más al lecho, se inclinó, y siempre con el tono de indiferencia que lo caracte-rizaba, dijo:

—Habeis experimentado una conmocion muy violenta, os habeis encontrado en una situacion verdaderamente horrible, y reconociendo que érais impotente para luchar.....

—No,—interrumpió vivamente el mancebo.

—Sí.

—Repito que.....

—Veo con más claridad en el fondo de vuestra alma que en vuestro cuerpo.

—Tal vez.

—Tras la desesperacion, ha venido la esperanza, es decir, que la causa ha desaparecido, y por con-siguiente, la enfermedad, que es el efecto, des- aparece tambien.

Algo aturdido se sintió Felipe, pues nunca habia sospechado que Olivares tuviese el donde adivinar.

El doctor prosiguió, diciendo:

—No os molesteis en negar lo que estoy viendo tan claramente, y para convencersos más y más, os

diré que vuestros disgustos están íntimamente relacionados con vuestro amor.

—¡Caballero!.....

—Y con vuestro padre.....

—¡Ah!.....

—Y con otra persona á quien no quiero nombrar, aunque la conozco tanto como á vos.

Más de lo que estaba, palideció Felipe.

Empezó á creer que su secreto era conocido por el doctor, en cuyo caso éste tambien era dueño de la honra y de la vida del señor Alonso.

—Os equivocais,—dijo Felipe, porque otra cosa no acertaba á decir.

—¿Habeis olvidado que al médico puede hablársele lo mismo que al confesor? ¿No sabeis que nosotros nos dejaríamos ántes matar que revelar un secreto? Si conociéseis el mundo como yo lo conozco, distinta sería vuestra opinion.

—Y si yo tuviese que confiar un secreto.....

—¿Acudiríais á mí?

—No lo dudeis, doctor.

—Pues ya os escucho,—dijo Olivares, apoyando un codo en la cama y la frente en la mano.

Acrecentó la turbacion del mancebo, turbacion cuya causa, más que otra cosa, era la calma inalterable del médico, y la seguridad con que afirmaba ó negaba.

No, no era posible que Felipe diese explicaciones sobre su situacion, pues se trataba del honor y de la vida de su padre.

—Me habeis sorprendido y aún aturdido,—replíco,—porque á cualquiera aturdirían vuestras palabras. Confieso que en parte habeis acertado, pues es muy verdad que graves disgustos pesan sobre mí; pero nada tienen que ver con doña Elvira, ni mucho ménos con mi buen padre. Esperanzas abrigo de dominar las dificultades que se presentan para realizar mis aspiraciones, y con la ayuda de Dios todo se arreglará. He reflexionado, me he convencido de que sin motivo bastante me he dejado arrebatar, y hé ahí por qué ahora me encontrais más tranquilo.

—Con algunas palabras no más puedo echar por tierra reputaciones muy bien sentadas, porque conozco historias horribles, que ni siquiera sospechar se pueden, y sin embargo, esas criaturas, que no son dignas de ninguna consideración, que son verdaderamente criminales, levantan la cabeza con orgullo frente á mí, y hasta me miran con desden y me ofenden. Y yo, que puedo anonadarlas, las dejo; yo que puedo perderlas, les permito vivir y hacer fortuna, y envanecerse con una honra que perdieron.

—Lo cual prueba que sabeis elevaros sobre las miserias y ruindades de este mundo.

—Y á vos también, mancebo, puedo deciros que acabais de mentir.....

—¡Doctor!.....

—Y presentaros la prueba, y obligaros á pedirme perdon, y arrancaros vuestro secreto.....

—¡Oh!.....

—Pero no lo haré,—dijo el doctor levantándose y siempre con la misma calma.—No he querido satisfacer una curiosidad.....

—Hago justicia á vuestros sentimientos nobles.

—He querido ofreceros una proteccion que de nadie debiais esperar; he dejado por algunas horas de ser el médico para ser el amigo..... Peor para vos..... Tranquila queda mi conciencia, porque he cumplido mi deber. Ahora, que Dios os proteja, Dios, porque los hombres pueden hacer muy poco por vos. Supongo que el fundamento de vuestras esperanzas, de la tranquilidad de vuestro espíritu, son ilusiones de esas que se desvanecen como la bocanada de humo, y no extraño que á semejantes ilusiones os entregueis, porque aún no conoceis el corazon humano, y sobre todo.....

Se interrumpió Olivares.

Desplegó una irónica sonrisa, inclinóse sobre el lecho, y dijo á media voz:

—Tampoco conoceis á los frailes.

Felipe dejó escapar un grito, y se incorporó con los ojos extremadamente abiertos y relumbrantes las pupilas; pero el buen doctor se separó del lecho, se colocó junto á la puerta, y dijo en voz bastante alta para que fuese oida por la sirviente:

—Tranquilidad, reposo, y si continuais así, podreis dejar mañana el lecho por algunas horas.

—¡Caballero!.....

—Y no os ocupeis de ningun asunto de importancia.

Acudió María.

—Más tarde,—le dijo el médico,—si continúa despejado, podeis darle algun alimento, muy poco, una sopa, la yema de un huevo todo lo más, y..... Volveré esta tarde al oscurecer; pero si ántes hay novedad, avisadme.

—Esperad,—dijo Felipe.

—Me aguarda el rey.

—Es que.....

—Ahora no os conviene hablar mucho..... Hasta luégo.

Y sin decir más, sin escuchar más tampoco, el médico salió.

—¡Bendito sea Dios y su Madre Santísima!—exclamó la sirvienta.—No te levantes, Felipe..... Estate quieto y abrigado. Ya has oido al doctor, necesitas mucho reposo, y si ahora cometes locuras. más tiempo tardarás en ponerte completamente bueno.

Se acostó Felipe y cerró los ojos para que María lo dejase.

Cuando estuvo sólo, exclamó:

—¡Dios mio!..... ¿Es posible que este hombre conozca tambien el secreto que puede matar á mi buen padre? ¿He debido decirle la verdad?..... Pero si el secreto lo conoce, ¿por qué pregunta?..... Sospecha no más, eso sí. ¿Qué puede hacer en mi favor este hombre? Nada, porque fray Ginés no cede-

rá, y acudir al rey..... ¡Oh!..... Felipe II no olvida ni perdona. Lucharé sin más auxilio que el del Omnipotente y mi audacia, y si sucumbo, me resignaré.

Entre tanto, el doctor Olivares decia para sí:

—Más ó ménos tarde hablará y conoceré la intriga, y haré en su favor cuanto me sea posible, lo lo cual me conviene, porque con el tiempo, su inteligencia y su valor, este mancebo ha de ser algo en el mundo, ha de representar un papel de importancia, y si obligado lo tengo con una deuda de gratitud, en ocasiones de apuro ha de servirme como nadie me serviría.

¿Y Elvira?

Se habia tranquilizado en cuanto á la salud de su amante; pero no en cuanto á lo demás, y como esperaba verlo muy pronto, empezó á desistir de cometer la locura de ir á visitarlo.

Olivares volvió; pero cuando el señor Alonso estaba en su vivienda, de modo que Felipe no pudo dirigirle ninguna pregunta, como hubiera querido hacerlo.

La mejoría continuó.

Al dia siguiente se levantó el mancebo, aunque no se le permitió salir, y escribió á doña Elvira, repitiendo promesas de amor, y pintando con vivos colores su ternura y su deseo de verla.

Aquella carta no parecia la del hombre que tuviese motivos de preocupacion.

Sin embargo, no se tranquilizó la jóven y si-

guió esperando con tanta ansiedad como temor.

¿En qué consistía el plan del infeliz mancebo?

Sobre este punto no podemos dar muchas explicaciones, y nos concretaremos á decir que ante todo queria convencerse de si era verdad que los documentos terribles los habia puesto el fraile en manos de otra persona.

## CAPITULO VII.

### De la muy desagradable conversacion que tuvieron Elvira y Felipe.

Otro dia pasó.

No habia conseguido Felipe encontrarse á solas con el doctor Olivares; pero esta circunstancia no podia influir en sus determinaciones.

Tenía licencia para salir á las horas en que alumbraba el sol, y no hay que decir que aprovechó la licencia para visitar á la mujer á quien adoraba.

Habia salido á dar su paseo don Pedro de Cifuentes, y en su aposento se encontraba Elvira con la dueña, que se habia situado en un rincon, y sacando el rosario y aparentando rezar, se habia dormido tan profundamente, que no se apercibió de la llegada de Felipe.

Este y Elvira se contemplaron como despues de una ausencia se contemplan los que se aman.

Por sus ojos escapábase el fuego de la pasion, y

como sus ojos expresaban lo que sentían, no pronunciaron en los primeros minutos más que algunas palabras.

Estrecháronse las manos, cuya libertad pudieron tomarse, gracias al pesado sueño de la dueña, y sentándose más cerca el uno del otro de lo que la vieja sirviente hubiera permitido, cruzaron algunas frases que no tenían más valor que el de la inmensa ternura que revelaban.

Luégo, no amorosa, sino profunda, escudriñadora, fijóse la mirada de Elvira en Felipe, y le dijo: —Perdona si al verte por primera vez, después de cuatro días, y cuando aún casi estás enfermo, te hablo de lo que puede serte desagradable; pero las dudas me atormentan, sufro mucho, y cada momento que aguardo me parece un siglo.

—¡Que sufres!—replicó el mancebo con tono de extrañeza.—Yo he creído siempre que eras dichosa, y en cuanto á dudas, no adivino el motivo de las que dices que te atormentan. Habla, Elvira; nada me ocultes. ¿Qué temes? ¿Por qué eres desgraciada?

—¿Qué va á suceder, Felipe?

Esta pregunta, tan sencilla en apariencia, y que de pueril hubiera podido calificarse, produjo en el jóven el peor efecto, y se le vió palidecer y estremecerse, sin que fuese posible ocultar el disgusto que experimentaba.

¡Qué iba á suceder!.....

Por saberlo hubiera dado Felipe la mitad de su vida.

Y sin embargo, se lo preguntaban.

Aturcido, profundamente trastornado, se habia sentido el mancebo el último dia que habló con el padre Ginés, y no ménos cuando el doctor le hizo indicaciones tan claras sobre la intriga del fraile; pero aún más aturcido quedó al escuchar á Elvira.

Con el sentimiento de su amor, y sólo en su amor pensando, habia ido á ver á la jóven, y apenas cruzó con ella una mirada, apenas empezó á contemplar las bellezas incomparables, los encantos irresistibles de la doncella, el apasionado mancebo se olvidó de todo, para todas las luchas se sintió con valor, y se consideró tan feliz como puede serlo una criatura.

Las palabras de Elvira fueron un aviso, un recuerdo, y desde la celestial esfera de las más gratas ilusiones, Felipe cayó de repente en el mundo de las negras realidades.

¿Por qué le preguntaban lo que habia de suceder, cuando lo porvenir era el fantasma aterrador que le robaba el reposo?

El cambio era demasiado brusco, y debia producir su efecto.

En un solo instante, y con más claridad que nunca, apreció el mancebo su situacion.

Sus ilusiones empezaron á desvanecerse.

Así se cumplia el vaticinio del doctor Olivares.

Comprendió entónces Felipe que aunque consiguiese llevar á cabo su plan, podia suceder que el

fraile no tuviera los papeles, segun habia dicho, en cuyo caso nada adelantaria.

En esto no habia querido pensar mucho, porque era muy desagradable, y lo que nos desagrada, no lo aceptamos sino cuando es absolutamente imposible la ilusion.

La mirada de Elvira quedó fija en su amante, y como éste, turbado y confuso, no acertaba á responder, ella preguntó:

—¿Por qué te turbas?

—¡Turbarme!..... No.....

—Sí.

—Es que me sorprende tu extraña pregunta, y no la comprendo, y por consiguiente, no acierto á responder.

—Basta, Felipe.

—Elvira.....

—No necesito ya explicaciones.

—Pero, ¿qué quieres decir? ¿Por qué me preguntas lo que ha de suceder? ¿Qué temes? Sólo Dios conoce lo porvenir, y es inútil que la criatura se empeñe en adivinarlo.

—Eso es verdad; pero ¿por qué la criatura espera lo bueno ó teme lo malo? ¿Nunca has abrigado esperanzas? Y siendo así, ¿en qué las has fundado? Se vé, se observa y se calcula lo que probablemente ha de suceder, y cuando se altera el curso natural de los sucesos, cuando hay una novedad cualquiera, todos creemos que otra novedad ha de venir como consecuencia inevitable.

La lógica de la doncella no podía ser más inflexible.

Ya hemos dicho que estaba dotada de raro talento, y por consiguiente, no necesitaba instrucción para discurrir como discurría. Además, el amor produce siempre en la criatura dos efectos contrarios, ó esclarece la inteligencia, ó aturde, obceca, engendra las aberraciones y oscurece el talento más elevado.

En aquellos momentos, y considerada intelectualmente, Elvira valía mucho más que su amante.

—Perdona,—dijo éste despues de algunos momentos;—pero bien sea por la escasez de mi entendimiento ó porque la enfermedad haya debilitado mi cabeza, ello es que no te comprendo, y me veo obligado á repetir mis preguntas. ¿Qué deseas saber? ¿A dónde vés á parar? ¿Por qué te ocupas de lo porvenir cuando es desagradable por ser dudoso? ¿No sería mejor que hablásemos de lo presente, de nuestro amor, de nuestra dicha inmensa, del goce que experimentamos al cruzar nuestras miradas, al cambiar nuestras palabras de sin igual ternura? Lo que ha de suceder.... ¿Por qué he de turbar mi dicha presente pensando que es posible que caigan sobre nosotros desgracias tremendas? Hace cuatro dias que era completa mi salud, y repentinamente, sin saber cómo y cuando ménos lo esperaba, me sentí enfermo hasta el punto de que mi vida peligró. Ya lo ves, siempre sucede lo que está más lejos de nuestra imagina-

cion, y como lo malo viene siempre tras lo bueno, la desdicha tras la felicidad, si en lo porvenir pensamos, si lo que ha de suceder nos preocupa de continuo, nos asaltarán temores, siendo imposible la tranquilidad del espíritu. Puesto que dichosos somos, no turbemos nosotros mismos la dicha que Dios nos concede, pues probaríamos que no la merecemos.

Si era inflexible la lógica de Elvira, no podía ser más ingenioso ni más sutil el razonamiento de Felipe; pero ni podía convencer, ni tranquilizar, sino que, por el contrario, acrecentaba los temores, porque revelaba el deseo de eludir la cuestion.

La jóven movió tristemente la cabeza, desplegó una irónica sonrisa, y replicó:

—Si ahora vieses un puñal sobre tu cabeza, ¿no pensarías en la muerte que te amenazaba, no turbarías tú mismo tu tranquilidad?

—La comparacion.....

—Es todo lo exacta que puede ser.

—¿Acaso ves algun peligro?

—Sí.

—¿Donde está?

—Tú has de decírmelo, Felipe.

—¡Yo!

—¿No he de temer cuando tú temes? ¿No he de pensar con horror en el dia de mañana cuando tanto te preocupa y tanto te espanta lo que ha de suceder quizás muy pronto?

—¡Elvira!

—Dime que estás tranquilo, Felipe,—repuso la jóven con exaltacion;—dímelo sin vacilaciones, con esa seguridad del que no miente, ni disimula, y cuando me lo hayas dicho.....

—Y tranquilo estoy, ya lo ves.

—¿Lo juras?—preguntó arrebatadamente Elvira.

Y al decir esto, entre sus manos convulsas estrechó la diestra del mancebo y fijó en él una mirada profunda y dominadora.

—¡Oh!—murmuró Felipe.—Me pides un juramento..... Eso significa que dudas, que crees que puedo mentir.....

—Y mis dudas te ofenden, ¿no es verdad?

—Sí.

—Y para castigarme por la ofensa, me anonadarás jurando por tu honor, y ya la duda será imposible, y tendré que pedirte perdon.....

—Hoy te desconozco, Elvira.

—Hoy me conoces mejor que nunca, porque tienes la prueba de que sé penetrar hasta lo más recóndito de tu alma.

—Te has equivocado.

—Jura, Felipe, jura. ¿No hay motivo para temer ninguna desgracia? ¿Nada sucede que te haga sufrir?..... ¡Ah!..... Levanta la cabeza, mírame como como yo te miro..... Así. Responde ahora..... Yo no necesito el juramento, me basta una palabra..... Afirmas ó niegas..... Veo tu alma, porque en los ojos la tienes en este instante..... Responde, Felipe, responde.

¡Responder!.....

Imposible.

Lo que sintió el mancebo no puede explicarse.

La mirada de Elvira lo subyugaba, lo anonadaba.

Para todo le sobraba el valor, y le faltó para mentir en aquellos momentos.

Ingenio y habilidad tenía para todo, y hasta el último grado de la torpeza torpe fué para fingir.

Verdad es que al hombre más sereno le hubiera sucedido lo mismo.

La belleza de la jóven, su mirada ardiente tenía en aquellos momentos un poder sobrenatural!

Felipe inclinó la cabeza y se estremeció.

—¿Qué temes, qué temes?—preguntó con creciente arrebató la jóven.

Y con fuerza convulsiva estrechó más y más la diestra de su amante.

—Perderte,—murmuró sordamente Felipe.

Quedó Elvira inmóvil como una estatua.

Nerviosa palidez cubrió su rostro.

Algunos minutos pasaron sin que se percibiese otro ruido que el de su respiracion violenta.

No podia ser más terrible lo que acababa de oír.

—¡Ah!—exclamó al fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—Pero no te entregues á la desesperacion.....

—Mi amor es inextinguible.

—El mio tambien.

—Entonces, ¿por qué has de perderme? ¿Qué obstáculo puede levantarse entre nuestros corazones?

—No lo sé.

—La verdad, quiero conocer la verdad.

—Tal vez mi negro destino.....

—¿Por qué abrigas temores?

—Pretentimientos vagos.....

—Un presentimiento no es bastante para hacerte sufrir como sufres.

—Pues no hay más.

—Si ante la realidad no tiembblas, porque tienes valor sobrado, ¿cómo ha de infundirte pavor un fantasma?

—Elvira mia, me atormentas horriblemente. Te amo más de lo que puede amar la criatura, y sin tu amor es imposible la vida para mí.

—¿Y dudas de mi pasión intensa?

—No.

—Pues si me amas y no dudas.....

—Lucharé, — interrumpió Felipe, que otra vez recobró la energía; —lucharé hasta triunfar ó morir, te lo juro; pero entre tanto.....

—¿Y donde está el enemigo con quien has de luchar? Nuestros padres aprueban nuestra union, y nadie más en el mundo tiene derecho.....

—Calla, Elvira mia, calla, te lo suplico.....

—¡Dios misericordioso!.....

—Puesto que te empeñas.....

—Sí, quiero sufrir si tu sufres, quiero conocer ese peligro que nos amenaza, quiero luchar tam-

bien, y contigo triunfar ó contigo morir. Si sucumbimos, Felipe de mi alma, para tí será mi último aliento; para tí mi postrer suspiro.....

—Hay un secreto que no puedo relevar.

—¿Ni á mí tampoco?

—Tampoco..... Pero la lucha será breve, y dentro de muy pocos dias.....

—Guarda tu secreto,—interrumpió la jóven.

Y luego inclinó la cabeza, y dos lágrimas se escaparon de sus magníficos ojos.

—¡Me destrozas el alma!—exclamó Felipe.

—Destrozada está ya la mia y no exhalo una queja.

—¡Elvira, Elvira!....

No respondió la jóven, ni siquiera hizo demostracion de querer hablar.

Como dos carbunclos brillaban los ojos del mancebo.

La ira hacía temblar sus manos.

Parecia como si con la mirada quisiera devorar á la infeliz y encantadora jóven.

Si en aquellos momentos se presentára fray Ginés, muy mal lo hubiera pasado, pues no era posible que Felipe se dominase.

Desgarradora lucha se entabló en su alma.

Más de una vez se sintió impulsado á revelar el terrible secreto; pero se contuvo al pensar en la venganza del fraile.

Aquella situacion era demasiado violenta, y por consiguiente insostenible.

—¿Cómo terminaría?

En el último punto de la desesperación, trastornado, casi loco, levantó Felipe los ojos al cielo, exclamando con voz destemplada:

—¡Dios Omnipotente!.... ¿Para cuándo guardas tu justicia?

Al pronunciar este apóstrofe impío, la dueña despertó, miró el rostro lívido y desfigurado de Felipe y las mejillas bañadas en llanto de Elvira, y dijo con tono de terror profundo:

—¡Jesús bendito!.... ¿Qué sucede?.... Y vos, señor Felipe, ¿por qué no me habeis avisado al entrar?.... ¡Virgen Santísima!.... ¿Porqué llorais, mi noble señora?.... Y vos echais fuego por los ojos, y..... Buena la haríamos si ahora entrase mi noble señor..... Necesito saber lo que pasa..... Me habeis sorprendido, habeis abusado de mi buena fé.

La jóven enjugó el llanto.

Felipe, sin escuchar á la dueña, se puso en pié, y le dijo á Elvira:

—Espera ántes de dudar, ántes de condenarme.

Levantó la jóven la cabeza, miró tristemente á su amante, y respondió con una tranquilidad que en aquellos momentos era espantosa:

—Adios, Felipe.

Salió éste.

—Preciso es que vuestro padre sepa lo que ha sucedido,—dijo la dueña.

Elvira se encogió de hombros desdeñosamente.

—¿No os importa?—añadió la sirvienta.—Pero sí

os importa que yo no me haya equivocado en lo que pensé de ese mancebo..... Viéndolo estais: aún no es vuestro marido, y ya os haré llorar..... Nunca os amó, y no es vuestra hermosura ni vuestra virtud lo que quiere, sino vuestro caudal,.... ¿Y habeis sufrido sus ultrajes, y lo habeis despedido con tanta dulzura?..... Vamos, esto no puede seguir así, y en cuanto venga vuestro padre, se adoptará una resolucion. ¡Pues no faltaba más sino que os maltratase ese hidalguillo que no tiene sobre que caerse muerto!..... ¡A vos, que os llamais Cifuentes, y que habeis de heredar montones de oro!.... No será, lo repito.

Elvira salió del aposento para librarse de la impertinente charlatanería de la dueña.

Esta volvió á sentarse, y empezó á rezar, interrumpiéndose frecuentemente para hacer comentarios sobre lo que acababa de suceder.

## CAPITULO VIII.

**De cómo Felipe acometió su empresa,  
y el resultado que dió.**

El doctor Olivares no le habia dado á Felipe licencia para salir de noche, porque la humedad y el frio podian provocar una recaida; pero, ¿qué le importaban al jóven las prohibiciones del médico?

Antes de que se ocultase el sol fué al monasterio de San Martin, donde entró sin que le pusieran ningun inconveniente, porque ya lo conocian.

Subió, y lentamente atravesó claustros, galerías y aposentos, deteniéndose en uno, cruzando los brazos, inclinando sobre el pecho la cabeza, y quedando inmóvil.

Así pasó muy cerca de media hora.

Ocultóse el astro del dia y resonaron las campanas.

Felipe se quitó el sombrero y rezó muy devotamente, diciendo luego:

—Perdonadme, Dios misericordioso.

Bien pronto desaparecieron los últimos resplandores del crepúsculo.

Felipe conocía perfectamente una parte del interior del monasterio, y creyó que le sería fácil quedarse allí sin que nadie lo viese.

Sintió ruido de pasos y de voces, y se ocultó tras una puerta.

Dos frailes, que se alumbraban con un farol, atravesaron el aposento sin sospechar que tan cerca tenían al que debía considerarse criminal por el abuso que estaba cometiendo, con la agravante circunstancia de ser aquel lugar sagrado.

No estaba completamente tranquilo Felipe, ni era posible que lo estuviese, pues si lo descubrían, sería castigado con la mayor dureza.

Siglos le parecían los minutos, y se impacientaba y aburría.

Movíase de un lado para otro, siempre atento al más leve ruido, y alguna vez salió á la inmediata galería, en uno de cuyos extremos brillaba una luz.

Fueron recogándose los frailes, y á las nueve reinaba ya el silencio más absoluto.

Crejó el mancebo que habia llegado el instante de poner en práctica su plan, no solamente atrevido, sino quizás descabellado.

Después de escuchar sin percibir el más leve rumor, salió á la galería, la atravesó y entró por un pasillo, donde tambien habia la claridad de la escasa luz de un farol.

Bien pronto se detuvo junto á una puerta.  
Era la de la celda del padre Ginés.  
Inclinóse Felipe y miró por el ojo de la cerradura.  
Nada vió.

Tampoco allí oyó ruido alguno.

Era indudable que el padre Ginés dormía, y por consiguiente, la ocasion era la más oportuna.

En teoría, todo es fácil; pero en la práctica no sucede lo mismo, y decimos esto, porque el jóven se encontró con una dificultad en que ántes no había pensado.

Podía entrar en la celda, y posible era tambien que no despertase el religioso; pero ¿qué haría sin luz?

Afortunadamente, el remedio no era difícil, pues pensó que podía servirse de la misma candileja del farol que había en el pasillo.

Hízolo así, y muy cuidadosamente abrió la puerta, cubriendo con una mano la luz para evitar que sus rayos hirieran los ojos del fraile, haciéndole despertar la impresion.

Dió un paso al mancebo.

Detúvose.

Apenas podía respirar.

Volvió la cabeza á uno y otro lado.

Su sombría mirada se fijó en el lecho, y con gran sorpresa vió que allí no se encontraba el padre Ginés.

¿Debia considerarse esto una fortuna ó una desgracia?

¿Por qué no estaba allí el religioso?

Aquella hora no era ninguna de las en que la comunidad acudia al coro, y por consiguiente, era de creer que el reverendo padre se encontraba fuera del convento.

¿Ocupábase en auxiliar á algun moribundo?

Así lo supuso Felipe, y si tal suposicion hizo, fué porque, segun Olivares le habia dicho, no conocia bastante bien á los frailes.

Eran algunos los que aquella noche faltaban de sus celdas, y no debian volver hasta el otro dia.

—Tal vez,—dijo el mancebo,—vendrá muy pronto; pero, por lo mismo, me conviene aprovechar los instantes, pues no he de retroceder. Ya he dado el primer paso, y daré el último, porque de una vez quiero la muerte ó la vida.

Volvió á mirar á su alrededor.

Su rostro estaba pálido y contraído.

Su mirada, lo mismo que ántes, era sombría, y tenía algo de terrible.

Si se presentaba el padre Ginés, Dios sabe lo que sucederia.

—Concluyamos,—murmuró.

Dió algunos pasos, y se arrodilló junto á un arca de nogal con cerradura y grandes cantoneras de hierro.

—Principiaré por aquí.

Para forzar la cerradura, sacó Felipe su daga; pero con gran contentó vió que no estaba echada la llave.

Levantó la tapa.

Poco tiempo tenía que perder para examinar el interior del mueble, puesto que allí no había más que algunos pañuelos, dos ó tres libros, y unos papeles atados con una cinta negra.

—¡Ah!—exclamó el jóven.—¿Serán estas las pruebas de la llamada traicion de mi padre?

Cogió los papeles.

No debía detenerse en aquel sitio; pero no pudo dominar su deseo de salir inmediatamente de dudas.

Si aquellos papeles eran los documentos tan temibles, los destruiria inmediatamente, reduciéndolos á cenizas para evitar que se los arrebatasen.

Y luégo, ¿qué le importaba que lo sorprendiesen allí y que lo acusasen de haber penetrado furtivamente en lugar sagrado?

Posible era que por este solo delito fuese entregado á la Inquisicion, y muy probable que ésta lo sentenciase á ser quemado; pero la muerte no le espantaba á nuestro jóven, y se consideraba feliz si se salvaba su padre, y no daba motivo para que Elvira lo llamase perjuro.

Quitó la cinta.

Desdobló los papeles y se inclinó para empezar á leer.

Sus manos temblaban.

Su corazon latia con desigual violencia.

Las primeras líneas que encontró decian lo siguiente:

«Cartas y otros documentos referentes al señor Alonso de Cardona.»

No pudo Felipe contener un grito de júbilo.

Habia encontrado lo que buscaba, tenia en su poder cuanto necesitaba.

—¡Se ha salvado mi padre!—exclamó el infeliz mancebo.

Y levantando al cielo los ojos, añadió:

—¡Gracias, Dios mio!

Luego pronunció el nombre de la mujer á quien adoraba.

Y más tranquilo su ánimo, pensó que no debía permanecer allí, pues era fácil que lo sorprendiesen, y que en un sólo instante retrocediese lo que habia adelantado.

Quería entregar á su padre aquellos papeles para que los examinase y quemase luego.

—Es verdad,—murmuró,—el doctor me ha dicho que no conozco á los frailes; pero él tampoco me conoce, tampoco sabe todo lo que puede hacer un hombre que ama como yo.

No quiso perder ya un instante.

Y tomando la candileja con una mano y con los papeles en la otra, movióse para ponerse en pié; pero encontró un obstáculo, sintió sobre su espalda un gran peso, una presión violentísima, y tuvo que permanecer arrodillado.

Volvió la cabeza.

Exhaló un grito que lo mismo revelaba la sorpresa, que el terror y la ira.

Acababa de ver un hombre envuelto en una larga capa negra y con sombrero de anchas alas.

Hay situaciones que no pueden explicarse; hay escenas que no pueden pintarse con exactitud.

¿Cómo haríamos comprender lo que en aquellos momentos críticos sintió Felipe

Y en cuanto á sus ideas, ni él mismo hubiera podido dar explicaciones.

Estaba aturdido hasta el punto de que todo era para él tan vago y confuso como cuando se sueña.

Empero muy pronto debia rehacerse, porque se trataba de la salvacion de su padre y de su amor.

El nuevo personaje estaba inmóvil como una estatua.

Hubiérase dicho que era un sér fantástico que habia brotado de la tierra ó se habia filtrado por las paredes.

Felipe lo contempló sin reconocerlo, y luego se levantó, retrocediendo un paso.

Como ambas manos las tenia ocupadas, y ántes que los papeles hubiera dejado la vida, arrojó la candileja, cuya luz se apagó al caer y llevó la diestra á la empuñadura de la espada.

Instantáneamente brilló otra luz más intensa y que dió de lleno en el rostro de Felipe: era la de una linterna sorda que acababa de abrir el aparecido.

—Me matareis,—dijo el mancebo con voz ronca y en el último punto del arrebató de la ira;—pero quedarán destruidos estos papeles, porque los haré

pedazos, me los comeré y..... ¡Por el infierno!.....

—Más calma, replicó el nuevo personaje.

Felipe desnudó la espada.

—¡Pobre mancebo!..... Vuestro juicio se ha trastornado, lo cual no me sorprende, porque sufrís mucho. ¿Para qué sacáis el acero?..... Espada llevo también, mirad, y quieta la dejo, aunque mejor que vos sé manejarla.

—¿Quién sois?

—¿Pues qué, no me habeis conocido?

Y al decir esto el recién llegado, se quitó el embozo y levantó el ala de su sombrero.

—¡Fray Ginés!.....

—El mismo.

—Con esa ropa y.....

—Vuestra inocencia me encanta.

—¡Oh!.....

—Guardad esos papeles, que os los regalo, y guardad también la espada. Si yo os odiase, al ver que os encontrábais aquí, en vez de entrar, hubiera dado parte del suceso, y á estas horas estarías encerrado en las cuevas. y mañana amaneceríais colgado en uno de los torreones de este monasterio. Otra vez os recuerdo que el superior de San Martín es señor de este recinto y del arrabal, y tiene jurisdicción propia, y como aquí habeis cometido el crimen, seríais juzgado por la autoridad única y legítima que aquí hay.

—Pues bien, que me quiten la vida; pero estos papeles.....

—¿Acaso no os he dicho que los guardéis?

—Pero.....

—¿Quereis algo más?

—No comprendo.....

—Pues es muy sencillo,—repuso el fraile con su inalterable calma:—las pruebas del crimen de vuestro padre no están en mi poder, ya os lo dije.

—Mentis, porque aquí dice.....

—Mirad bien y vereis que son copia.

—¡Ah!.....

—Sacaré otras si las necesito.

—¡Miserable!.....

—Dios os perdone.

Felipe se sintió anonadado.

Frio sudor corrió por su pálida frente.

Su primer impulso fué el de arrojarse sobre el padre Ginés y matarlo, aunque esto no era empresa muy fácil, pues el religioso tenía mucho valor, una gran fuerza muscular y una habilidad nada comun para manejar la espada y la daga.

Sobre este punto no habia exagerado.

Empero aunque no contase con estas ventajas, ¿qué adelantaria Felipe con matarlo?

Puesto que otra persona guardaba los papeles, lo vengaria, y era de temer que el depositario de los documentos fuese otro fraile tan temible como todos.

Preciso era someterse, buscar otro medio ó aceptar la desgracia, resignándose y muriendo sin exhalar una queja.

¡Pobre Felipe!

Sin darse cuenta de lo que hacia, envainó la espada y guardó los papeles.

El padre Ginés le dijo entonces con dulzura:

—Si os exijo lo que es para vos más terrible que la muerte, es porque así me lo manda mi conciencia, porque así cumplo deberes sagrados.

—Imposible.

—Puedo haceros mucho mal, y no os lo hago. .

—¿Acaso hay algun tormento mayor que el que me haceis sufrir? Matadme, y no dudeis que así me hareis el mayor de los beneficios.

—Debeis vivir para cumplir vuestra mision en el mundo.

—¡Triste mision!

—Bienaventurados los que sufren.

—Padre mio, me pedís mucho más de lo que puedo hacer.

—¿Y vuestra voluntad?

—Es impotente.

—Eso lo creemos en los momentos en que nos arrebatata el dolor; pero cuando se recobra la calma, se discurre de distinto modo, y renacen las fuerzas y el valor, y la criatura es capaz de todo.

—Yo mismo me quitaré la vida.....

—No lo hareis, porque no sois cobarde.

De tal naturaleza era la situacion de Felipe, que para nada le servía su inteligencia, ni su valor.

—Es preciso que inmediatamente salgais de aquí,—le dijo el padre Ginés.

El jóven se encogió de hombros.

El fraile lo asió por un brazo, llevándolo fuera de la celda; y alumbrándose siempre con la linterna sorda, atravesaron pasillos, galerías y habitaciones, bajaron escaleras y llegaron á un lugar sombrío de abovedado techo y ennegrecidas paredes.

El piso era húmedo y resbaladizo.

Poco despues se encontraron junto á una puercecilla.

El padre Ginés sacó una llave y abrió, diciendo:

—Idos, y que Dios os ilumine y os dé fuerzas.

—Aún tenemos que hablar.

—Sí, os haré una advertencia y no la olvideis: he aguardado estos dias, porque estábais enfermo; pero ya habeis recobrado la salud. Es absolutamente preciso que quiteis á doña Elvira toda esperanza, para lo cual conviene que le hagais creer que vuestros sentimientos han cambiado.

Iba á replicar Felipe; pero el fraile lo empujó, haciéndole salir, y cerró la puerta.

El desdichado jóven miró á todos lados sin encontrar más que las densas tinieblas.

Dos relámpagos se escaparon de sus negros ojos.

Apretó los puños con toda la fuerza de la desesperacion.

Se encontraba en el derrumbadero que despues hemos conocido con el nombre de calle de la Bodega de San Martín, y que hoy está considerada como prolongacion de la de las Hileras.

Rápidamente llegó Felipe al Arroyo del Arenal.

Diez minutos despues se encontraba en el alcázar y entraba en su aposento.

—Hijo mio,—le dijo su padre dulcemente,—ya sabes que te dejo en la libertad más completa; pero el doctor ha prohibido que salgas de noche.

—Me siento muy bien, padre mio.

—Aún estás pálido y..... Parece que estás agitado.....

—He venido de prisa; pero ahora me acostaré y descansaré.

Sin decir más, entróse Felipe en su dormitorio, se sentó, sacó los papeles y empezó á leer:

Si aquellas copias eran exactas, los originales probarian sobradamente el llamado crimen del señor Alonso de Cardona, y no habria para él salvacion posible.

Aún dudaba el mancebo, y no queria decidirse á consumir el sacrificio sin convencerse de que el fraile no lo engañaba.

Más de tres horas pasó meditando, y al fin, tan fatigado de cuerpo como de espíritu, se dejó caer en el lecho.

## CAPITULO IX.

---

Se convence Felipe de que el fraile dice la verdad

---

A la mañana siguiente se levantó Felipe más tarde que de costumbre; tomó algun alimento y salió sin otro fin que el de moverse, de hacer algo.

Su padre habia salido ya para cumplir los deberes de su empleo.

Bajó hasta el Manzanares el infeliz jóven, vagó por entre la arboleda, subió por la calle de Segovia, y sin saber cómo, se encontró en la de San Nicolás.

Detívose allí.

Contempló la morada de Elvira.

Cerrados estaban los balcones, segun costumbre, y ningun ruido sonaba en el interior del edificio.

Sin embargo, con los ojos del alma estaba viendo nuestro jóven á la hija del señor de Cifuentes.

La hermosa niña lloraba y se oprimia el pecho como si el corazon lo sintiese destrozado.

Penosos suspiros exhalaba; pero ni una sola queja.

Tambien latió violentamente el corazon de Felipe.

El fuego de su pasion inextinguible se escapó en llamaradas por sus negros ojos.

Preguntóse si le sería posible vivir sin en el amor de aquella mujer sublime.

Verla llorar y no dirigirle una sola palabra de consuelo; adorarla y tener que fingir indiferencia..... Esto era demasiado horrible.

Recordó el desdichado mancebo cuanto habia sucedido los días anteriores.

Sin saber lo que hacía, dió algunos pasos hácia la casa; pero se detuvo, porque le pareció que de la tierra brotaba la sombría figura del padre Ginés.

Se contrajo y se tornó lívido el rostro de Felipe.

Su diestra crispada y convulsa empuñó la daga.

Fulgor siniestro brilló en el fondo de sus pupilas.

¡Visiones, ilusiones!

El fraile no se encontraba allí.

Despues de algunos minutos, Felipe avanzó más; pero la puerta de la casa se abrió y salió el religioso.

Sordo rugido resonó en el interior del pecho del jóven.

Inmóvil quedó como si se hubiese petrificado.

El fraile avanzó lentamente, y al llegar junto á

su víctima, levantó la diestra, hizo la señal de la cruz, y dijo con grave y pausado tono:

—En el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu-Santo.

Y siguió su camino.

Felipe, como un autómeta, empezó á girar sobre sus talones, de manera que su mirada continuó fija en el padre Ginés hasta que éste desapareció tras una esquina.

—¡El miserable!—exclamó.—¡Y me bendice en nombre de Dios, despues de haberme destrozado el alma con la saña de Satanás!..... ¡Oh!..... Consumaré el sacrificio; pero más ó ménos tarde llegará el dia en que pueda vengarme.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por la frente de Felipe.

Ya no se atrevió á entrar en la morada de Elvira. Dirigióse al alcázar.

Resonaron las campanas de todas las Iglesias con el toque del *Ave-María*.

El jóven se detuvo, se quitó el sombrero, inclinó la cabeza y rezó, por aquello de que lo cortés no quita lo valiente.

Al llegar á su aposento, encontró á su padre.

—Felipe,—dijo éste,—estás peor.....

—No, padre mio.

—Tu rostro lo dice.

—Pues es que mi rostro se entretiene en mentir.

—¿Qué te sucede?..... Quiero saberlo.

—Nada.....

— Quiero, — repitió enérgicamente el señor Alonso.

— Padre y señor.....

— Basta.

— Pues bien, os diré todo lo que puedo deciros.

— Te escucho.

— Ahora no; más tarde.....

— ¿Y por qué?

— Os lo suplico.....

— Esperaré.

Pocos minutos despues comian, y para comer se esforzaban, pues ni el uno ni el otro tenían apetito.

Luégo mostró Felipe deseos de pasear, prometiendo volver ántes de que anocheciese.

Salió de su aposento, y su mala ventura quiso que encontrase al doctor Olivares en una galería.

— ¿Qué tal? — preguntó sencillamente el médico.

— Muy bien, — respondió distraidamente Felipe.

— ¿Habeis hecho cuanto dispuse?

— Todo.

— Recordareis que os prohibí salir despues que se pusiese el sol.

— Y por eso la noche pasada he estado.....

— Entre paredes, ya lo sé.

— Así es la verdad.

Olivares desplegó una leve sonrisa, y repuso:

— Solamente que no eran las paredes de este alcazár, sino las del monasterio de San Martin.

— ¡Vive el cielo!.....

— ¿Por qué os enfadais, señor Felipe?

—Doctor.....

—Entrásteis por la puerta principal; pero debísteis salir por el postigo, y ántes de las doce ya estábais en vuestra vivienda. ¿Vais sabiendo ya lo que es un fraile?

—¡Por Dios vivo!..... Lo que parece es que en ocasiones Satanás debe ponerse el sayal, y.....

—¿Aún no necesitais mi ayuda?

—Gracias, doctor.

—Que Dios os proteja.

Dudó Felipe si debia continuar la conversacion; pero no lo hizo, porque temió decir lo que más empeño tenia en callar, y porque el doctor le infundia no ménos miedo que el fraile.

Ocultábase el sol cuando Felipe volvió á su morada.

Su padre lo esperaba ya.

No se tomó el jóven la molestia de esforzarse para fingir aparentado una calma que no tenia, y por consiguiente, su semblate revelaba la agitacion de su espíritu.

Tambien el señor Alonso parecia muy preocupado.

Felipe saludó respetuosamente á su padre, y luego le dijo:

—Vais á conocer una parte de mi desdicha inmensa, de lo que me hace sufrir horriblemente.

—¿Una parte no más?

—Por ahora otra cosa es imposible; pero andando el tiempo, todo lo sabreis.

—Abrigué la esperanza de pasar una vejez tran-

quila, y empiezo á convencerme de que me equivoqué; pero, á Dios gracias, me siento con fuerzas y valor para luchar. Si no se tratase de tu reposo, me verias indiferente; pero tú eres lo único que en el mundo me interesa.

—Y vos sois lo primero para mí.

—Hay gran diferencia, hijo mio, porque á tu edad tienen la existencia y la vida muchos encantos. Amas y eres correspondido, te sonrien las esperanzas.....

—Tambien me amenazan los desengaños.

—Dejemos para despues estas observaciones, y explicate.

—Antes, padre mio, prometedme que respetareis mi reserva en lo que me sea preciso guardarla, y esto os lo suplico en nombre de mi madre, que en el cielo está y nos contempla.

—La respetaré.

—Gracias.

—Ya te escucho.

—No tengo que recordar los sucesos que os colocaron en tan crítica situacion cuando fuisteis á Flandes, porque....

—No, no hables de aquella época. Si cometí una falta, ya la he pagado. Al conocer mi error sufrí espantosamente, y ahora, cada vez que su majestad me dá una prueba del interés que se toma por mí, cada vez que llegan noticias de lo que en Flandes pasa..... No hablemos de esto, hijo mio, no hablemos de esto.

- Y es preciso hablar.
- ¿Cón qué fin?
- Para que yo sepa si es verdad que existen algunos documentos que prueben.....
- ¡Felipe!—exclamó el señor Alonso, cuyo rostro palideció como el de un cadáver.
- ¿No hay cartas y otros papeles de interés que puedan estar en manos de cualquiera á quien se le antoje cometer un abuso?
- Creo que..... No, no..... Es imposible.
- Recordad bien.
- Algunas cartas mias muy graves no llegaron á su destino; pero debieron desaparecer para siempre.
- La desgracia no es tan grande como parece, puesto que en mi mano está el remedio.
- ¿Qué quieres decir?
- Que nos amenaza un terrible golpe; pero que yo puedo evitarlo.
- Me haces temblar.....
- Hay una persona que asegura poseer los documentos que prueban vuestra traicion á Felipe II.
- ¡Oh!....
- Y para que no me quede duda, me ha entregado copia de esos documentos.
- ¿Quién es, quiénes?—preguntó el señor Alonso con ansiedad angustiosa.
- Hé ahí una parte de mi secreto.
- Se trata de mi vida, de mi honra.....

—Tomad, —interrumpió Felipe, sacando los papeles; —leed y decidme si eso es exacto.

No habló entónces más el señor Alonso.

Sus manos trémulas tomaron las copias.

Empezó á leer con tanto afan como terror.

Pocos minutos despues vióse que estaba su rostro empapado en frio sudor.

Su respiracion era trabajosa y desigual.

Violentamente latia su corazon.

Al acabar la lectura dejó caer los papeles, y murmuró:

—Todo es verdad, todo.

—¡Ah!....

—El que tenga esos documentos puede disponer de mi vida, y tambien de mi honra, y de la tuya, hijo de mi alma, tambien de la tuya, porque nuestro nombre quedaria envilecido.

Acababa de desvanecerse la última esperanza de Felipe.

¿Qué sintieron aquellos desdichados?

No es posible hacerlo comprender.

Ambos inclinaron la cabeza y quedaron inmóviles.

Largo rato pasó sin que hablasen.

¿Qué habian de decir?

No encontraban palabras para expresar lo que sentian.

Por fin el señor Alonso se pasó las manos por la frente, y dijo:

—Prosigue.

- 
- La persona que tiene esos documentos, callará si yo acepto el sacrificio que me exige.
- ¿Y ese sacrificio?....
- No es la vida.
- Si te piden la honra.....
- Tampoco.
- Entonces.....
- Debe ser de poca importancia el sacrificio, ¿no es verdad?
- Cuando no le piden á uno la honra ni la vida.....
- Ni dinero, porque soy pobre.
- Alguna humillacion.....
- Tampoco.
- Pues no adivino.....
- A su tiempo lo sabreis.
- ¿Es ese tu secreto?
- Sí, padre mio.
- Lo siento, porque no puedo aconsejarte.
- Los consejos serían inútiles, porque no hay que hacer más que aceptar ó rechazar.
- Pero.....
- Perdonad, padre mio; pero no puedo daros más explicaciones.
- He prometido respetar tu reserva.
- Y al respetarla me haceis un gran beneficio.
- ¿Has decidido ya?
- Nunca he vacilado.
- ¡Pobre hijo mio!
- He querido luchar, apurar hasta el último recurso.....

—Felipe, no puedo permitir que compres mi reposo á costa.....

—No se trata de vuestro reposo, sino de vuestra vida.....

—Bien poco vale.

—Y nuestra honra.....

—¡La honra!.... ¡Oh!.... La mia es la tuya....

—Y es preciso que se salve.

Mirada la cuestión bajo este punto de vista, no era posible que el señor Alonso mostrase gran empeño en disuadir á su hijo para que éste no accediese á las exigencias del miserable que tenía los documentos.

Si no se hubiese tratado más que de la vida, el desgraciado padre hubiera querido sacrificar la suya; pero su nombre debia quedar manchado, segun en aquellos tiempos sucedia, y la primera consecuencia debia ser que el señor de Cifuentes se negase á dar la mano de su hija al hijo de un traidor, de un ajusticiado.

Bien sabia el señor Alonso que sin el amor de Elvira no habia felicidad posible para el mancebo, y ante todo quiso evitar que éste encontrase obstáculos para realizar su anhelada dicha.

Ni remotamente pudo sospechar el padre que lo que á su hijo se le exigia, era precisamente que renunciase al amor de la hija de don Pedro.

Cualquier otro sacrificio tenía poquísima importancia.

Aunque decidido á seguir respetando la reserva

del mancebo, porque lo habia prometido así, el señor Alonso hizo muchas preguntas sin recibir más que contestaciones vagas.

Como era consiguiente, acabaron por hablar del doctor Olivares, y sobre este punto conferenciaron muy detenidamente.

Ninguno de los dos dudaba que el médico podia favorecerlos mucho; pero ¿cómo habian de confiarle un secreto del honor?

Eran muy cerca de las once, cuando el padre y el hijo, en extremo fatigados, quisieron buscar el descanso en el sueño.

Acostáronse; pero no consiguieron dormir hasta que la aurora empezó á desplegar sus primeras sonrisas.

Aquella mañana, cuando el señor Alonso de Cardona encontró en una de las antecámaras al célebre médico, éste lo miró fijamente, y le dijo:

—Cuidado, señor Alonso, que no estais muy lejos de una enfermedad.

—Pues mi salud es completa.

—Eso dicen vuestros lábios, pero no vuestro rostro. Habeis pasado muy mala noche, y es muy poco lo que habeis dormido.

—¿Y cómo lo sabeis, doctor?

—Estoy viéndolo.

—En verdad que sois un hombre temible.

—A mí nadie puede ocultarme sus dolores ni sus alegrías. En fin, si teneis necesidad de mi auxilio.....

—Gracias.

—Eso mismo me responde vuestro hijo cuando le hago igual ofrecimiento. Peor para él, y peor para vos.

Hubiera querido replicar el señor Alonso; pero no lo hizo.

Olivares se alejó.

—No puedo tranquilizarme,—decía para sí el padre de Felipe,—y empiezo á creer que el doctor conoce el secreto tan bien como mi hijo, en cuyo caso hacemos mal en no hablarle con franqueza y pedirle proteccion.

Ya ninguna esperanza le quedaba á Felipe, y habia llegado el momento de hacer el sacrificio.

---

## CAPITULO X.

---

Sigue el doctor haciendo descubrimientos.

---

Miéntras tenía lugar la escena que hemos referido, es decir, en tanto que el padre y el hijo hablaban sobre su triste situacion, el doctor Olivares salia del alcázar real, y se encaminaba hácia el monasterio de San Martin, deteniéndose y ocultándose frente al postigo por donde la noche anterior habia salido Felipe.

—Aquí,—pensaba Olivares,—es donde debo buscar el secreto que sólo á medias he conseguido penetrar. ¿Qué es lo que se propone este astuto fraile á quien nadie tiene miedo porque está considerado como la más inocente de las criaturas? No lo adivino. Parece que al pobre Felipe se le ha puesto en una alternativa que no comprendo bien; pero mis observaciones me hacen sospechar que se le exige que renuncie á la mano de la hija de don Pedro. ¿Con

qué fin? ¿Tiene Felipe un rival rico y poderoso que se entiende con el padre Ginés, y ofrece riquezas y protección á la comunidad de San Martín? Esto parecería verosímil á quien no conociese á doña Elvira como debe conocerla el fraile; pero yo no lo creo, y por consiguiente, necesito hacer más averiguaciones para conocer la verdad. ¿Y con qué le amenaza el fraile al mancebo? ¿Y por qué el mancebo se deja intimidar, y sufre y calla, cuando es mozo tan arrebatado que desnuda el acero por un quitame allá esas pajas, y tiene sobrado valor para aniquilar, no digo al padre Ginés, sino á todos los frailes que hay en el mundo? En esta intriga han metido al señor Alonso, y á éste deben amenazarle, pues de otra manera el hijo no se dominaría.

Como vamos viendo, el doctor Olivares andaba muy cerca de la verdad; pero esto no era suficiente.

Así reflexionaba, cuando percibió un leve ruido, y volviendo la cabeza, vió que el postigo se abría y que salía un hombre.

—La cabeza pongo á que es el padre Ginés,—dijo para sí el doctor.

El que acababa de salir cerró la puertecilla, tomó calle abajo y abrió una linterna al llegar al arroyo del Arenal.

Espacióse la luz y reflejó en la punta de la espada que llevaba desnuda, y asomaba por debajo de la capa del fraile, pues no era otro el embozado de la linterna.

Atravesó el Arroyo, y por la calle de las Hileras subió.

—No será poco saber si averiguo á dónde va y con qué fin,—murmuró Olivares.

Y siguió al padre Ginés.

Calles y calles dejaron atrás, llegaron á la de Segovia, y se internaron luego en las tortuosas y estrechas que forman el laberinto de la Morería.

Várias veces se habia detenido el fraile para mirar atrás; pero no se apercibió de que lo seguian, porque Olivares era consumado maestro en aquella clase de intrigas, y no cometió ninguna torpeza.

Por fin se detuvo el religioso, y dió algunos golpes en la pequeña puerta de una miserable casa que no tenía más que el piso bajo.

—¡Ah!—exclamó el médico con tono de sorpresa profunda.—No me equivoco..... Es ahí..... Empiezo á creer que me protege la fortuna.

A los pocos momentos se abrió la puertecilla, y el fraile desapareció.

Olivares avanzó hasta llegar frente á la casa, convenciéndose de que no se habia equivocado.

—Puede habitarla otra persona,—murmuró;—pero de todas maneras haré cuanto me sea posible para salir de dudas.

Una tapia medio derruida levantábase al lado del miserable edificio.

Como quien ya conoce el terreno, el buen doctor quitóse la capa, le echó sobre el desmantelado

muro, y libre así de todo estorbo, lo escaló con una agilidad que nadie le hubiera concedido.

Bien pronto, y llevando su capa, se encontró en un pequeño corral.

Lo atravesó, llegó junto á una puerta que estaba á medio abrir, y miró y escuchó.

Vió una débil claridad.

Oyó ruido de voces.

Satisfecho debió quedar, porque avanzó, entrando en un estrecho pasillo, á cuyo final habia otra puerta.

Por allí salia la luz y el ruido de las voces, que eran de dos personas.

Con atencion profunda escuchó Olivares.

Hé aquí lo que oyó:

—No, padre, mil veces no..... ¡Rayos!..... ¿Qué me importa lo que pueda suceder?..... Ya lo veis, estoy á las puertas de la muerte, y quizás ántes de tres dias me encontraré en el infierno y en compañía de Satanás.

—¡Horror!.....

—No me espanta la muerte, ni tampoco el demonio. ¿Acaso será el único que se condene?..... ¡Mil centellas!..... A muchos amigos he de encontrar por allí.

—Nadie sabe cuándo ha de morir, y por lo mismo nos conviene estar siempre bien dispuestos para presentarnos ante la inexorable justicia divina.

—¿Y qué?

—Tu vida es una série de maldades, las más horrorosas.

—Ya lo sé.

—Puesto que tan cerca de la muerte estás, te conviene hacer algo bueno, pues así es posible que tu alma se salve.

—Lo que me conviene es recobrar la salud y acabar este negocio, no á vuestro gusto, sino al mio, y con quinientos á mil ducados, porque ménos no ha de darme su majestad, poder vivir alegremente. Yo no sabía que esos papeles eran un tesoro; pero entre lo que vos me habeis dicho y lo que me dijo el licenciado Lagartija..... ¡Tripas de Lucifer!..... Y me he pasado tantos apuros.... Y ahora casi no puedo moverme.....

—Pero si has de morir.....

—No quiero que nadie se aproveche del negocio. ¡Rayos!..... Morirme aquí como un perro, y que los demás se diviertan y se rian..... Eso sí que no.

—Se trata de llevar á cabo una obra muy agradable á los ojos de Dios.

—Vos lo decís.....

—¿Y lo dudas?

—Hace bastantes años que conozco á los frailes.

—¡Impío!

Resonó una carcajada burlona.

—Si no mueres de la enfermedad que ahora te atormenta, irás á un calabozo de la inquisicion, y allí te descoyuntarán, y luego acabarás tu vida en una hoguera.

—Merezco todo eso y mucho más, y no puedo quejarme.

—Tu cinismo me horroriza.

—Pues no sabéis lo que yo siento al ver al padre Ginés con ese espadon y por estas calles á media noche, ni más ni ménos que uno de esos rondadores.....

—Silencio.

—¿Para qué habeis venido?

—Con licencia de mi superior, hago este sacrificio para mayor gloria del Omnipotente.

—Pues habeis perdido el tiempo.

—Todo es posible; pero abrigo la esperanza de que no suceda así. Te concedo veinte y cuatro horas por última vez, y si no me entregas esos papeles.....

—Dadme lo que espero que el rey me dará.

—No ha de darte nada, porque te dirá que tu obligacion era presentar las pruebas de la traicion de ese hombre.

—¿Y quién sabe si el mismo señor Alonso, aunque sea empeñándose ó vendiendo su patrimonio, me dará los mil ducados que han de proporcionarme tan buena vida como deseo pasar?

—No piensas que el señor Alonso tiene un hijo á quien le sobra valor para matarte.

—¿Y qué adelantaria?

—Quedarse con los papeles.

—No he de cometer la torpeza de llevarlos encima, ni los tengo en mi casa, bien lo sabéis, puesto que

aquella noche en que la calentura me tuvo atontado, registrásteis hasta el último rincon. Os he perdonado, padre; pero..... ¡Rayos!..... En fin, yo me entiendo. ¿Me amenazais con la Inquisicion?..... Que vengan los esbirros, mataré á tres ó cuatro, y que luego me quemén. Y si he de morirme, que se muera todo el mundo. Y del infierno no me habéis, porque creo que en la gloria me aburriría..... No hagais aspavientos, y guardad vuestros sermones para otra ocasion..... ¡Cuernos de Satanás!... Se acabó..... No daré los papeles, porque no quiero, á ménos que me los paguen siquiera con quinientos ducados, y si me muero, mejor para el señor Alonso, porque se salvará, y esta es la mejor obra que puedo hacer.

—Volveré mañana á estas horas.

—No os tomeis semejante molestia, reverendo padre.

—Cuando reflexiones, comprenderás.....

—Lo que comprendo es que estos dolores me atormentan, y que la hinchazon va subiendo, y que como no hay nada para curarme..... Lo dicho, esto se acabó.

—Pero de mala manera.

—Mejor.

Convencido el fraile de que nada habia de conseguir aquella noche, puso término á la conversacion.

Retrocedió el doctor Olivares, volviendo al corral. Pocos minutos despues, el religioso salia.

Ya no necesitaba más explicaciones el astuto médico. Había comprendido perfectamente la situación, si bien no adivinaba qué era lo que se proponía el fraile.

De todas maneras le convenía apoderarse de aquellos papeles.

Reflexionó, y creyó que le sería muy fácil realizar su deseo.

Por segunda vez entró en el pasillo.

Ni el ruido más leve producían sus pasos.

No salía del aposento tanta claridad, porque el fraile se había llevado la linterna, y ya no quedaba más luz que la de un candil.

Detúvose el doctor, oyendo algunos ayes angustiosos y algunas imprecaciones horribles.

El enfermo debía sufrir mucho.

—Manos á la obra,—dijo para sí Olivares.

Y entró en el aposento.

Oyóse una exclamación de profunda sorpresa, y luego reinó un silencio absoluto.

En aquel aposento y sentado en una banqueta, había un hombre que representaba cincuenta años.

Era de gigantesca estatura y de formas atléticas.

Sus facciones abultadas, la mirada torva de sus pardos ojos y sus cabellos rubios, ásperos, enmarañados y que en desorden cubrían la mayor parte de su frente estrecha y deprimida, le daban un aspecto verdaderamente horrible.

Su ropaje era pobre, haraposo.

Bastaba mirar á aquel hombre para conocer que era un bandido, uno de esos miserables que se crían y viven entre el fango social y que no tienen un solo instinto bueno.

Su verdadero nombre nadie lo sabía, pues todos le llamaban el *Rojo*, y entre los de su clase era temido y respetado.

La sangre fría era lo que más caracterizaba al bandido que nos ocupa, pues con una indiferencia espantosa habia cometido crímenes cuyo solo relato haria estremecer.

Vivia como viven todos los de su clase; para todo estaba siempre dispuesto con tal que fuese malo, y por circunstancias que no nos importan, habia llegado á ser dueño de los papeles que probaban la traicion del señor Alonso.

La importancia de aquellos documentos no la conoció sino poco tiempo ántes del en que dá principio esta historia.

El *Rojo*, aunque era un asesino y nunca se sintió dispuesto á cambiar de conducta, oia misa y confesaba, porque era un buen católico, segun él decia, sin que esto fuese inconveniente para que hablase como ya hemos dicho.

Un asesinato que cometió con circunstancias extraordinarias, habia puesto en sus manos aquellos papeles, y mucho tiempo despues, en una refriega, fué gravemente herido.

Cuando se encontraba casi muribundo, sin au-

xilio y cerca de su vivienda, como se aparece un ángel, apareciósele el doctor, que lo socorrió en todos sentidos y le salvó la vida, no con tanta generosidad como parece, sino por lo que pudiera servirle aquel miserable, pues el buen médico creia que no hay hombre que no sea muy útil para algo.

Pudo muy bien Olivares poner al bandido en manos de la justicia; pero no lo hizo así.

Uno de los dias que se creyó imposible salvar al asesino, pidió éste confesion, y el mismo Olivares le llevó al primer religioso que se encontró en la calle.

El religioso era el padre Ginés.

Desde entónces principió su intriga el fraile, y como no pudo conseguir que se le entregasen los documentos en cuestion, con dinero y habilidad convenció al bandido para que le diese una copia. Entónces fué cuando el *Rojo*, que era desconfiado hasta el último punto de la desconfianza, apeló á un amigo suyo, á quien llamaban el bachiller *Lagartija*, y que segun fama era hombre de letras, aunque bribon de tomo y lomo, y éste sacó las copias, haciendo comprender á aquél el gran valor de los documentos y dándole instrucciones para que sacase el mejor partido posible.

Poco tiempo despues enfermó el bandido, y su enfermedad consistia en muy agudos dolores en las piernas, que se le hinchaban cada vez más.

Ningun médico lo vió, y aunque hizo cuanto le

mandaron algunos curanderos y las comadres de la vecindad, no sintió ningun alivio, sino que, por el contrario, se puso peor.

Llegó un dia en que no pudo salir de su casa, y se sintió desesperado hasta el último punto.

Tal era el nuevo personaje, y tal su situacion cuando lo presentamos á nuestros lectores.

Grande fué su sorpresa al ver que el doctor se le presentaba como un ser fantástico, y dudando si lo engañaban sus ojos, se los restregó, diciendo despues de algunos minutos:

—¡Cuernos de Lucifer!

—¿Te ha desagradado mi visita?—preguntó el médico con su imperturbable calma.

—¡Vos aquí!

—Viéndolo estás.

—Pero.....

—No estás soñando.

—¡Truenos!.....

—Me necesitabas, y he venido. En otra ocasion te sucedia lo mismo, y me aparecí, y te salvé la vida.

—Es verdad.

—Abrigo la esperanza de devolverte la salud ahora tambien; pero será con sus condiciones.

—Sí, que yo pueda moverme, andar, y.....

—Veamos.

No acababa el *Royo* de sacudir su aturdimiento. Maquinalmente respondió á las preguntas que le hizo el doctor, dejándose reconocer, y preguntando luégo:

—¿Es posible mi curacion?

—Creo que sí.

—Seré vuestro esclavo.....

—No quiero tanto.

—Pedid cuanto se os antoje, que si es menester que yo trastorne el mundo.....

—Escúchame, — interrumpió Olivares, sentándose en la otra banqueta.—Puedes ser rico y recobrar la salud.

—Eso es demasiado.

—Pero tambien es posible que cometas una torpeza que te cueste la vida.

—Estoy aturdido y no entiendo.

—¿Qué clase de negocios tienes con el padre Ginés?

—¡Rayos!..... ¿Acaso sabeis?.....

—He escuchado vuestra conversacion.

—¡Fuego de Satanás!—exclamó el bandido, de cuyos ojos se escaparon dos centellas.

—No te enfades, porque es inútil.

—¿Tambien vos quereis los papeles?

—Sí, los quiero y me los darás, y en cambio te devolveré la salud y te entregaré los mil ducados que ambicionas. El fraile no te ofrece un maravedí, y si tú te presentas al rey, lo cual es difícil que consigas, despues de darte una recompensa para probar que es justiciero, mandará que te ahorquen porque lo tienes bien merecido.

—Eso sería un abuso.

—Un acto de justicia.

—¡Vive Dios!.....

—Lo que te importa es la recompensa, y yo te la daré, y además te protegeré, como ántes lo hice.

—¿Y qué pensáis hacer con los papeles?

—¿Y qué te importa?

—Es que.....

—No he venido para darte á conocer mis planes. Si te conviene, acepta lo que te propongo, y si no, esta misma noche irás á un calabozo, donde morirás en pocos dias. La gente que me sigue, guarda esta casa, y por consiguiente, no podrás ocultarte.

—¿Y no me teneis miedo?—preguntó el *Rojo*, cuyas pupilas brillaron con siniestro fulgor.

—¡Bah!—murmuró Olivares, encogiéndose de hombros y desplegando una sonrisa desdeñosa.— Apenas puedes moverte.....

—Están mis brazos fuertes y ágiles.

—Con los brazos no se corre, y ántes de que te acercases á mí, ya estaria yo bastante léjos. Además, ¿cómo habias de librarte de una estocada? Los ánimos te sobran; ya lo sé; pero la voluntad no es bastante. Decide, pues, y si aceptas mi proposicion, mañana mismo te entregaré los mil ducados en buenas monedas de oro.

—¡Mil ducados!.....

—Y dentro de ocho dias podrás moverte y correr, y como serás rico, pasarás una gran vida. Me parece que hay gran diferencia entre esto y el calabozo y la horca.

—¡Truenos!.....

—Y basta por hoy.—repuso el doctor, poniéndose en pié.

—¡Ya os vais!.....

—Pero volveré mañana.....

—Esperad.....

—Quiero que reflexiones.

—A ningún hombre os pareceis.....

—Ya lo sé.

—¡Vive el cielo!.....

—Adios.

No se detuvo ya el médico.

Salió, no por la tapia del corral, sino por la puerta, y discurrendo sobre lo que acababa de suceder, volvió al alcázar real.

¿Qué contenian aquellos papeles?

¿En qué sentido podian perjudicar al señor Alonso de Cardona?

Y sobre todo, ¿qué se proponia fray Ginés?

Muchas veces se hizo esta pregunta el doctor.

Cuando conociese la verdad, ¿qué haria?

Desde ahora podemos anunciar que habia de verse en grandísimos apuros, pues sin sospechar la grave trascendencia de aquel secreto, habia hablado á Felipe II de la extraña situacion en que á su parecer se encontraba Felipe.

El monarca le habia dicho al médico:

—Sobrados medios teneis para averiguar, y así lo hareis, dándome cuenta exacta del resultado.

¿Quién se atrevia á engañar á Felipe II?

Nadie, y mucho ménos el doctor, que lo conocia demasiado bien.

Cuando aquel gran tirano mandaba, era forzoso obedecer sin ninguna excusa, pues no admitia ni la de que era imposible lo que habia exigido.

Ingenio le sobraba al doctor para inventar una historia y salir del apuro; pero era lo más probable que por otro lado averiguase el rey la verdad, en cuyo caso Olivares debia considerarse perdido.

—El diablo me ha metido en este negocio,—decia Olivares mientras se acostaba.—La culpa es mia, pues al saber que la intriga era de un fraile, debí dejarlos para que se arreglasen como mejor les fuese posible.

## CAPITULO XI.

---

### El doctor sigue adelantando.

---

A pesar de todas las dificultades y apuros que tenía, el doctor Olivares durmió perfectamente aquella noche, y á la mañana siguiente, si no estaba tranquilo, lo parecia.

Ya sabemos que encontró al señor Alonso de Cardona y que cruzó con él algunas palabras, y ahora diremos que cinco minutos despues entraba en la cámara real, porque lo llamo Felipe II.

El tétrico monarca respondió friamente al respetuoso saludo del médico, y le preguntó despues:

—¿Qué novedades hay?

—Ninguna, señor,—respondió Olivares.

—Pues qué, ¿aún no habeis podido averiguar la causa de la enfermedad del hijo del buen Cardona?

—En camino estoy,—respondió el doctor.

—¿Y adelantais?

—Voy poco á poco.

—Decidme lo que sepais.

Otro cualquiera hubiera perdido la serenidad; pero Olivares no se turbaba fácilmente, se habia visto en mayores apuros y sabia ya lo que era conveniente hacer.

No le convenia mentir; pero tampoco decir la verdad tal cual era, porque se hubiera comprometido demasiado.

—Señor,—dijo,— de lo que he conseguido averiguar hasta ahora no hay nada tan cierto que nos permita juzgar, y todo ello es bastante desagradable.

—Sí, muy desagradable debe ser lo que produce trastornos y enfermedades, como ha sucedido con ese pobre mancebo.

—Y como se obstina en callar, y.....

—Pero decidme lo que sabeis.

—Lo que sospecho será.

—Bien.

—Hay una intriga, cuyo fin desconozco y no adivino, y de esa intriga debe ser el autor.....

Se interrumpió el médico como si no se atreviera á continuar.

—¿Quién?—preguntó el rey, fijando una mirada penetrante en el astuto doctor.

—Un fraile.

—¡Oh!—murmuró el monarca como si hablase para sí.—Ellos mismos se empeñan en dar la razon á los que..... Continúad, doctor.

—Es cuanto puedo decir.

—Pero ese fraile.....

—Uno de la comunidad de San Martín.....

—Los señores feudales,—dijo á media voz Felipe II.

Y desplegó una leve, muy leve sonrisa, y añadió.

—Un estado dentro de otro, un poder frente al mío y tan cerca..... ¿Y quién es ese fraile, mi buen doctor?

—El padre Ginés.

—Las noticias que me dais son de interés grandísimo.

—Señor, cuando se trata de un sacerdote no me atrevo.....

—Ahora solamente Dios nos escucha, Dios que vé nuestra conciencia, que sabe apreciar la rectitud de nuestras intenciones.

—Sin embargo.....

—Hablad, hablad.

—Líbreme Dios de equivocarme, y líbreme también de malos pensamientos y sospechas temerarias; pero.....

—¿De cuándo acá sois tan tímido, Olivares?

—Señor.....

—Cuando pregunto es para que se me responda terminantemente.

—Perdone vuestra majestad.

—Escucho otra vez.

—En negra capa envuelto y espada en mano sa-

lói, es decir, me parece que salió anoche de su convento el padre Ginés.

—¿Y para qué salió?

—Para ir á la Morería, en cuyas estrechas calles desapareció.

—¡Que desapareció!.... ¿Pues qué, los mismos ojos que del monasterio lo vieron salir, no pudieron verlo entrar en ninguna otra parte? ¿Acaso cegó el que observaba, ó se hizo invisible el que era observado?

—En una miserable casa entró, estúvose allí como media hora, y salió otra vez para volver á su convento.

—¿Y en esa casa quién habita?

—Un desdichado, no sé si decir un criminal de oficio, á quien llaman el *Rojo*.

—¿Lo conocéis?

—Algunas heridas le curé en cierta ocasion.

—¿Y qué más?

—Nada más, señor.

Inclinó el monarca la cabeza, quedó silencioso por algunos minutos, y luégo dijo:

—No puede ser el padre Ginés, sino algun criado de la comunidad, porque ya veis, un religioso..... No, no.

—Lo mismo he pensado, señor, y vuestra majestad ha visto que hasta el suponer me infundia miedo.

—De todas maneras continuad, doctor: puesto que hay una intriga, quese comete un abuso, quiere

que la verdad se ponga en claro, pues de otra manera, ni podríamos castigar al culpable, ni proteger al inocente.

—No descansaré un instante.

—Adios, mi buen Olivares.

El médico salió.

Habia dicho la verdad á medias, saliendo del apuro como mejor le fué posible; pero necesitaba trabajar como nunca y buscar un medio para que el asunto quedase arreglado segun deseaba.

Tenía que esperar á que llegase la noche para ver al *Rojo* y recoger los importantes documentos que eran la base de la intriga.

¿Qué haría entre tanto?

¿No le era posible aprovechar el tiempo?

—La casualidad nos favorece cuando ménos contamos con su ayuda,—dijo el doctor.

Y se dirigió al aposento del señor Alonso de Cardona.

Y efectivamente, la pícara casualidad quiso favorecerlo con circunstancias que para él tenían muchísimo valor, aunque pareciesen muy sencillas.

A tiempo que á la habitacion del señor Alonso llegaba Olivares, salia la anciana sirviente para evacuar no sabemos qué diligencia.

—¿Vais á entrar?—preguntó la criada.

—Para eso he venido.

—Pues me alegro mucho, pues aunque el pobre Felipe asegura que ha recobrado por completo la

salud, no estoy del todo tranquila. Ahora lo vereis, muy ojeroso y pálido como un difunto; además, se ha levantado mucho más tarde que de costumbre y como de mala gana, y esta es la bendita hora en que no ha tomado ningun alimento. Ved lo que haceis, doctor, porque si continuamos así, esa pobre criatura á quien he criado y quiero como á un hijo se consumirá poco á poco y acabará por morir.

—¿Y qué hace ahora?

—En su dormitorio lo teneis, sentado y dando vueltas á unas papelotes, es decir, calentándose la cabeza, lo cual me parece que no ha de hacerle mucho bien.

—Discurrís con acierto, buena María.

—Venid.....

—No es menester que volvais atrás, pues yo conozco estas habitaciones.

—Sin embargo.....

—Seguid vuestro camino.

—Que Dios os dé acierto como teneis buena voluntad,—dijo la sirvienta.

Y se alejó.

Olivares entró sin producir el más leve ruido.

Atravesó dos habitaciones, llegó á una puerta, y se detuvo, viendo por la espalda á Felipe, que estaba sentado, apoyando los codos en la mesa y la frente en las manos.

No temía una sorpresa, y además estaba muy absorto, resultando que no se apercibiese de la llegada del doctor.

Con el silencio de una sombra, dió éste algunos pasos más.

Por cima de uno de los hombros del mancebo, pudo el doctor Olivares ver los papeles que sobre la mesa habia, y un momento despues su mirada perspicaz distinguió claramente las letras del manuscrito.

No necesitó leer más que dos ó tres líneas para convencerse de que aquellas eran las copias de que la noche anterior habian hablado el *Rajo* y el padre Ginés.

Se arrugó el entrecejo de Olivares.

Inmóvil como una estatua permanecia Felipe.

Pasaron algunos minutos.

Siempre con el silencio de un fantasma, retrocedió el médico hasta llegar á la habitacion inmediata, y una vez allí, tosió tres ó cuatro veces, y al andar hizo cuanto ruido le fué posible.

Violentamente se estremeció el mancebo, y doblando los papeles, los ocultó debajo de unos libros que sobre la mesa habia.

—Guárdeos Dios, señor Felipe, dijo el doctor.

—¡Ah!.....

—¿No me esperábais?.....

—No.

—A vuestro padre he visto, y aunque me aseguró que ninguna novedad habia, he tenido que venir para obedecer al rey.

—¡Al rey!.....

—Hasta la exageracion llega el interés que se

toma por vuestra salud, y la prueba la teneis en las siguientes palabras que acaba de decirme: «Doctor, un convaleciente necesita no ménos cuidados que un enfermo, y ni un sólo dia dejareis de ver al buen Felipe, pues así quiero pagar, en cuanto puede pagarse, la lealtad del señor Alonso de Cardona.» Y en verdad que esto es muy justo, porque servidores muy leales tiene su majestad; pero más que vuestro padre, eso no. Y tantos años de servicio, y las pruebas por que habrá pasado, pues cuando estuvo en Bruselas, en el foco de la insurreccion, tratando con los principales rebeldes, y que unas veces derramando el oro, y otras con razonamientos tan deslumbradores como falsos.....

—Mi padre,—interrumpió Felipe,—no ha tenido que hacer ningun sacrificio para cumplir sus deberes de vasallo leal.

—¿Y qué sabeis vos?

—De todas maneras,—repuso el mancebo con voz insegura,—cuando no se hace más que cumplir un deber.....

—Pero no todos cumplen los suyos.

Mucho más densa se hizo la palidez del rostro de Felipe al escuchar al doctor.

Ya éste nada tenía que hacer allí, pues habia conseguido cuanto era posible entónces.

Dió nuevo giro á la conversacion, tomó el pulso á Felipe, hizo un gesto de disgusto, y dijo:

—No estais enfermo; pero como tampoco ha desaparecido la causa, temo una recaida.

—Tranquilizaos.

—Os he ofrecido mi ayuda, y no la quereis.

—Es que nada necesito.

—Lástima no sea verdad lo que decís.

—¡Doctor!.....

—No he querido ofenderos: es una observacion y..... Nada más..... Adios, señor Felipe: si alguna vez me necesitais, buscadme.

Y al decir esto, salió el doctor.

—¡Oh!—exclamó el jóven.—Este hombre me hace sufrir tal vez más que el padre Ginés.

Lo dejaremos para ir á la Morería. donde entre tanto tenía lugar un suceso que el astuto Olivares no pudo prever.

## CAPITULO XII.

Cómo el rey trastornó los planes de los unos  
y los otros.

---

El *Royo* se encontraba, lo mismo que la noche anterior, atormentado por sus dolores y viendo que la hinchazon se extendia, hinchazon que le habia puesto en grandísimo cuidado.

Antes de dormir habia reflexionado cuanto él podia reflexionar, y cuando despertó hizo lo mismo.

El resultado no podia ser más que uno, es decir, que al criminal le pareció que lo que más le convenia era entregar los papeles á Olivares, pues éste le prometia no solamente mil ducados, sino tambien la salud y proteccion.

—Anoche debí terminar el negocio,—pensó el *bandido*,—pues así no sería posible el arrepenti-

miento; pero el dia pasará bien pronto, y tengo la esperanza de que el doctor vendrá ántes que el padre Ginés.

No era el doctor quien debia presentarse, pues como el hombre propone y Dios dispone, sucedió una cosa muy distinta, y con gran sorpresa oyó el *Rojo* algunos golpes dados en la puerta de su casa, golpes que se repitieron, porque no respondió inmediatamente.

—¿Quién vá?—preguntó el bandido.

—Abrid,—respondieron.

—Pues no me dá la gana,—replicó con tono de un humor de todos los diablos.

—¡Abrid!—dijeron otra vez, y miétras con fuerza mayor descargaban los golpes.

—¡Vive Dios!..... No parece sino que me tienen en muy poco porque estoy enfermo, y por eso se atreven á tanto; pero yo les probaré que miétras las manos me queden libres, soy el mismo que siempre.

Y se levantó, y como mejor pudo, apoyándose en las paredes y avanzando con lentitud, llegó hasta la puerta, y volvió á preguntar:

—¿Quién és?

—La justicia,—le contestaron.

Lívido se tornó el rostro del bandido.

Frio sudor corrió por su frente.

En un instante habia desaparecido todo su valor.

¡La justicia!

Estas palabras terribles le hicieron temblar.

¿Por qué la justicia pensaba en él cuando estaba tan cerca de ser rico y feliz?

Su desdicha no podía ser mayor.

Hacer resistencia era agravar su situación ya crítica.

Abrió, pues, y se encontró frente no sabemos de cuántos alguaciles, que por miedo ó por costumbre llevaron la diestra á la espada.

Y con los alguaciles habia todo un señor alcalde de casa y córte, es decir, una muy respetabilísima autoridad, severo como la severidad misma, sério, grave, imponente y áun terrible para los que no tenian la conciencia completamente limpia.

El *Rojo* era un criminal de oficio, antiguo en la profesion, segun hemos dicho ya, y sabía representar hábilmente su papel.

Repentinamente cambió la expresion de su semblante.

Tornóse dulce su mirada hosca.

Se inclinó su frente que poco ántes levantaba con fiereza.

—Vuestra señoría me perdonará,—dijo,—pues si no acudí tan pronto como es mi obligacion, culpables son mis picaras piernas, que, como vé vuestra señoría, no me permiten apenas moverme, y como ningun crimen he cometido, creí que los que llamaban eran algunos ociosos que, no teniendo otra cosa que hacer, habíanse propuesto divertirse á mi costa.

—Está bien,—dijo el alcalde,—y puesto que tan

perfecto conocimiento teneis de vuestros deberes, seguidme y callad, pues ganareis mucho si el escándalo se evita.

—¿Y á dónde he de ir?

—A donde yo disponga.

—Pero ¿con qué piernas, señor alcalde?..... Mire vuestra señoría, mire bien.....

—No estudié medicina, sino leyes.

—Muy bien está todo eso.

—Acabad.

—Mi noble señor, no puedo dar un paso.

—¿Donde estábais cuando llamé?

—Allí, en ese aposento.....

—¿Y no habeis venido?

—Claro es que sí.

—¿Y no podeis andar un poco más hasta el otro lado de la calle?

—Tambien.

—¿Y luégo un poquito hasta aquella esquina?

—Señor.....

—Sí podreis, y como todos esos pocos harán el mucho del camino que hemos de recorrer, llegaremos hasta donde hemos de ir, y luégo tendreis tiempo de sobra para descansar.

—Justo me parece que vuestra señoría me manifieste.....

—Basta.

—Es que.....

—¡En nombre del rey!

—¿Por qué se me prende?

—Si ese hombre resiste, atadlo,—dijo el alcalde á los corchetes,—y si habla mucho ponedle una mordaza.

—Estoy enfermo.....

—¿Y qué me importa?

—Me parece una crueldad.....

—¡Silencio!

Y mientras hablaban así, acercáronse muchos vecinos curiosos, que á cierta distancia y con un si es no es de temor, contemplaban la escena.

Los alguáciles invadieron la casa, rodearon al criminal y desnudaron los aceros.

Ya no habia salvacion para el *Rojo*.

La fuga era imposible, y tampoco habia de valerle el fingimiento, la mentira, ni ninguna treta.

Hizo, como suele decirse, de tripas corazon, y de la necesidad virtud, y para que no se le acusase de haber resistido á la autoridad, que en nombre del rey se presentaba, dijo al alcalde:

—Me entrego á vuestra señoría, y conste que lo hago con buena voluntad.

—Así me agrada.

—Permítame vuestra señoría tomar mi capa y mi sombrero, que prometó esforzarme para andar con la posible ligereza.

En compañía de los corchetes entró el *Rojo* en su habitacion, tomó su sombrero y su capa, y volvió á salir.

Entonces de entre la alguacilesca tropa destacóse un vejete consumido y de escasa estatura, de larga y encorvada nariz, sobre la que descansaban unos anteojos, y que en vez de tizona, empuñaba con la diestra una pluma, mientras que en la siniestra mano tenía unos papeles.

Era un escribano, que habia ido para que todo se hiciese con las debidas formalidades.

—No hemos de escribir ahora,—le dijo el juez.

—Pues vuestra señoría dispondrá.

—Sellad la puerta, y despues veremos lo que hay que hacer.

Y cerrada y sellada con todos los requisitos la puerta quedó, y en medio de los corchetes y con gran dificultad andando, alejóse el criminal.

Pocos minutos despues desapareció con la gente de justicia en una revuelta de la calle.

Los vecinos curiosos siguieron contemplando la casa.

Preguntaron algunos por qué llevaban preso al *Rojo*.

—Pues fácil es adivinarlo,—respondió una vieja, que ni cuando dormia estaba callada.

—¿Vos lo sabeis, señora Rita?

—Todo el mundo sabe que nuestro vecino tiene añejas cuentas por ajustar, y como no hay deuda que no se pague, ha llegado el dia, y pronto hemos de verlo bailar en la horca.

Despues de hacer nuevos comentarios, retiráronse los vecinos.

La calle quedó solitaria y silenciosa.

¿Quién había dispuesto que al *Rojo* se le encerrase en un calabozo?

El rey.

¿Y los documentos de que dependía la salvacion de Felipe y de su padre?

Ya no podrian ir á manos del doctor.

### CAPITULO XIII.

---

De cómo se quedaron iguales el doctor  
y el padre Ginés.

---

Llegó la noche.

El doctor quiso adelantarse al padre Gines para evitar que la influencia de éste hiciera vacilar al *Rojo*.

Algo parecido pensaba entre tanto el fraile, pues era cada vez mayor su impaciencia, y determinó salir del monasterio más temprano que de costumbre.

Con los mil ducados iba prevenido el médico, y tambien el religioso llevaba un bolsillo con cantidad no despreciable en monedas de oro, por si se veía en la necesidad de acudir á este último recurso.

Internóse el doctor en las estrechas calles de la Morería, detúvose junto á la puerta de la miserable casa del bandido y dió algunos golpes.

Como era consiguiente, nadie le respondió.

Llamó otra vez.

—¿Dónde se ha metido ese bribon?—murmuró Olivares.—Posible es que se sienta peor, ó que se haya quedado dormido, en cuyo caso me hará esperar, y dará tiempo á que venga el fraile, encontrándome aquí y sucediendo lo que no quiero que suceda.

Golpes muy rícos dió por tercera vez el doctor.

A los pocos momentos oyó que crugía la puerta de la casa de enfrente, y que una voz cascada decía:

—No hay nadie.

Volvióse el doctor, dió algunos pasos, y se encontró frente á una vieja, la misma á quien ya vimos murmurar de su vecino.

—Gracias, buena mujer, por el aviso que acabais de darme.

—Es mi obligacion, y mucho más cuando se trata de un caballero, como supongo que lo es vuestra merced.

—Simple hidalgo.

—Es igual.

—¿Pues cómo ha salido el *Royo*, cuando su enfermedad apenas le permitia moverse?

—¡Ay, señor hidalgo!..... Hemos tenido un dia de trastorno muy grande. Verdad es que lo que ha sucedido no me sorprende, porque mi vecino, segun malas lenguas, puesto que yo nada sé, se habia metido en muchos enredos que no tenian na-

da de santos. Todos los días estábamos esperando á que la justicia se presentase, y esta mañana.....

— ¡La justicia!.....

—Lo ménos diez alguaciles, con unas caras de condenados que no habia más que ver..... Es decir, yo no les miré la cara, y no hago más que repetir lo que otros decian. Con los alguaciles, un señor alcalde y un escribano que parecia una lechuza..... ¡Dios bendito!..... Se armó una tremolina, como vuestra merced puede figurarse, y salieron á relucir las espadas, y gritaban los unos, y corrian los otros y..... En fin, parecia que habia llegado al fin del mundo.

—Es decir, que al *Rojo* se lo han llevado preso.

— ¡Pobrecito!.....

—Y cometió la locura de hacer resistencia á la autoridad.....

—Esó no, pues estuvo manso como un cordero.

—Entónces, ¿por qué sacaron las espadas los corchetes?

—Para que lo hagan así, no es menester mucho, señor hidalgo, pues es gente que le gusta estar prevenida para todo.

—¿Y por qué los demás corrian y gritaban?

—Hay muchos curiosos, y claro es que corrian para llegar á tiempo y enterarse de lo que pasaba, y como no es posible tapar la boca á los murmuradores y maldicientes, hablaban todos á la vez, y era de oír lo que decian, los unos en favor, los

otros en contra del preso. Y no sé para qué nadie se metia en ciertas honduras, pues ya la justicia sabia cumplir su obligacion.

—¿Y no se decia de qué acusaban al *Rojó*?

—¿Y quién habia de atreverse á decirlo?

—Ello es que se lo llevaron.

—Y que no espero verlo sino cuando lo saquen para ajusticiarlo.

—¿Y nada más ha sucedido?

—¿Y le parece poco á vuestra merced?

—No.

—El escribano puso en la puerta un sello.

—Gracias, buena mujer, por las noticias que acabais de darme.

—Y estoy dispuesta á serviros en cuanto sea menester.

Despidióse el médico, y se alejó mientras la vieja cerraba.

Luego retrocedió y dijo:

—De Dios está que furtivamente he de entrar en esta casa.

Y lo mismo que la noche anterior, escaló la tapia, atravesó el corral y se metió por el pasillo, sacando entónces y abriendo la linterna con que iba prevenido.

Registró Olivares las tres únicas habitaciones de que la casa se componia, y como nada de particular encontró, decidió hacer lo mismo con los muebles, que tambien eran muy pocos.

No necesitó violentar ninguna cerradura, pues

no estaba echada la llave, ni en el cajon de la mesa ni en el arca.

—Por aquí deben estar los papeles,—decia el médico.

Y su mirada ansiosa lo examinaba todo con atencion profunda.

Empero ni un solo papel encontró.

Miró en los rincones, debajo del arca y en el interior de los colchones.

¿Era posible que el *Rojo* hubiese depositado en algun amigo aquellos papeles de tanta importancia?

No, porque sobre ser muy desconfiado, no era previsor.

Indudablemente, los papeles estaban en la casa; pero ocultos quizá bajo tierra, y donde era muy difícil dar con ellos.

¿Por qué habian llevado al criminal á la cárcel, precisamente cuando nada malo hacía?

Sobre este punto reflexionó Olivares.

Pocos minutos despues desplegó una sonrisa irónica.

—¡Vive el cielo!—exclamó.—¿Qué clase de papel estoy representando en este asunto? Si al *Rojo* lo han preso, es porque así lo ha mandado el rey, lo cual significa una de dos cosas, ó que no le inspiro completa confianza á su majestad, ó que me pone estorbos para apreciar mejor lo que yo valgo. Verdad es que tambien sin otro fin que el de averiguar la clase de relaciones que el asesino tiene

con el padre Ginés... ¡Oh!..... Esto debe ser, y no otra cosa; pero siempre resulta que el señor Alonso debe considerarse perdido, porque á poco que atormenten al *Rojo* dirá la verdad, y dará á conocer el sitio donde tiene los papeles guardados, y cuando esos documentos se encuentren en poder de Felipe II..... ¡Pobre Cardona!..... ¿Qué recurso me queda?

Sentóse el doctor y empezó á reflexionar.

A los pocos momentos llamaron á la puerta.

—El padre Ginés,—murmuró Olivares.

No se equivocaba.

Tres ó cuatro veces llamó el religioso, y luego se oyó la voz desagradable de la vieja, que volvía á referir lo sucedido.

La noticia de la prision del *Rojo* era para fray Ginés una inmensa desgracia, un golpe terrible.

Por primera vez en su vida se sintió aturdido, y no pudo pronunciar una palabra.

—Otro hidalgo ha venido esta noche,—decía la vieja.

—¡Otro!—murmuró por fin el padre Ginés.

—Se ha ido muy desconsolado.

—¿Lo conoceis?

—En mi vida lo he visto.

—¿Las señas?.....

—No he podido mirarle el rostro aquí en la oscuridad.

—¿Y qué os ha dicho?

—Nada más sino que sentia mucho la desgracia de mi vecino.

—¡Otro!—murmuró el fraile.—¿Sería el señor Alonso ó su hijo?

—Nunca sospeché que el *Rojo* tuviese tantas amistades y con personas de tal calidad. Bien dice el adagio: «Vivir para ver.....»

—¿Y nada más sabeis?—interrumpió el fraile.

—Nada más, y me parece que no es poco.

—Que Dios os bendiga, buena mujer.

El religioso se separó de la vieja, y ésta cerró con la esperanza de que muy pronto se presentase otro hidalgo en busca del bandido.

El fraile se acercó á la puerta de la casa del *Rojo* y la examinó atentamente, encontrando el sello que habia puesto la justicia.

Ya nada tenía que hacer allí.

Su plan se habia trastornado.

¿Por qué habian llevado preso al criminal?

¿Cómo se arreglaría para que fuesen á sus manos los interesantes documentos referentes al señor Alonso?

Estas preguntas y muchas más se hacía el padre Ginés en tanto que lentamente avanzaba hácia la calle de Segovia.

De repente oyó ruido de pasos que trás él sonaban, y como ninguna precaucion estaba de más en aquellos tiempos, detúvose, volvióse y empuñó bien la espada que llevaba desnuda.

Vió que un hombre iba en la misma direccion

que él, aunque más de prisa, y que si llevaba linterna, la habia cerrado y guardado.

A los pocos momentos aquel hombre emparejó con el fraile, y sin detenerse ni bajar el embozo, dijo en voz bastante alta:

—Tranquilizaos, padre Ginés, que soy un hombre honrado.

—¡Ah!—exclamó el fraile sin poder contenerse.

Y dudó si debia correr tras aquel hombre que lo habia conocido, y que podia hacerle mucho mal.

El otro avanzó siempre con bastante rapidez, y desapareció tras una esquina.

—¡Oh!—exclamó el religioso.—Necesito saber quién es ese hombre.... ¿Cómo ha podido conocerme? ¿Será el mismo hidalgo que ántes habia venido en busca del *Rojó*? ¿Será ese miserable á quien llaman el baciller *Lagartija*?.... Jugaré el todo por el todo.

Rara vez se dejaba el padre Ginés arrebatarse por la ira; pero aquella noche, por ser el caso tan extraordinario, no pudo dominarse.

Corrió para dar alcance al desconocido.

Volvió la esquina, dejó atrás la calle, y atrás dos despues, y se encontró en la de Segovia.

No percibió allí ni el ruido más leve.

A nadie vió.

Si el perseguido no habia entrado en ninguna casa, habia corrido mucho, pues de otra manera no se comprendia que tan pronto hubiera desaparecido.

Preciso era resignarse.

—La fortuna me vuelve la espalda,—murmuró el padre Ginés.

Y tomó calle arriba.

A los pocos minutos, y del hueco de una puerta, salió un hombre.

Era el mismo que tanto habia dado que pensar al fraile, es decir, era el doctor, que atravesó la calle y empezó á trepar por los derrumbaderos de los Consejos hácia Santa María.

Pasó una hora.

El mismo embozado se presentó otra vez y volvió á perderse en el laberinto de calles de la Morería.

## CAPITULO XIV.

---

Llegó un nuevo dia.

Felipe despertó: su sueño habia sido agitado y penoso.

No era posible que ocultase lo que sufria, porque lo revelaban la palidez de su rostro, y lo sombrío de su mirada.

Se vistió maquinalmente, salió de su aposento y saludó á su padre y á la buena Maria.

—Sufres mucho,—le dijo el anciano.

—Como ayer.

—Si yo conociese tu secreto, tal vez.....

—No, padre mio.

Suspiró tristemente el señor Alonso.

Tomaron algun alimento de muy mala gana, pues no lo hacian sino con el propósito de animarse mutuamente.

El padre salió, y volviendo el hijo á su aposento, empezó á pasearse.

Su agitacion aumentaba.

La desesperacion y la ira se habian apoderado de su espíritu.

De vez en cuando se escapaban centellas de sus ojos.

Se habia desvanecido su última esperanza, y habia llegado el momento terrible.

Preguntóse si le convenia suplicar al fraile para que le concediese un nuevo plazo; pero despues de reflexionar se convenció de que su situacion seria igualmente horrible, y que más ó ménos tarde tendria que consumir el sacrificio.

Así pasó más de una hora, que no sabemos si al desdichado le pareció breve ó larga.

Empezaba á sentirse aturdido, y se pasó las manos por la frente, como si así pudiera disipar la nube que oscurecia su inteligencia.

La anciana se presentó diciendo:

—Mira, Felipe, lo que han traído.

—¿Y qué es eso?

—Viéndolo estás, un papel. Me lo ha dado un hombre á quien no conozco, diciéndome: «Entregad eso al señor Felipe.»

Tomó este el papel y leyó lo siguiente:

«Esperaré hasta las tres de la tarde.»

Ni una palabra más, ni tampoco firma; pero no era menester.

Livido se tornó el rostro del mancebo.

Sus manos temblaron.

—¡Dios bendito!—exclamó la sirvienta.—¿Qué te pasa?..... ¿Por qué tiembblas?..... Responde, Felipe, hijo mio..... ¡Virgen santa!..... ¡Otra vez enfermo!..... Vén, acuéstate..... Habla..... ¿No me oyes?

Ni una sílaba articuló Felipe.

—Esto es horrible,—decía la anciana.—¿Y qué puedo hacer? Llamaré á su padre y al médico, y..... Sí, sí.

Y haciéndolo como lo decia, corrió y desapareció.

Pocos momentos despues elevó Felipe al cielo una mirada de desesperacion, una mirada impía, y exclamó:

—¡Dios omnipotente!

Su rostro se habia contraido violentamente.

Escapábanse por sus ojos llamaradas del fuego de su ira.

Dió algunos pasos, tomó su capa y su sombrero, y salió.

No era menester más que mirarlo para conocer el estado de su espíritu.

Sentía que su cabeza se abrasaba, y como si una corriente de fuego circulase por sus venas.

Cada vez eran sus ideas más confusas, más profundo su trastorno.

Quiso la pícara casualidad que en una galería encontrase al doctor, que le dijo:

—Señor Felipe, aguardad.

Extremecióse el mancebo, levantó la cabeza, fijó una mirada terrible en Olivares, y replicó:

—Dejadme.

—La ira es mala consejera.

—¡Por Satanás!..... Idos.

—Os buscaba para ofreceros la salvacion.



—¡La salvacion!—murmuró con amargura Felipe.

Y soltó una carcajada irónica, y sin que el doctor pudiera detenerlo, huyó rápidamente, y desapareció por una galería.

—¡Oh!—exclamó Olivares mientras intentaba seguirlo.—Perderá la razon ó morirá..... Mi deber es salvarlo.

Y hubiera conseguido dar alcance al desdichado mancebo; pero la negra fatalidad lo dispuso de otro modo, y el buen doctor fué á su vez detenido por un gentil-hombre que exclamó:

—¡Gracias á Dios que os encuentro!

—Perdonad, pero.....

—El rey os llama.

—Decidle que voy á salvar la vida á un desdichado.....

—No haré tal.

—Es que cada minuto.....

—Su majestad espera, doctor, y bien sabeis que á Felipe II no puede hacérsele esperar.

—Sin embargo.....

—No os dejaré.

—¡Caballero!.....

—¡En nombre del rey!

—¿Os atreveríais á hacer uso de la fuerza?

—A todo me atrevo para cumplir las órdenes de su majestad.

Era forzoso obedecer, aunque muriese Felipe, aunque pereciese el universo.

¿Quién había de tener valor para desobedecer al gran tirano?

—Vamos, pues,—dijo Olivares.

Entre tanto Felipe salió del alcázar.

Su resolución era irrevocable.

Valor le sobraba; pero ¿y las fuerzas?

Como impulsado por un vértigo corrió hacia San Nicolás.

Al verlo, se hubiera creído que iba tras la felicidad suprema.

— ¡Padre mio, padre mio! — exclamó algunas veces con acento desgarrador.

En pocos minutos llegó jadeante á la puerta de la casa el señor de Cifuentes.

Se detuvo.

Su mirada revelaba el extravío.

¿Cómo pondría en práctica su resolución?

Aún no lo sabía.

Quiso entonces meditar y buscar un medio para que el golpe fuese ménos terrible.

¿Cómo había de encontrar lo que no existía?

— ¡Ah! — exclamó de repente. — ¡Idea feliz! —

Cambió la expresión de su rostro.

El fuego de una alegría delirante iluminó sus pupilas.

¿Qué había ideado?

¿Era posible que hubiese encontrado un medio para salvar á su padre sin renunciar al amor de Elvira?

— ¡Bah! — murmuró mientras desplegaba una son-

risa que hubiera podido calificarse de espantosa. — Esto es muy sencillo: me quitaré la vida, y resultará que Elvirá no será mi esposa, que yo no sufriré, y que se salvará mi padre.

Y como si todo esto no fuese la mayor de las locuras, sacó la daga y miró á su alrededor.

—Ahora,—dijo,—nadie me pondrá estorbos, y.... Siento morir sin verla otra vez, sin despedirme de ella, sin decirle que será su nombre la última palabra que pronuncien mis lábios..... No puede ser; quizás me faltaria el valor que en estos momentos me sobra, y cuando me viniese á las mientes la idea de mi propia cobardía..... ¡Oh!..... Entónces me mataria, para que á mí mismo no me quedase duda de mi valor y.....

Se interrumpió el desdichado mancebo.

Otra vez su semblante cambió de expresion.

—¡Que el infierno me trague!—gritó fuera de sí.—El suicidio no puede significar más que la cobardía ó la locura, y como no estoy loco..... ¡soy cobarde!..... Para no sufrir quiero quitarme la vida, porque para sufrir me falta el valor; y, egoista además de cobarde, quiero destrozár el alma de mi padre, dejarlo solo en el mundo, amargar, envenenar los últimos años de su vida..... Debo estrar loco; por lo ménos soy débil, más débil que una mujer, más insensato que un niño.

No habia perdido la razon el desgraciado Felipe; pero su trastorno era tan profundo que á la locura se acercaba.

Tantas conmociones rudas, excitaciones tan violentas, empezaron á menguar sus fuerzas físicas y se sintió languidecer.

Esta reaccion era indudablemente un beneficio.

Envainó la daga.

Comprendió al fin que cuanto más tiempo vacilase, cuanto más prolongase aquella lucha, mayor sería el sufrimiento.

Puesto que su última esperanza se habia desvanecido, ¿qué aguardaba?

—Acabemos,—dijo.

Y entró en la casa.

Sus pasos eran vacilantes.

## CAPITULO XV.

### Una escena triste.

Don Pedro y su hija acababan de almorzar, y se encontraban en compañía de la dueña que, lo mismo que siempre, pasaba las cuentas de su rosario, fingiendo rezar, mientras el sueño medio cerraba sus ojos, como á su señor le sucedía.

Los tres miraron á Felipe, que dijo al entrar:

—Dios os guarde.

—Bien venido,—respondió el señor de Cifuentes, mientras se restregaba los ojos.

Iba tambien á contestar Elvira; pero exhaló un grito ahogado, y quedó inmóvil como una estatua y con la mirada fija y afanosa en su amante.

No era posible mirar con tranquilidad al mancebo. Su rostro estaba lívido y desfigurado; su mirada, tan vaga como sombría, tenía algo de terrible, de aterradora.

Indudablemente, el caos estaba en aquel cerebro, y una borrasca espantosa en el espíritu. Esto no podia ocultarse más que á la mirada estúpida de don Pedro de Cifuentes, pero no á la de su hija.

Siguieron contemplándose los dos infelices amantes.

Lo que sentian no tiene explicacion.

Lo que se decian con los ojos no hubieran podido espresarlo con palabras.

En el semblante de Felipe se revelaba algo parecido á la agonía.

Mortal angustia expresaba el rostro pálido de la jóven.

De nada de esto se apercibió el señor de Cifuentes, que dijo con perfecta calma:

—Sentaos, señor Felipe, y decidnos qué novedades hay en la villa, pues yo á ningun amigo he encontrado cuando fui á San Nicolás, y por consiguiente, nada he podido saber. ¿A nadie han robado la pasada noche? ¿No hemos tenido funcion de cuchilladas?..... Mal está el mundo, y bien dice mi confesor, que hemos alcanzado una época de impiedad que apenas se concibe. ¡Oh!..... Si oyé-  
seis al padre Ginés..... ¿Nunca le habeis visto aquí?

Violentemente se estremeció Felipe al oir nombrar al fraile.

Don Pedro cambió de postura.

Sus ojos se cerraron.

—Tengo la cabeza pesada,—murmuró con voz

soñolienta:—no lo extraño, porque las cavilaciones..... Con que deciais que la noche pasada..... Por supuesto, la tranquilidad..... Como dice..... el padre Ginés..... que..... es un santo.....

Ni una palabra más pronunció el señor de Cifuentes, porque se quedó dormido.

A los pocos momentos empezó à roncar.

Tambien la dueña se entregó al más dulce sueño.

—¡Felipe!—exclamó al fin Elvira con tono de mortal angustia.

El mancebo desplegó una sonrisa desgarradoramente amarga.

—¡Dios mio!—dijo la jóven.—¿Qué sucede?.... Estás enfermo?

—No.

—Acércate..... Tu semblante, tu mirada.....

—Debo estar pálido..... No he dormido.

—Pero, ¿por qué no te acercas?

—¿Por qué?—replicó Felipe, cuyas pupilas relampaguearon.—¿Quieres saberlo?..... ¡Oh! No debo decírtelo..... Sí, lo sabrás; pero ántes.....

—¡Ah!..... No sé por qué me infundes miedo.... Ven, Felipe; siéntate à mi lado, mírame como siempre, con ternura.....

—¿Me amas mucho?—interrumpió el mancebo, que se esforzaba en vano para dominar los arrebatos de su desesperacion.

—¡Qué si te amo!..... ¿Lo dudas?

—No.

—Entónces.....

—¿Qué sucedería si yo te abandonase, si te olvidase?.....

—¡Por Dios bendito! no hagas tan horribles suposiciones.

—Quiero saberlo, Elvira, quiero saberlo.

—Si me olvidases por otra,—respondió la jóven, con voz oscurecida;—si alguna mujer.....

—¡Amar á otra!..... ¡Jamás!

—Me devuelves la vida, Felipe mio: no sabes cuánto bien me hacen tus palabras.

—Pero si entre nuestros corazones se levantase un obstáculo insuperable, si nos separase lo imposible.....

—No hay nada imposible para el verdadero amor.

—¿Y la muerte?

—Calla.....

—Responde: quiero saber lo que sería de tí sin mi amor,—repuso Felipe con exaltacion febril;—quiero saberlo, y tú me lo dirás sin exageracion, sin ocultarme nada, como si hablastes al confesor, como si te encontrases en presencia del Omnipotente.

Elvira tembló, fijó una mirada profunda en su amante, y luego dijo con forzada calma:

—Sin tu amor, mi única esperanza risueña será la muerte.

Con estas pocas y sencillas palabras, expresó la jóven cuanto era posible decir.

Esperaba Felipe una pintura de los dolores más vivos, del sufrimiento más espantoso; pero se equi-

vocó. Tal vez no conocia bastante bien á la mujer á quien amaba.

Imposible era continuar aquella conversacion tal como habia principiado.

Felipe se sintió más aturdido que nunca, y por decir algo, replicó:

—Eres jóven, bella, rica, y.....

—No se me oculta que hay hombres que me amarían.

—Y tú, bien por inclinacion ó por despecho.....

—Basta,—interrumpió severamente Elvira.

Y fijó en su amante una mirada de profundo desden.

Volvieron á quedar silenciosos.

Cada momento sufrían más.

En vano se esforzaba Elvira para adivinar lo que se proponia el mancebo, y todo lo esperaba ménos lo que debia suceder.

Otra vez pensó el desdichado en el suicidio; pero desechó semejante idea al pensar en su padre.

Por fin la jóven rompió el silencio, y dijo:

—Felipe, ¿para qué has venido?

—No lo sé.

—¿Sufres?.....

—Tengo el alma destrozada, estoy loco.....

—¿Y por qué no me confias el secreto de tus pesares? ¿No quieres mis consuelos? ¿No es mi ternura bastante para mitigar tus penas?

—¡Tu ternura!..... Voy á perderla.....

—¿Qué dices?

—¡Oh!—exclamó Felipe con voz ronca, y dejándose llevar otra vez de su arrebató.—Te amo más que nunca, y no puedo amarte; más que nunca anhelo tu amor, y á tu amor tengo que renunciar; sin tí no deseo más que la muerte, y tengo que vivir; para mi alma busco paz, y yo mismo me destrozo el alma.....

—¡Dios misericordioso!—exclamó Elvira con desgarrador acento.—¡Ha perdido la razón!.....

—Sí, loco estoy; pero es la locura del dolor, el vértigo de la ira, el trastorno de la desesperación.....

—¡Felipe, Felipe!—repuso la jóven, poniéndose en pié y acercándose á su amante.

—Aparta..... Me pierdes, y te perderás..... No puedo amarte, Elvira, no puedo amarte..... Olvídame, guarda para otro tu ternura, ó muere si faltan las fuerzas para soportar el dolor..... ¡Oh!..... Escúchame, que no estoy loco..... Te hablaré con calma, te diré cuanto puedo decirte.....

—Sí, sí.

—La negra fatalidad lo quiere,—dijo Felipe con voz opaca, y en tanto que entre las suyas convulsas y abrasadoras, oprimia las delicadas manos de Elvira.....—Es preciso inclinar la frente y morir sin exhalar una queja..... Nos vemos por última vez, y no espero que el tiempo cambie nuestra horrible situación..... Pero no me acuses, Elvira mia; no me llames perjuro, porque no lo soy, no pongas en duda mi amor, y, sobre todo, aborreceme, pero no

me mires con desden..... ¿Quiéres hacerme feliz?... Toma esta daga, no tiembles, y clavámela en el corazon..... No me falta el valor para quitarme la vida; pero yo no quiero ser el responsable de mi muerte.....

Tuvo el desdichado mancebo que interrumpirse por algunos instantes, porque apenas podia respirar.

La jóven dejaba correr el llanto sin atreverse á pronunciar una palabra.

Y entre tanto, don Pedro de Cifuentes continuaba durmiendo y roncando, lo mismo que la dueña.

—¡Oh!—prosiguió Felipe.—Yo tambien quisiera llorar, y no puedo..... ¡Qué felices son los que lloran!..... Dios se apiadará de mí, y pondrá término á mi vida, y para tí será mi último suspiro, para tí mi último pensamiento, te lo juro..... Adios, Elvira..... Olvídame, porque así conseguirás ser dichosa, y yo sufriré ménos al ver que tú no sufres..... Adios, no abrigues esperanza, que la fatalidad lo quiere así; no te entregues á ilusiones, porque se desvanecerian muy pronto, y el desengaño es horrible..... Acepta la desgracia como yo la acepto; ten valor, que á mí me sobra, ya lo ves..... No me pidas explicaciones, porque me mortificarías.... No he perdido la razon, y, si dudas, el tiempo te dirá la verdad..... ¡Oh!..... ¡Adios, Elvira, adios!.....

—¡No, no!—gritó la jóven desesperadamente.—No te irás.....

—¿Intentas luchar con el destino?

—Dices que me {amas.....

- ¡Oh..... No lo sé.... Déjame.....  
—¡Felipe!.....  
—¡Fuerzas, Dios mio!.....  
—Te llevas mi alma.....  
—¿No se queda aquí la mia?  
—Creeré que me has engañado, que te has complacido en destrozarme el corazón.....  
—Si pudieras ver el mio.....  
—¿No me consideras digna de guardar un secreto?  
—Sí.  
—Pues entonces.....  
—Nos separa un abismo.  
—Mi amor lo salvará.....  
—Yo no quiero.  
—¡Ah!.....  
—¡Adios!—gritó Felipe.

Y con las pupilas flameantes y lívido el rostro, huyó impulsado por la fuerza de su desesperación.

Un grito destemplado exhaló Elvira.

Quiso correr tras de su amante; pero le faltaron las fuerzas: detúvose, vaciló, se oprimió el pecho y cayó pesadamente.

Con el ruido que produjo su cuerpo al caer, armonizaron los ronquidos del señor de Cifuentes.

El sacrificio estaba consumado, y el padre Ginés debía quedar satisfecho de su obra.

Ya no había salvación posible para aquellas dos criaturas desdichadas.

Dejemos á Felipe, porque aún no podemos salir de la vivienda de don Pedro.

## CAPITULO XVI.

---

De cómo Elvira acabó de complacer al fraile.

---

Un cuarto de hora pasó.

Elvira continuaba sin sentido, y Dios sabe cuánto tiempo hubiera permanecido así, á no querer la casualidad que la dueña se despertase porque se lastimaba la cabeza con uno de los palos de la silla.

—Padre nuestro, que estás en los cielos,—murmuró mientras se restregaba los ojos.

Y volviendo la cabeza, vió á su desgraciada señora en el suelo, inmóvil, y con el rostro cadavéricamente pálido.

Creyó la dueña que sin vida estaba la infeliz joven, y sin cuidarse de averiguar lo cierto, empezó á gritar y corrió despavorida de un lado para otro.

Despertó sobresaltado el señor de Cifuentes, y

antes de ver á su hija y poniéndose en pié, preguntó:

—¿Qué sucede?

—¡Muerta!..... Miradla..... ¡Dios misericordioso!.....

—¿Quién?

—¡Jesús bendito!.....

—Pero..... ¡Ah!—exclama don Pedro al ver á Elvira.

—Y el hidalgo se ha ido.....

—¡Socorro!.....

—¡Asesinos!.....

Y acabaron por meterse en un rincon, mirando con terror profundo á la desdichada que no daba señales de vida.

Acudieron el criado y la cocinera, y el primero, con más valor y sabiendo cumplir su deber, acercóse á Elvira, se arrodilló, se inclinó, y poniéndole sobre el pecho una mano y observándola, convencióse bien pronto de que no estaba muerta.

—¡Vive!—dijo.

—¡Ah!—exclamó don Pedro.

—¡Bendito sea Dios!—murmuró la dueña.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—No lo sé.

—Yo me quedé dormido, porque confiaba en que vos vigilaríais; pero si os habeis dormido también.....

—No, no.

—Aquí estaba el señor Felipe.

—Se fué.

—¿Cuándo?

—Señor, me pareció bien cerrar los ojos para que no creyesen que yo espiaba, y embebida en el rezo, no me apercibí.....

—Perdonad,—interrumpió el criado;—pero me parece que ante todo debemos llevar á su lecho á á nuestra señora.

—Si, llevadla.

—Y avisar al médico.....

—Eso es, que venga inmediatamente el doctor Olivares..... ¡Dios mio!..... ¿Cuándo podré vivir tranquilo?—decía don Pedro mientras los sirvientes levantaban y se llevaban á la jóven.—Ya tenemos la del otro dia, y esto es insoportable. ¿Qué significa tanto desmayo? ¿Y por qué ha sucedido esto, cuando aquí se encontraba el hidalgo? ¿Y por qué se ha ido sin despedirse de mí, segun manda la buena educacion? ¿Y en qué consiste?... ¡Ah!..... Estoy aturdido, sofocado, trastornado, y milagro patente será que tanto disgusto no me cueste la vida.

Don Pedro empezó á pasearse con cuanta ligereza le permitia su obesidad, y sacó el pañuelo, agitándolo á guisa de abanico, y limpiándose el copioso sudor que por su frente corria.

—¡Y dicen que soy feliz..... Si los que tal creen penetrasen en esta casa, si presenciasen estos horribles sucesos, si viesen que aquí no se disfruta un momento de tranquilidad, no envidiarían mi suerte. Y como sufro y callo, y como por todos me sa-

crífico, abusan de mi bondad..... ¡Oh..... Pero todo tiene límites, y también mi paciencia, y desde hoy cambiaré de vida. ¿Por qué sucede todo esto? Desde que mi hija se enamoró, está desconocida. Antes gozaba de completa salud y estaba alegre á todas horas, siempre riendo y cantando, y ahora siempre triste, y lo que es peor, cada dos por tres se desmaya, y pierde el color, y está pensativa, y apenas come..... Todo esto prueba que el amor no le hace provecho, y prueba también que el padre Ginés anduvo muy acertado cuando me dijo que yo habia cometido una ligereza al consentir tan de repente que ese hidalguillo galantease á mi hija. ¿Por qué semejante cosa hice sin consultar al padre Ginés? ¿Acaso la experiencia no me tiene demostrado que ese santo varon nunca se equivoca?..... Bien merecido tengo lo que sufro, porque es castigo por mis ligerezas y debilidades; pero afortunadamente pondré coto á tanto desman, y prévio consejo de mi sábio confesor, prohibiré al hidalgo venir á mi casa, y á Elvira le prohibiré pensar en el hidalgo. Así tendré sosiego, así viviré, porque esto no es vivir.

Ni siquiera pensó el señor de Cifuentes en entrar en el dormitorio de su hija, y si ésta recobró el conocimiento, fué debido al socorro de los criados.

Volvió el que habia ido en busca de Olivares, y dijo á su señor:

—Al médico no se le encuentra, y lo único que he podido averiguar, es que estuvo en la cámara.

del rey, sin que nadie sepa á dónde fué despues.

—Todo se conjura contra mí.

—Avisaremos á otro.

—Sí; pero ántes pregunta si ha recobrado el conocimiento mi hija, porque á mí me falta el valor para verla, y temo que tambien se altere mi salud con tanto sufrimiento.

Salió el criado, volviendo á los pocos minutos para decir:

—Mi noble señora se encuentra mejor, ó así lo parece: ha recobrado el sentido, está llorando, y ruega que la dejen sola hasta que recobre la calma.

—Sin embargo, que venga un médico, porque no quiero responsabilidades.

—Dice mi señora que no permitirá que la vea ningun médico, como no sea el doctor Olivares.

—¡Otro capricho!..... Y será preciso complacerla, porque si sufre alguna contrariedad y se pone peor, dirán que yo he tenido la culpa.

—¿No mandais más?

—Sí, quiero que inmediatamente vayas á San Martín, y le digas al padre Ginés que me encuentro en un gran apuro y necesito verlo, y que si me hace una visita, se lo agradeceré mucho.

Volvió á salir el criado.

Poco despues se presentó la dueña, diciendo que Elvira habia mandado terminantemente que la dejasen sola.

—Pero ¿entendeis vos esto? — le preguntó el señor de Cifuentes.

—Perdonad, señor, si os digo claramente que la culpa es vuestra.

—Soy demasiado bueno, ya lo sé.

—Desde que el señor Felipe puso los piés en esta casa....

—No os equivocais.

—Y si hemos de continuar así.....

—No, y mil veces no.

—En mi presencia ha tenido ese hidalgo hambriento la audacia de hacer llorar á mi noble señora.

—Pues desde hoy haré uso de mi autoridad, y si mi hija no quiere casarse con un hombre digno de ella, se quedará sin marido.

—Cuando se convenza de que no habeis de ablandaros, cederá. No conoceis á las mujeres, mi noble señor: todas somos lo mismo: encontramos blandura, y abusamos; pero si se nos resiste con teson, somos mansas ovejas. Para hacer nuestro gusto acudimos á todos los medios, nos enfadamos unas veces, lloramos otras, aparentamos tristeza, nos negamos á comer, y hasta fingimos que nuestra salud se quebranta gravemente. En cuanto á desmayos y convulsiones, no hay que hablar: la mitad son mentira, y los demás dudosos, y á tal punto de perfeccion llevamos nuestras farsas, que algunas veces bebemos vinagre para tener el rostro pálido, y para estar ojerosas nos quitamos el sueño, echándonos en la cara agua fria y haciendo otras mil diabluras. Mujer soy; pero digo la verdad.

—Todo eso es horrible.

—Y gran pecado.

—De manera que vos.....

—En mi juventud fui tambien caprichosa y amiga de dominar, y más de un disgusto dí á mis padres; y como erán muchos los hombres que me galanteaban..... ¡Dios me perdone!..... Estoy arrepentida y lloro mis pecados.

—¿Con que todo es fingimiento, todo mentira?

—Ni más ni ménos.

—Me tranquilizais.

Así continuaron hablando hasta que volvió el sirviente.

—¿Has visto al padre Ginés?—le preguntó don Pedro.

—Habia salido, para ir á palacio en cumplimiento de una órden de su majestad, y no ha vuelto.

—Hoy todo el mundo va á ver al rey.

—¿Nada más, señor?

—Nada más quiero que tranquilidad, y tú no puedes dármela.

Dos horas pasaron.

—¿Qué hora es?—preguntó don Pedro.

Las campanas de las iglesias le contestaron con el toque del *Ave-Maria*.

Rezó muy devotamente el caballero, y en seguida, por aquello de que el estómago nada tiene que ver con el corazon, mandó que preparasen la comida.

Escrito estaba que aquel dia no tuviese un ins-

tante de tranquilidad, pues apenas dió la orden presentósele Elvira, diciéndole:

—Padre mio, escuchadme.

—Me hablarás mientras comemos,—respondió el señor de Cifuentes,—y así repondrás las fuerzas que debes haber perdido.

—Lo que tenemos que hablar es más interesante que la comida.

—¡Más interesante!....

—Sí, y os ruego.....

—Despues, hija mia.

—Os lo suplico y..... ¡no os molestaré más!

—Si has de ser breve.....

—Tranquilizaos,—dijo la jóven con ligera ironía.

—Escucharé.

Densamente pálido estaba el rostro de Elvira.

No era menester más que mirarla para comprender que sufría horribilmente; pero estaba dotada de un espíritu privilegiado, y su tranquilidad aparente era perfecta.

¡Infeliz criatura!

No hay dolor más intenso, más desgarrador que el que se concentra, se guarda, se oculta tan cuidadosamente como el avaro su tesoro.

En su situacion bien triste, verdaderamente horrible, habia para la jóven una cuestion de dignidad, y ántes consentiria morir que exhalar una queja, ni siquiera dar cierta clase de explicaciones sobre su estado moral.

¿Quién podia comprenderla?

Nadie, y el dolor que no ha de ser comprendido, que no puede ser apreciado, debe ocultarse para evitar que se profane con la indiferencia.

¿Qué le importa al mundo lo que no comprende?

¿Qué adelanta el que sufre con exhalar quejas que á nadie conmueven?

Dejar que una mirada indiferente lea en las páginas misteriosas del libro de nuestro corazón, es lo mismo que permitir que en el santuario de nuestra fé ponga su planta el impío para mofarse de nuestras creencias.

Elvira no era una mujer vulgar, y por consiguiente no habia de hacer lo que en su situacion hubiesen hecho otras.

Habia prometido ser breve, y debia cumplir su palabra.

—Padre mio—dijo,—el señor Felipe de Cardona no será mi esposo.

Don Pedro de Cifuentes se sintió más aturdido que nunca, porque todo lo esperaba ménos aquella declaracion tan terminante y repentina. Abrió los ojos cuanto pudo, fijó en su hija una mirada de estupor, y exclamó luego:

—¡Elvira!

—Tampoco seré esposa de otro, y.....

—¿Te has vuelto loca?

—Como en el mundo no me espera más que la soledad, el desamparo; como mi orfandad, sobre ser muy triste, me presentaria muchos peligros.....

—Más despacio, Elvira,—interrumpió el caba-

llero,—más despacio..... Dices tantas cosas á la vez, y tan graves, y..... En fin, no entiendo.

—Me habíais recomendado la brevedad

—Creí..... No lo sé..... ¿Con que decias primeramente que no has de casarte con el señor Felipe de Cardona?.... ¿Y por qué? Soy tu padre, y tengo derecho á pedirte explicaciones. ¿En qué te ha ofendido el hidalgo? ¿No asegurabas que su pobreza estaba compensada muy sobradamente con la nobleza de su alma?

—Sí.

—Y ahora te has convencido.....

—De que no me equivoqué.

—Entónces ¿por qué no quieres ser su esposa?

—Perdonad.

—Quiero saberlo.

—No lo diré.

—¡Te rebelas!.....

—Padre y señor.....

—Lo mando.

—Otra vez os pido perdon..... ¡Ah!..... ¿Por qué no me concedéis esta gracia cuando os voy á dejar para siempre tranquilo?

—Falta me hace la tranquilidad.

—La tendreis completa, porque hoy mismo, si vuestra licencia me dais, me encerraré en un convento.

—¡Monja tú!—exclamó don Pedro con asombro.

—Sí, padre mio,—respondió la jóven con una calma que hubiese infundido miedo á cualquiera que no fuese el estúpido padre.

—¡Oh!..... Te has propuesto aturdirme y lo conseguirás. ¡Monja la que juraba que no podía vivir sin un amor mundano!..... Elvira, tu juicio no está cabal..... ¿Por qué tan repentinamente decides pasar la vida en una celda? Tú has recibido algun desengaño, tú debes haber sufrido mucho, y ese hidalguillo miserable tiene la culpa de todo. Quiero explicaciones, las quiero, ahora mismo, ¿lo entiendes? explicaciones claras.

—¿Y me prometéis llevarme hoy mismo al convento de Santo Domingo el Real? Allí está mi prima, la que fué en mi niñez mi amiga única, verdadera, íntima, la que puede consolarme, porque es quizás la única criatura que puede comprenderme.

—Por mi parte declaro que no entiendo lo que pasa, aunque estoy viéndolo, y en cuanto á tu extraña determinacion, si es que te empeñas, si crees que así has de ser dichosa.....

—Lo creo.

—¿Cómo he de ponerte estorbos para que realices un deseo tan santo? Por supuesto, si el padre Ginés aprueba.....

—Aprobará.

—Dices que hoy mismo.....

—Y os lo agradeceré como el mayor de los beneficios. No he de pedir os otra gracia, mi amado padre, porque no solamente de vos, sino del mundo voy á separarme para siempre.

—Calla, que me haces sufrir..... ¡Oh!..... Estoy

sofocado..... Pero la explicacion, porque la has prometido.

—El señor Felipe de Cardona no puede ser mi esposo, y claro es que no pudiendo casarse conmigo.....

—Tú no puedes casarte con él, pero ¿por qué no puedes?

—El motivo es un secreto.

—Soy tu padre y....

—El secreto no me pertenece.

—Y si tales motivos habia, ¿por qué el tal hidalgo ha fomentado tu amor?..... ¡Vive el cielo!..... Serás monja, porque te empeñas; pero ese miserable pagará el abuso que ha cometido. Acudiré al rey, le contaré lo que ha pasado, y le pediré castigo para el que ha sido causa de que me quede sin hija.

—Ya que es preciso, lo sabreis todo. La culpable soy yo: mis sentimientos han cambiado, y el noble Felipe es digno de lástima.

—¡Oh!

—Mudanzas propias de las mujeres.....

—Bien dice tu dueña.

—Felipe es la más desgraciada de las criaturas.

Don Pedro inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

No sabia que responder.

—¡Dios bendito!—murmuró despues de algunos minutos.

La conversacion habia terminado, porque la desdichada Elvira no queria prolongarla.

Su padre la miró, pareciéndole que estaba muy tranquila, muy serena, y dijo:

—Bien pensado, esto no es una desgracia. Si tú no sufres, ¿por qué he de sufrir? Lástima me da ese pobre mancebo; pero ya cuidará de consolarse con otra, y habrá ganado mucho sabiendo que en la mujer no debe fiarse. Lo protegeré en cuanto me sea posible..... ¡Ah!..... Una cosa no entiendo: ¿por qué te has desmayado? Si el pobre hidalgo era la víctima ....

—Sufria mucho, estaba desesperado, y no pude mirar con indiferencia su dolor. Además, mi conciencia.....

—Eso es parecido á que el verdugo se pusiese á llorar despues de cortar la cabeza al reo. ¡Cosas bien extrañas tienen las mujeres!..... Bien dicen, que sois pura falsedad, mentira y..... la perdicion de los hombres.

La escena fué interrumpida por el criado, que se presentó para decir que la comida esperaba.

—¡A la mesa!—exclamó don Pedro

Su hija lo siguió con movimientos automáticos.

## CAPITULO XVII.

### De mal en peor.

---

Tenemos que retroceder al momento en que el desdichado Felipe dejaba el lecho y pensaba en que habia llegado el dia terrible.

A la misma hora el severo alcalde de Casa y Corte entraba en el calabozo donde se encontraba el criminal, tras el juez el escribano y luégo el verdugo con su ayudante, que llevaba una escalera, las cuñas, el martillo, las cuerdas y demás necesario para hacer cantar, como ellos decian, al que se empeñaba en cerrar la boca.

El *Rojo* tenia el valor de todos los criminales de su especie, valor que consiste en descargar friamente el golpe cuando están seguros del éxito y de la impunidad; pero cuando no sucede así, son cobardes hasta el último grado de la cobardía.

Muy firmes parecian los propósitos de resisten-

cia del asesino; pero cuando se vió en un calabozo, su firmeza empezó á debilitarse.

Los dolores propios de su enfermedad seguian atormentándolo, y por consiguiente le infundian doble pavor aquellos preparativos.

Siempre buscamos razones para justificar nuestras debilidades, y el *Rojo* discurrió de la siguiente manera.

—Supongo que aquí me han traído por el maldito negocio de los papeles, y siendo así no debo ocultar la verdad, puesto que lo que yo deseaba era entregar los papeles al rey para que me recompensase, y si ahora lo hago de buena voluntad, alcanzaré por lo ménos mi perdon, que no es poco para quien tiene tantos pecados.

Con estas razones se quedó muy convencido de que no cedia ante el imponente aparato del tormento.

—Escuchadme con toda vuestra atencion,—le dijo el alcalde,—porque ahora hemos de quedar dentro ó fuera, y si pensais mentir y teneis valor para resistir el tormento, no vacileis y dejad que os destrocen los piés con las cuñas y que luégo os descoynten en el potro; pero si al fin habeis de decir la verdad, no me hagais perder el tiempo ni me obligueis á trataros con crueldad.

—A decir la verdad estoy resuelto,—respondió el *Rojo*,—y me parece que vuestra señoría puede disponer que esta gente se retire, pues siempre será tiempo para hacerles entrar.

—Salid y esperad mis órdenes,—dijo el juez.  
Obedecieron el verdugo y su ayudante.

—Ahora pregunte vuestra señoría, que le contestaré muy pronto y con mucha claridad.

—Lo veremos.

—Será la primera vez que he dicho verdad en mi vida, pero así lo haré.

—¿Conoceis á alguno de los frailes de San Martín?

—Ya pareció aquello,—dijo el *Rojó*.—Sí, conozco á uno, al padre Ginés.

—¿Y con qué motivo lo conocísteis?

—Me sucedió una vez que me metí en cierto lance y me agujerearon el pellejo de tal manera que debí perder la vida; pero no estaba de Dios que sucediese así, y la casualidad me deparó un médico, el cual, viendo el asunto malparado, y para tranquilizar su conciencia, se fué á la calle y volvió con el primer religioso á quien encontró también por casualidad.

—¿Era el padre Ginés?

—Sí.

—Continuad.

—Confesé como buen cristiano, porque lo soy á Dios gracias, y le hablé de unos papeles que se me habian venido á las manos y que comprometian seriamente á cierta persona que está al servicio de su majestad.

—¿Quién es?

—El señor Alonso de Cardona.

—Apuntad ese nombre, — dijo el juez al escribano.

Y luégo añadió, dirigiéndose al preso:

—¿Qué hizo el fraile?

—No se olvidó de los papeles, y al fin consiguió verlos y que yo le diese unas copias que hizo el bachiller *Lagartija*.

—El bachiller *Lagartija*... Apuntad ese nombre tambien.

—El padre Ginés me dió algun dinero y la benediction; pero algun tiempo despues volvió á exigirme la entrega de los papeles, amenazándome con el santo Oficio.

—¿Y por qué no se los disteis?

—Porque despues de reflexionar muy despacio y de consultar con mi amigo *Lagartija*, me convencí de que mi deber era entregar los papeles al rey.

—Muy bien.

—Pero enfermé, quedando sin poder apenas moverme y segun vuestra señoría está viendo, y esperaba á sentirme algo mejor para cumplir mis propósitos.

—¿Y si entre tanto os robaban esos papeles?

—En todo pensé, y para evitar semejante desgracia los oculté donde fuese imposible que los descubriese nadie.

—Proseguid.

—Anteanoche fué á verme el padre Ginés, y me dió veinte y cuatro horas para decidirme.

—¿Y se os presentó con sus hábitos de fraile?

—No, señor, sino vestido como un hidalgo, y con espada y daga, armas que maneja muy bien, según entiendo.

—¿Qué más?

—Aquí me ha traído vuestra señoría, y por consiguiente, no he podido ver al fraile otra vez.

—¿Dónde guardais los papeles?

—En el corral de mi casa, saliendo del pasillo, dando dos pasos á la derecha y junto á la pared, donde con la punta del puñal hice una cruz.

—Si mentís.....

—Podeis convenceros fácilmente.

—¿Sabeis para qué queria el padre Ginés esos papeles?

—Lo ignoro.

—¿Nada habeis olvidado?

—Nada.

—Está bien,—dijo el alcalde, dando un paso hacia la puerta.

—Señor, tenga en cuenta vuestra señoría que en todo he dicho la verdad, y que merezco clemencia.

—Proveeremos en justicia.

Así terminó el interrogatorio.

Salieron el escribano y el juez.

—¿Hay que extender una declaración?—preguntó el primero.

—Todavía no,—respondió al segundo.

Y sin perder un instante se encaminó al alcázar

real, siendo inmediatamente recibido por Felipe II.

Hé ahí cómo ningún resultado podían dar las intrigas de cortesanos y palaciegos, pues en aquella ocasión, el monarca fué el más astuto de los intrigantes.

¡Pobre Felipe!

Su padre estaba ya perdido.

No hay que abrigar la esperanza de que lo perdonase el gran tirano.

Con la más escrupulosa exactitud dió el alcalde cuenta de cuanto había sucedido desde la noche anterior.

Escuchó el monarca muy atentamente y desplegó una sonrisa.

Reflexionó, y luego dijo:

—Esperad.

El buen alcalde quedó inmóvil como una estatua.

Llamó el rey y mandó que fuesen á buscar inmediatamente al doctor Olivares.

No habían trascurrido diez minutos, cuando el médico se presentó.

—Ya podeis descansar,—le dijo Felipe II.

—El descanso me aburre, señor,—respondió Olivares sencillamente.

—Sabemos cuanto necesitamos para hacer justicia.

—Supongo que se trata ....

—Del asunto referente al hijo de Cardona.

- ¡Ah!.....
- Dispuse que prendiesen á ese criminal llamado el *Rojo*.
- Lo sé.
- ¿Y cómo lo sabíais?
- Porque esta mañana fui á buscarlo.
- El misterio está en claro ya: se trata de unos documentos que comprometen al señor Alonso de Cardona.
- Ahora comprendo.....
- Y el padre Ginés fué anteanoche á ver al criminal.
- Señor, no necesito más explicaciones.
- Y esos papeles los guarda el llamado *Rojo*, que ha declarado con toda verdad.
- Es decir, que al lado de vuestra majestad hay un traidor.....
- Así parece.
- No lo creo.
- ¿Y por qué lo dudais?
- El señor Alonso de Cardona ha sido siempre honrado.
- El castigo será mayor, cuanto mayor haya sido su habilidad para engañarme.
- Señor, necesito ver para creer.
- Pues vereis, porque de cuanto se haga, habeis de ser testigo.
- Espero las órdenes de vuestra majestad.
- Decid que vayan inmediatamente á buscar al padre Ginés, y aguardad en la antecámara.

Obedecieron Olivares y el juez.

Aún no había pasado media hora cuando llegó el fraile.

La orden que acababa de recibir no le sorprendió despues de la prision del *Rojo*, pues era de presumir que éste declarase la verdad.

Anunciado fué el reverendo, y en seguida entró en la cámara real.

## CAPITULO XVIII.

---

Cómo se preparó el fraile para quedar siempre bien, y lo que dispuso el rey.

---

El padre Ginés entró en la cámara real tranquilo, grave y respetuoso, con el aire de humildad que á su sagrado carácter convenia, aunque á la vez con la dignidad propia de un sacerdote y del hombre que se estima en algo.

En cuanto á Felipe II es excusado decir que recibió al fraile como á todo el mundo recibia, ceremoniosamente y con el aspecto glacial que lo caracterizaba.

Pocas palabras cruzaron aquellos dos hombres, palabras que ningun valor tenian, y luégo el rey, dando principio á la conversacion, dijo:

—Mucho me duele que las circunstancias me obliguen á ocupar la atencion de un sacerdote con asuntos puramente mundanos.

—Señor,—respondió el padre Ginés,—para cum-

plir nuestra santa mision, los sacerdotes tenemos que ocuparnos tambien del mundo, pues de otra manera no podríamos dirigir á la criatura por el camino del bien, ni mucho ménos favorecer la justicia, como es nuestra obligacion, sin velar por ciertos intereses de grandísima importancia, y tanto es así, que con licencia de mi muy reverendo y beato superior, hace algun tiempo que me ocupo de un asunto muy grave, y hoy precisamente, cuando he recibido la órden de vuestra majestad, me preparaba para venir y solicitar la honra de que me escuchase.

La mirada escudriñadora del rey se fijó en el religioso; pero éste continuó impassible.

—¿Queríais hablarme?—dijo el monarca.

—Sí, señor.

—¿Y de qué?

—Si debo explicarme ántes de recibir las órdenes de vuestra majestad.....

—Sí, explicaos.

Así hizo el fraile cuanto necesitaba hacer para quedar en terreno ventajoso.

—Señor,—repuso,—una casualidad me hizo conocer cierto secreto referente á la traicion de un hombre que muy cerca de la augusta persona de vuestra majestad se encuentra, y que así como en otro tiempo representó un doble papel favoreciendo á los herejes de Flandes, puede cometer hoy cualquier otro abuso, pues el que es susceptible de olvidar sus deberes una vez, puede olvidarlos mil.

Todos los que somos verdaderos católicos, tenemos la obligación de hacer cuantos sacrificios son imaginables, hasta el de la vida, para que se conserve la muy preciosa de vuestra majestad, no precisamente porque es el monarca legítimo, sino porque representa el catolicismo en Europa, y por consiguiente, ante nada me he detenido, y sin descansar he trabajado con el fin de hacerme dueño de las pruebas del crimen del hombre á quien aludo.

—¿Y ya las teneis?—preguntó el monarca.

—Desgraciadamente no.

—Explicaos con más claridad, ó más bien concretad vuestras explicaciones, diciendo quién es el delincuente, en qué consiste su delito y qué clase de pruebas son las que existen y queríais presentarme.

—Suplico á vuestra majestad me permita repetir que esas pruebas no las tengo, y como no podré justificar la acusacion.....

—No importa, puesto que si os equivocais, nadie ha de exigiros la responsabilidad.

—El traidor es el señor Alonso de Cardona, que en otro tiempo ayudó á los herejes de Flandes, y las pruebas consisten en cartas suyas y otros documentos que fueron á parar á manos de un bandido á quien llaman el *Rojó*.

—Proseguid,—dijo el monarca con la misma frialdad que al principio de la conversacion.

Y con la misma calma y el mismo tono, repuso el fraile:

—Conseguí que el llamado *Rojo* me facilitase copias de esos documentos.

—¿Sabe escribir ese hombre?

—Acudió á un amigo suyo, conocido por el extraño apodo de *Bachiller Lagartija*.

—¿Y qué habeis hecho con esas copias?

—Las examiné y he guardado hasta la otra noche que me fueron robadas.

—¿Sabeis quién es el ladron?

—El hijo del señor Alonso de Cardona.

—¿No os equivocais?

—Lo sorprendí cometiendo el abuso, y no pude estorbarle que se llevára los papeles, porque no me está permitido entablar una lucha cuerpo á cuerpo, y cuyo resultado ha de ser forzosamente el derramamiento de sangre.

—Hé ahí un hijo que hace cuanto puede para salvar á su padre..... ¡Buen hijo!... Pero el crimen tiene la misma importancia, y el criminal merece gran castigo.

—Anoche fuí en busca del *Rojo* con la esperanza de que al fin me entregase los documentos originales; pero me encontré con que se lo habian llevado preso.

Felipe II inclinó la cabeza y cerró los ojos, permaneciendo así algunos minutos, cambiando luego de postura, fijando en el padre Ginés una mirada penetrante, y preguntándole:

—¿Y qué tiene que ver todo esto con doña Elvira de Cifuentes?

—Mucho y nada, contestó el fraile sin vacilar y con la mayor sencillez.

—No lo entiendo.

—Supongamos, como he debido suponer, que se castiga al señor Alonso de Cardona.

—Bien.

—Su hijo será siempre el hijo del traidor y del ajusticiado.

—¿Y bien?

—No me parece conveniente que se case con una mujer como doña Elvirá, noble, rica, muy virtuosa y digna de la mejor suerte. Hé ahí por qué, cumpliendo un deber de conciencia, he hecho lo posible para que esos amores concluyan, y si lo hecho no basta, revelaré el secreto á don Pedro de Cifuentes y tambien á su hija.

Despues de semejantes explicaciones, no habia medio de acusar al fraile, sino en el caso de que se probase que habia mentido.

Lo que acababa de decir el religioso, era conforme á lo que el bandido habia declarado.

La verdad podia ponerse en claro muy fácilmente, puesto que los documentos en cuestion existian, y áun cuando no se encontrasen, para la conviccion moral bastarian las copias y la declaracion del *Bachiller Lagartija*.

Todo esto lo pensó el rey; pero como nunca decia lo que pensaba, ni tampoco procedia con ligereza, se concretó á responder:

—Quedo enterado.

Y mandó que otra vez entrasen el doctor y el juez.

—Señor alcalde, —dijo el rey, —en compañía del padre Ginés y de Olivares, sin que os separeis un instante de ellos, ireis á la vivienda del criminal, y buscareis allí los documentos que son tan necesarios para que se haga justicia. Cuando los tengais, os volvereis.

—Ruego á vuestra majestad me diga si he de venir solo.

—Sí; pero que el doctor examine los papeles para que no le quede duda de su contenido.

Aunque muy ligeramente, palideció el médico.

—Señor, —dijo, —temo que hayan abusado de la buena fé de vuestra majestad.

—¿Y la declaracion del delincuente?

—Ha mentido para ganar tiempo. Conozco á ese miserable y sé que es capaz de todo. Todo esto es absurdo, y repito que creeré cuando lo vea. Sin embargo, puedo equivocarme.....

—Pronto saldremos de dudas.

Los tres salieron del alcázar.

Bien fuese por casualidad, bien porque el alcalde, excesivamente severo y reservado, quisiera evitar la conversacion sobre aquel asunto, quedóse un poco atrás con pretexto de hablar á ios alguaciles que en la puerta lo esperaban, y así continuó.

—Reverendo padre, —dijo el doctor, —ahora que podemos hablar porque nadie más que Dios nos escucha.....

—¿Y os parece poco?

—Porque me parece mucho es por lo que manifestaré con toda verdad lo que siento sobre este negocio.

—Yo ignoraba que hubiérais tomado parte en esta intriga.

—Y por vuestra desgracia sé tanto como vos.

Levantó el fraile la cabeza y miró al médico.

Este desplegó una leve y maliciosa sonrisa, y añadió:

—Repito que nadie más que Dios nos escucha.

—Así parece.

—Y diré cuanto me parezca bien, puesto que al Omnipotente no se le antojará venir á este mundo en figura de hombre para dar testimonio de mis palabras.

—Las que acabais de pronunciar.....

—No son impías, reverendo padre.

—De todas maneras escucho, como es mi obligación.

—Os habeis metido en mala intriga.

—¡Doctor!.....

—Habeis querido cometer una infamia.....

—¡Horror!..... Olvidais que soy un ministro del Omnipotente y.....

—Tambien sois un hombre.

—Basta, basta.

—¿Qué os proponíais al destrozar el corazón de esas dos pobres criaturas que se aman y que pueden ser felices? Esto es lo que necesito saber.

- Pues que os lo diga su majestad.
- Cometiendo un abuso, descubristeis el secreto de la traicion del señor Alonso de Cardona, y convirtiendo en arma terrible.....
- Basta, he dicho,—interrumpió el fraile.—Estais de acuerdo con el señor Alonso y su hijo; que-  
reis protegerlos y salvarlos; pero afortunadamente el *Rojo* ha declarado ya.....
- El *Rojo* os ha engañado á vos, y al juez, y á mí, y á todo el mundo, porque nunca ha tenido semejantes papeles.
- Yo los he visto.
- Eran falsos.
- Pronto saldremos de dudas.
- ¿Os obstináis en perder á esas criaturas honradas?
- Quiero únicamente que el criminal quede castigado.
- ¿Y si os suplico?.....
- No cederé,—interrumpió enérgicamente el religioso.
- Eso es lo mismo que decir que me declarais la guerra.
- A vos no; pero si os empeñáis en luchar en favor de mis enemigos.....
- Adelante, y que tenga paciencia el que sucumba.
- ¿Me conocéis bien, doctor?
- Sois un fraile, y no necesito saber más.
- Entonces.....

—A quien vos no conoceis es al doctor Olivares.

—Tal vez.

—Ya lo vereis, reverendo padre.

—Vamos por esos papeles, y despues hablaremos.

Mucho valia Olivares; pero ¿encontraria medio para salvar á las víctimas del padre Ginés?

---

## CAPITULO XIX.

---

Lo que encontraron en el corral.

---

Llegaron á la vivienda del *Rojo*, entraron y fueron al corral provistos de las herramientas necesarias que habia mandado llevar el alcalde.

No vaciló éste para reconocer el sitio designado por el criminal, y deteniéndose, dijo al doctor y al fraile:

—Aquí deben estar los papeles que se buscan. Mirad con toda vuestra atencion para que podais hacer constar que he cumplido con exactitud las órdenes que su majestad me ha dado.

Con un movimiento de cabeza respondieron el fraile y el médico.

—Cavad,—dijo el alcalde á los alguaciles.

Obedecieron éstos.

El juez permanecia grave y silencioso.

El padre Gines no podia ocultar la satisfaccion

que experimentaba, y de vez en cuando entreabría los labios para sonreír.

Aunque ligeramente, habíase arrugado el entrecejo del doctor.

Casi puede decirse que estaba pronunciada la sentencia contra el señor Alonso de Cardona.

Para el fraile era seguro el triunfo, puesto que Felipe quedaria inutilizado para casarse con Elvira.

¿Qué habia de hacer ésta más que lo previsto por el fraile, lo que ya hemos visto que determinó?

No podia suceder otra cosa, porque en aquella época el dolor no buscaba otro refugio que el cláustro.

Así los bienes de don Pedro podrian ser legados á la comunidad de San Martin.

El padre Ginés no deseaba otra cosa.

¿Qué le importaba lo demás?

No debia esperarse misericordia de Felipe II, pues la clemencia no es posible cuando se trata de quien no tiene corazon.

Además, aquel gran tirano sabía muy bien lo que podia costarle un solo acto de misericordia cuando se trataba de los que más ó ménos directamente favorecian ó habian favorecido á los rebeldes flamencos.

La razon de Estado era ántes que todo para Felipe II, y á la razon de Estado lo sacrificó siempre todo.

No, no esperaba perdon el médico, porque conocia demasiado bien al monarca.

El escribano, que habia sido llamado para que diese fé, esperaba con la pluma en la diestra y el papel en la siniestra.

Dos alguaciles con azadones dieron principio á la obra.

Fácilmente levantaron la tierra y profundizaron en el sitio designado por el *Rojo*.

Sobre este punto era imposible el error.

Despues de diez minutos, dijo uno de los corchetes:

—Aquí hay algo que no es tierra.

Y descargando un nuevo golpe con la azada, dejó al descubierto unos trapos muy sucios.

—¡Ah!—exclamó el fraile, de cuyos ojos se escaparon dos centellas de alegría.

Se contrajo más la frente del doctor.

Suponemos que se desvanecia su última esperanza.

—Mirad bien,—les dijo el alcalde.

Siguió trabajando el alguacil, y bien pronto sacó un pequeño envoltorio.

—Basta y retiraos,—dijo el severo juez á los corchetes.

Estos obedecieron, entrando en la casa.

Conste que en vuestra presencia examino esto, que es lo único que hemos encontrado.

Y el buen alcalde empezó á desliar, interrumpiéndose de repente, y diciendo:

—¿Y no deberíamos entregar esto á su majestad segun lo hemos encontrado?

—¿Y quién lo llevará sin saber lo que es?—observó el fraile.

—Yo me concretaré á ser testigo,—dijo el doctor,—pues no he recibido órden para otra cosa.

—Veamos, pues.

—Y sigo creyendo que el *Rojo* se ha burlado de todos ménos de mí, y pido que así conste.

—¡Que se ha burlado de nosotros!.....

—En las manos teneis la prueba.

—Peor para él,—dijo el alcalde.

Y siguió desdoblando el trapo, y al fin encontró un papel.

—¡Gracias á Dios!—exclamó el religioso sin poder contenerse.

—Dios es misericordioso y justo,—dijo Olivares.

—¿Qué contiene ese papel, señor alcalde?

—Ahora mismo lo vereis, padre reverendo.....

Está escrito, y..... ¡Oh!..... ¡Ah!..... Imposible.....

Y no hay duda..... Leed, padre, y vos tambien,

doctor, y vos, señor escribano..... ¡Oh!..... Peor

para el criminal..... ¡Burlarse de la justicia!.....

Haré que lo descoynten, y se le cortará la lengua

por haber jurado en falso, y ahorcado será, y luego descuartizado. Leed, leed.

El fraile y el doctor leian el manuscrito que el alcalde conservaba en sus manos convulsas por la ira y por la indignacion.

No eran los documentos que buscaban, sino otro con el que el *Rojo* podia probar que hasta el último momento habia cumplido la pena que en otro

tiempo le fué impuesta de servir cuatro años en las galeras de su majestad.

Nerviosa palidez cubrió el rostro del fraile.

Su mirada se tornó profundamente sombría.

Entónces le tocó sonreír á Olivares.

—¡Oh! —exclamaba el alcalde.—Se me hace representar el más ridiculo papel; pero á quien tiene la culpa ha de costarle muy caro.

Y volvió á llamar á los alguaciles, y con descompuestas voces les mandó que cavasen otra vez en el mismo sitio y luego en otros, de manera que no quedase en el corral sin reconocer un palmo de terreno.

El trabajo fué perdido, puesto que nada más se encontró.

¿Por qué habia mentido el *Royo*?

No habia mentido, y lo que acababa de suceder tiene fácil explicacion. La noche anterior, y segun debemos recordar, el doctor habia vuelto por segunda vez á la casa del criminal, y sospechando que éste tenía los papeles ocultos, se puso á trabajar con las herramientas que habia llevado, hizo várias pruebas, y á las tres de la madrugada consiguió encontrar los documentos, poniendo en sulugar otro que estaba en un arca y entre la pobre ropa del asesino.

Hé ahí por qué el astuto médico se atrevió á decir que todos habian sido engañados, y si se le vió palidecer miéntras los alguaciles cavaban, fué porque quiso representar mejor su papel.

No se desvanecieron del todo las esperanzas del padre Ginés, puesto que estaban las copias en poder de Felipe, y además contaba con las declaraciones del llamado *Bachiller Lagartija*.

Salieron de la casa.

—Volveré á palacio con vosotros,—dijo el fraile, —porque tengo que hacer á su majestad advertencias de importancia.

No hablaron entónces más.

Cuando llegaron al alcázar, el doctor dijo:

—Esperaré las órdenes de su majestad, y aprovecharé el tiempo en cumplir sagrados deberes, pues algun desgraciado espera que yo le salve la vida. Que Dios os guarde.

---

## CAPITULO XX.

---

### Un aviso.....

---

Apenas el doctor perdió de vista al padre Ginés y al alcalde, redobló el paso, atravesó galerías y aposentos, subió, y, cuidando siempre de ver si alguien lo observaba, llegó á los pocos minutos á la habitacion del señor Alonso de Cardona, preguntando por Felipe.

—Salió poco despues de haber almorzado,—le respondió la sirvienta,—y aún no ha vuelto.

Olivares hizo un gesto de viva contrariedad.

—No estoy tranquila,—añadió la anciana,—pues el pobre Felipe apenas se alimenta, y está pálido, y muy triste.....

—Descuidad, que respondo de su curacion completa,—interrumpió el doctor.

—Dios os escuche, porque.....

—El cielo os guarde.

Alejóse el médico con no ménos prisa que ántes.

Siempre su mirada era recelosa, y apenas podia disimular su creciente agitacion.

—¡Oh!—murmuraba.—Cada minuto que se pierde es un tesoro..... Y no sabemos cuándo volverá ese desdichado..... Preciso será acudir á su padre.

Y se fué en busca del señor Alonso, que se paseaba en una habitacion donde habia otros compañeros suyos, que sostenian animada conversacion.

—¿Cómo sigue vuestro hijo?—le preguntó en voz bastante alta el médico.

—No recupera las fuerzas con tanta rapidez como yo deseo.

Acercose más Olivares al señor Alonso, mientras le dirigia otras preguntas que no podian llamar la atencion de nadie, y despues de escuchar la contestacion, y al darle la diestra para despedirse, le dijo en voz muy baja:

—Seguidme con disimulo.

Y se alejó.

Por algunos momentos se sintió aturdido el padre de Felipe; pero reponiéndose y viendo que nadie se cuidaba de él, salió del aposento y á larga distancia siguió á Olivares.

Todas estas precauciones eran necesarias en aquel lugar.

Llegaron al fin á un pasillo estrecho y lóbrego, donde no se veia puerta ni ventana.

El doctor se detuvo.

Cardona se le acercó, pudiendo ver entónces que la mirada de Olivares era sombría.

—¿Qué teneis que decirme?—preguntó el pobre padre con tanta ansiedad como temor.

—Escuchad, y no me pidais explicaciones, porque ahora no puedo darlas.

—Alguna desgracia teneis que anunciarme.....  
La salud de mi hijo.....

—Su obstinacion es su verdadero mal.

—¡Su obstinacion!—dijo con extrañeza el señor Alonso.

Sí.

—No comprendo.....

—Vuestro hijo tenia unos papeles, unas copias de ciertos documentos de muchísima importancia.

Mortal palidez cubrió el rostro de Cardona.

Su mirada se fijó con espanto en el médico.

Frio sudor corrió por su frente.

—¿Me habeis entendido?

—Sí..... No..... Es decir.....

—Señor Alonso, he hecho algunos beneficios, y haré cuantos pueda.

—¡Ah!.....

—Si algo temeis de mí, peor para vos.

—Perdonad.

—He querido salvaros, y..... ¡Quiera Dios que la obstinada reserva de vuestro hijo no haga inútiles todos mis esfuerzos!

—¡Dios misericordioso!

—Recobrad la calma.....

—¡Estoy perdido!.....

—Aún no.

—En nombre de lo que más ameis.....

—Seguid escuchando, que el tiempo vuela.

—Decid, que todo lo espero de vuestra generosidad.

—¿Qué ha hecho vuestro hijo de los papeles?

—No lo sé.

—Si se los ha devuelto á la persona que ántes los tenía, no habrá poder humano que os salve.

—¡Ah!....

—Corred, buscadlos sin esperar á vuestro hijo, y si los encontrais, quemadlos, porque quizás dentro de algunos minutos irá por ellos el mismo rey.

—¡El rey!—murmuró el desdichado padre, que sentia como si sobre su cabeza pesase una montaña de plomo.

—Para un juez no serían bastante prueba esas copias; pero sí para Felipe II.

—No os equivocais; pero.....

—Ofrecí ayuda á vuestro hijo, y no la aceptó...  
¡Que Dios os proteja!

Sin pronunciar una palabra más se alejó el médico.

El desdichado Cardona quedó aturdido, anadado.

Dudó si soñaba.

Ni siquiera habia sospechado que el médico representaba tan importante papel en aquella terrible intriga, ni era posible que lo sospechase, porque ya sabemos que Felipe no le habia dado claras explicaciones.

Desfallecia; pero el instinto de conservacion le devolvió las fuerzas, y corrió á su aposento para buscar los papeles y quemarlos si los encontraba.

¿Y Felipe?

Entre tanto, y despues de la triste escena que tuvo lugar en casa de don Pedro de Cifuentes, el infeliz mancebo, sin darse cuenta de lo que hacia, corrió, llegó al puente de Segovia, lo atravesó, siguió impulsado por el vértigo de la desesperacion, internóse en la espesura de la ribera del Manzanares, y no se detuvo hasta que se agotaron sus fuerzas.

Sufria lo que no puede concebirse.

Su cerebro era un caos.

Unas veces con acento desgarrador, dirigia al Omnipotente las súplicas más conmovedoras, y otras se escapaban de sus lábios maldiciones y blasfemias las más horribles.

Allí permaneció una y otra hora.

Acercábase el sol á su ocaso cuando el mancebo se levantó y se encaminó pausadamente á la villa, pensando entónces que su pobre padre debia sufrir temeroso de alguna nueva desgracia.

## CAPITULO XXI.

---

Lo que despues de todo consiguió el padre Ginés.

---

Si el doctor no era un intrigante, conocia demasiado bien los resortes de la intriga, y no ignoraba que cuando se olvida un detalle, cuando se deja un cabo suelto, de nada sirve el plan mejor combinado.

—No se salvará,—decia Olivares cuando se separó del señor Alonso de Cardona;—pero haré cuanto humanamente es posible; y mi conciencia quedará tranquila.

Los momentos eran preciosos, y supo aprovecharlos, pues inmediatamente y con cuanta prisa pudo, encaminóse al arrabal de San Martin, y dió algunos golpes en la puerta de una miserable casa que habia no léjos del postigo que ha dado nombre á la calle que conocemos.

No tuvo que esperar, pues casi inmediatamente se abrió la puerta, presentándose un hombre de

elevada estatura, muy flaco, de rostro aguileño, mirada viva, y vestido como el último miserable.

Era el llamado *Bachiller Lajartija*, que exclamó al ver al médico:

—¡En mi casa vos!....

—¿Sabes quién soy?

—¿Pues quién no conoce al doctor Olivares?

—Me alegro.

Como asombrado estaba el bandido, pues no esperaba semejante visita, y como esto podia lo mismo significar un buen negocio que una desgracia, entre alegre y temeroso dejó el paso libre al doctor, cerrando otra vez la puerta, y diciendo:

—Caballero, aquí me teneis en cuerpo y alma para serviros hasta donde alcancen mis fuerzas, que si fuesen como mi voluntad, me permitirian hacer lo imposible.

—No quiero tanto.

—Espero vuestras órdenes.

—¿Estais dispuesto á emprender un viaje?

—Sí.

—¿Ahora mismo?

—Si el negocio es urgente.....

—Tanto, que no tardará dos horas la justicia en venir á buscaros para que hagais compañía á vuestro amigo el *Rojo*.

—¡Por Satanás!....

—Y este aviso no os lo doy por pura misericordia, sino porque me conviene que esteis libre y lejos de la corte.

—De todas maneras, si me amenaza un peligro....

—Os lo juro por mi honor.

—No es menester que jureis.

—Además, como me sobra influencia para conseguir que os encierren, y tambien para que os ahorquen.....

—Lo sé, y sin ser quien sois, conseguiríais fácilmente lo mismo, porque en contra mia tengo más de un pecado, y para pagar todo lo que debo, sería menester que me ahoreasen lo ménos siete veces.

—Pues bien, la alternativa no me parece que dá lugar á vacilaciones..... Tomad,—dijo el médico.

Y sacó y puso sobre una mesa una bolsa por entre cuyas mallas se distinguia el brillo del oro.

—¿Para qué es eso?

—Para los gastos del viaje.

—¡Tanto dinero!

—Cuatrocientos ducados, y más os daria, si más tuviese.

—Es demasiado.

—No, porque habeis de estar fuera de la córte una larga temporada.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Ireis á Búrgos.

—¿Que más?

—Esperareis mis órdenes, y si ninguna recibis en el trascurso de un mes, quedareis en libertad para hacer lo que mejor os parezca, aunque os

aconsejo que no os conviene volver á Madrid sino despues de mucho tiempo.

—Descuidad.

—Es condicion precisa que habeis de partir inmediatamente.

—No habrá pasado una hora cuando habré perdido de vista á Madrid.

—Si así no lo haceis, peor para vos y..... peor tambien para mí, y como no tengo la virtud de perdonar al que me engaña.....

—Líbreme el diablo de cometer semejante torpeza.

No hablaron más.

Olivares salió diciendo para sí:

—Otra prueba que desaparece, y ya no me infunde temor más que las copias..... ¿Las habrá encontrado el señor Alonso?

Volvió presurosamente al alcázar real, y tan á tiempo llegó que le dijeron:

—Su majestad acaba de llamaros.

Fué el doctor á la cámara del rey, encontrándose allí con el alcalde y el padre Ginés.

Habian estos esperado hasta que el monarca acabó de despachar algunos asuntos urgentes, y entónces fué cuando escuchó el relato que hizo el juez, presentando el documento que habian encontrado en el corral.

—¿Y qué decís de todo esto?—pregunto el rey al fraile.

—Señor, no lo entiendo; pero los papeles esta-

ban en poder del *Rojo*, yo los ví, y las copias.....

—Decís que las tiene el hijo de Cardona.

—Como que me las robó.

—Pronto lo veremos.

Mandó el monarca que buscasen á Olivares, y luego dispuso que en presencia de éste, del padre Ginés y del alcalde se registrára escrupulosamente la habitacion del señor Alonso de Cardona.

La órden fué cumplida con rigurosa exactitud por el duque de Féria, capitán de la guardia de su majestad.

No se encontraron las copias.

—¡Gracias á Dios!—exclamó Olivares.

¿Se habian salvado las dos infelices criaturas que tanto se amaban?

Desgraciadamente en aquellos momentos se levantaba entre sus corazones un obstáculo que no podia vencer el doctor.

Quedó muy pensativo el rey cuando supo que las copias no parecian, y mandando que el padre Ginés y el alcalde esperasen en la antecámara, le dijo á Olivares:

—Quedaos, que tenemos que hablar.

Y cuando estuvieron solos, añadió:

—Quiero que á toda costa se ponga en claro la verdad. ¿Por qué ese criminal llamado el *Rojo* ha mentido? ¿Por qué con tanta seguridad afirma el padre Ginés que tenía las copias y se las robó el hijo del señor Alonso? En este asunto hay algo que no se vé, que no me explico, hay un misterio

que necesito penetrar, pues, según lo que está sucediendo, empiezo á creer que lo de ménos importancia es la supuesta traicion de Cardona.

—Vuestra majestad no se equivoca.

—Idos, buen doctor, y no volvais hasta que os sea posible darme explicaciones claras y presentarme pruebas que no dejen lugar á la duda.

—Señor, he cavilado mucho, y cuando ya me consideraba impotente, Dios ha querido enviar á mi inteligencia un rayo de luz.

—¿Y habeis adivinado?

—Creo que sí.

—¡Gracias á Dios!

—El padre Ginés ha inventado un cuento para atemorizar al pobre Felipe, exigiéndole que renunciase á su anhelado casamiento con doña Elvira de Cifuentes.

—¿Y qué habria conseguido con eso?

—Que doña Elvira se encerrase en un convento, y su padre, sin otros hijos ni parientes, y dominado por su confesor, dejase sus bienes á la comunidad de San Martin.

—¡Ah!.....

—El *Rojo* está vendido al fraile y.....

—Basta, basta,—interrumpió Felipe II.

Y desplegó una de aquellas terribles sonrisas que siempre eran anuncio de catástrofes.

—La intriga,—dijo,—no está bien en los conventos.

—Y por desgracia.....

—Lo sé; pero como hay tambien celdas en el alcázar de Segovia.....

—Señor.....

—¿Vais á pedirme gracia para el criminal?

—Me parece que queda castigado con la derrota que ha sufrido y que debe mortificarle mucho.

—No es bastante.

—Sin embargo, suplico á vuestra majestad.....

—Ya sabeis que cuando hago justicia me desagradan las observaciones.

—Perdóneme vuestra majestad.....

—Salid y esperad,—dijo el rey.

Obedeció el doctor.

Fué llamado otra vez el duque de Féria, y otras dos veces salió de la cámara y entró.

—¿Qué sucede?—se preguntaban algunos individuos de la servidumbre

Así permanecieron dos horas.

Por fin el duque se acercó al fraile, diciéndole:

—Venid, reverendo padre..... De órden de su majestad.

—¿A dónde?—preguntó el reverendo.

—Lo vereis.

—Pero.....

—No puedo contestaros.

El religioso palideció.

Olivares se le acercó, diciéndole al oido:

—He visto al rey sonreir.....¿Entendeis?..... Que Dios os proteja.

Una mirada de ódio profundo lanzó el padre

Ginés al doctor, y sin articular una sílaba siguió al duque.

Al salir del alcázar vieron un coche y diez soldados de caballería que esperaban.

Un lacayo abrió la portezuela y pudo entonces verse un hombre que habia dentro del carruaje.

—Entrad, —dijo el de Féria al padre Ginés.

—Pero ....

—El rey lo manda.

—Pertenezco, —replicó el fraile, —á la comunidad de San Martín, y...

—Si no obedecéis, haré uso de la fuerza. Ya sabéis que cuando manda Felipe II es preciso obedecer.

—No lo ignoro, señor duque; pero bien sabéis que ante todo soy vasallo del superior de San Martín, que tiene jurisdicción y.....

—Están muy bien esas observaciones; pero no en este momento, ni dirigidas á mí, que soy un soldado, pues bien comprendéis que ni entiendo de tales asuntos, ni puedo hacer más que cumplir las órdenes de su majestad.

—Sin embargo.....

—Perdonad: no os escucharé:

—Decidme siquiera á dónde me llevan.

—Lo ignoro.

—Entonces.....

—Llamamos la atención, y repito que emplearé la fuerza.

Convencióse el fraile de que con la resistencia

---

no conseguiria más que agravar su situación, y entró en el coche, cuyas mulas partieron, siguiendo los soldados al pesado vehículo.

¿A dónde llevaban al padre Ginés?

Al alcázar de Segovia, en cuyos calabozos debía terminar su vida como reo de Estado.

Aún no debemos abrigar esperanzas de salvación para los dos infelices amantes, pues ya hemos dicho que les estaba reservada otra desdicha mayor que las que habían experimentado hasta entonces, sin que pudiera servirles de consuelo que el padre Ginés hubiese sido castigado como merecía.

## CAPITULO XXII.

---

### La nueva desgracia.

---

El doctor Olivares descansó, reflexionó y creyó que su difícil obra estaba terminada, pues ni remotamente sospechó que Felipe hubiera consumado el sacrificio aquel mismo día.

—¡Ah!—exclamó.—Indudablemente es un goce sin igual hacer beneficios; pero no me meteré en otro negocio como este, sobre todo cuando sea menester habérselas con un fraile, porque de seguro me perdería.

Empezaba ya á oscurecer, y el médico volvió á la habitación de Cardona, encontrando á Felipe, que acababa de llegar.

Parecía el mancebo un cadáver movido artificialmente, y fijó en el doctor una mirada de indiferencia estóica.

—Señor Felipe,—dijo el doctor mientras obser-

vaba muy atentamente al mancebo,—os veo abatido, lo cual prueba que se ha desvanecido nuestra última esperanza.

—No os entiendo,—replicó el jóven, que más que nunca estaba decidido á guardar el secreto de su desgracia.

—Vuestra reserva ha podido costaros muy cara, y ya es inútil. ¿No habeis visto á vuestro padre?

—No.

—Pues preguntadle, y os dirá que todo lo sé, absolutamente todo, y que gracias á mi aviso no han podido encontrarse las copias que imprudentemente guardábais.

—¡Doctor!

—En cuanto al padre Ginés.....

—¡Oh!—exclamó Felipe como si repentinamente recobrase la energía, y fijando en el médico una mirada terrible.—Conoceis el secreto..... Peor para vos, porque de aquí no saldreis con vida. He sacrificado mi corazon para salvar á mi padre, me he destrozado el alma..... ¿Qué me importa lo demás?... Habeis cometido una torpeza, no habeis comprendido que la desesperacion.....

—¡Pobre mancebo!.....

—¿Me compadeceis?—replicó el jóven con creciente exaltacion.—Así cometeis una segunda torpeza. ¿Por qué habeis querido conocer mi secreto? ¿No pensásteis que yo no podia dejar con vida al que penetrase el misterio horrible de mi desgracia?

—Tomad,—dijo el doctor con calma.

Y sacó y entregó á Felipe unos papeles amarillentos y sucios.

Quedaron silenciosos.

El mancebo tomó los papeles, los desdobló maquinalmente y empezó á leer.

A los pocos momentos exhaló un grito que parecia llevarse tras sí el alma, miró con estupor á Olivares, volvió á leer, y sintiendo que las fuerzas le faltaban, dejóse caer en una silla.

—¡Ah!—exclamó.

—Para eso queria conocer el secreto.....

—¡Y he destrozado el alma de Elvira!.....

—¿Qué habeis hecho, desdichado?

—¡Dios mio!..... ¿Es esto verdad?..... ¡Ya es tarde!.....

—¿Y ahora os falta el valor?..... Romped esos papeles; corred, que quizás en este instante el dolor acaba la existencia de la mujer á quien amais y os ama..... Yo buscaré á vuestro padre.....

—¡En peligro la vida de Elvira!.....

—Sí,—dijo el doctor, comprendiendo que era preciso que el mancebo experimentase aquella nueva impresion dolorosa para evitar que perdiese la razon.

—¡Soy un miserable!—gritó Felipe fuera de sí.

Y otra vez recobró la energia, y sin cuidarse de tomar su sombrero, lanzóse fuera de la habitacion pronunciando el nombre de Elvira.

—Sí,—decia el doctor:—que corra, que se agite..... Despues vendra la reaccion y se salvará.....

¿Y la hija de don Pedro?.... ¡Oh!.... Empieza otra lucha; pero ahora podré triunfar sin más auxilio que el de la ciencia..... Veamos: primero el señor Alonso, y despues doña Elvira.

Felipe corrió con una ligereza prodigiosa, llegando en pocos minutos á la vivienda del señor de Cifuentes, y entrando sin escuchar lo que el criado le decia.

La escena que se preparaba debia ser breve, y tan cómica como patética.

Aún no hacia una hora que don Pedro habia vuelto á su casa, y empezaba á regocijarse con la idea de la dulcísima tranquilidad que le esperaba sin tener otros cuidados que el de su persona. Lo único que le disgustaba era no haber visto al padre Ginés, á quien el criado habia ido á buscar lo ménos diez veces durante aquel dia, encontrándose siempre con que el religioso no habia vuelto.

Daba á Dios gracias el señor de Cifuentes, cuando se abrió violentamente la puerta de la habitacion, entrando Felipe jadeante, con el rostro lívido y descompuesto y relumbrando las pupilas.

Don Pedro exhaló un grito de sorpresa y de terror.

¡Cuán pasajera habia sido la dicha de su tranquilidad!

—¿Dónde está Elvira?—preguntó el mancebo con el arrebató propio de su febril excitacion.

—¿Y qué os importa?—replicó maquinalmente el caballero.—¿Para qué habeis venido? ¿No sabeis que?....

—¡Elvira, Elvira!.. ..

—Callad..... ¡Dios bendito!..... Parece que está loco..... Salid.....

—Pero vuestra hija.....

—Ahora.....

—¡Por Dios vivo!..... ¿Intentais burlaros de mí? —replicó el mancebo con tono de terrible amenaza.

—No, señor Felipe; pero.....

—Elvira..... ¿dónde esta?..... Decídmelo pronto....

—¿Y para qué, si no habeis de verla?

—¿Quién me lo estorbará?

—Yo que soy su padre.....

—¡Vive el cielo!..... Si os atreviéseis.....

—Y elia..... ¡Oh!..... ¿No os lo dijo muy claramente esta mañana?..... Pues ya lo sabeis, no quiere ser vuestra esposa, y aunque para quejaros os sobra la razon.....

—¿Qué estais diciendo?

—Lo que sabeis por experiencia, que la mujer es mudable, caprichosa, falaz, embustera..... Sosegaos, que bien se me alcanza lo que debeis sufrir, y soy vuestro mejor amigo..... ¡Ah!... ¡Otra vez las borrascas!..... ¿Cúando tendré tranquilidad?.... Digno sois de compasion; pero mi suerte no es envidiable. Consolaos, pues.....

—Caballero, estoy desesperado, trastornado, loco.

—Ya se conoce.

—Lo que decís es incomprensible. Ante todo quiero saber cómo se encuentra vuestra hija.

—¡Noble corazon!..... Aún os interesais por su

salud..... Tranquilizaos, que está buena, y como al fin ha hecho su gusto, no enfermará, ni siquiera se desmayará.

—¿Os burlais?—replicó el mancebo, empezando á recobrar la calma al saber que no habia sufrido alteracion la salud de la jóven.

—Señor hidalgo, no soy hombre de burlas.

—Cualquiera que os oyera creeria que ahora es completamente feliz vuestra hija.

—Cuando las mujeres hacen su gusto, son dichosas, y claro es que mi Elvira se considera la más dichosa de las criaturas desde el momento en que hizo lo que deseaba.

—No os entiendo.

—A mí tambien me costó mucho trabajo entender esta mañana, pues ya sabeis que me dormí, y cuando desperté y la ví sin sentido en el suelo.....

—¡Oh!.....

—Tuvo lástima de vos; pero duró poco la pena. Ahora sufrís; pero algun dia os alegrareis cuando la veais esposa de.....

—¡Que el infierno me trague!—gritó Felipe.— ¡Esposa de otro!..... Jamás, porque si os empeñais en sacrificar su corazon.....

—Está visto, os habeis vuelto loco..... ¿Cómo puede decirse que la he sacrificado porque le doy licencia para hacer su gusto? Una y otra vez ha dicho: «Quiero ser monja».....

—¡Ah!.....

—Yo deseaba consultar al padre Ginés.....

—¡Por Satanás!.....

—Estais espiritado.....

—¡Monja Elvira!.....

—Ya la teneis en Santo Domingo el Real.

Felipe se sintió desfallecer, y tuvo que sentarse; pero á poco que reflexionó, comprendió que no debia considerar como desgracia lo que sucedia.

Si Elvira estaba en un convento, no era monja, y su determinacion probaba el amor que á Felipe tenía y la indiferencia con que miraba á los demás hombres y al mundo.

—¿Ahora entendeis?—preguntó don Pedro.

—Perdonad.

—Mi hija es quien necesita perdon.

—No perdais un instante, caballero, porque es preciso evitar la inmensa desgracia que milagrosamente no ha sobrevenido.

—¿Qué he de hacer?

—Ir al convento y decirle á Elvira que la amo como nunca, y que ya han desaparecido los obstáculos que se oponian á nuestra union.

Don Pedro fijó una mirada de extrañeza en Felipe, y no sabemos lo que pensaba contestar, pues no pudo hacerlo, porque se presentó Olivares.

—¡Gracias á Dios!—exclamó entonces el señor de Cifuentes.

—¿Me necesitábais?—preguntó el médico en tanto que examinaba el semblante de Felipe.

—Sí, doctor, para que me ayudáseis á poner en claro lo que no puedo entender.

- ¿Y vuestra hija?
- Esta mañana se desmayó; pero ya está buena.
- En el convento de Santo Domingo el Real,—dijo Felipe.
- ¿Todavía no sabe?.....
- No, no conoce su dicha.
- Pues vamos al convento,—dijo el doctor.
- ¡Vos tambien!—exclamó el señor de Cifuentes.
- Y os advierto que si no vamos pronto, vuestra hija morirá.
- ¿Y por qué?..... La he dejado buena.....
- Caballero, ántes que las explicaciones, es la vida de doña Elvira.
- ¡Dios bendito!..... ¿Os habeis propuesto volverme loco?..... Cuando empezaba á disfrutar de alguna calma, despues de un dia horrible, habeis venido..... ¡Ah!..... Y el padre Ginés, que es la única persona que puede aconsejarme, no parece.....
- ¿Lo esperábais?
- Han ido veinte veces á buscarlo.
- No volverá á su convento.
- ¿Pues qué le ha sucedido?
- Nadie lo sabe; pero es lo cierto que esta mañana estuvo en palacio, que se fué y..... Como si se lo hubiera tragado la tierra.
- ¿Qué será de mí sin ese santo varon?..... ¡Dios misericordioso!..... ¡Cuanta desgracia!..... ¡Ay!..... No sé lo que siento.....
- Otra vez fué interrumpido por el criado que le entregó un papel, diciéndole:

—De parte de la superiora de Santo Domingo el Real.

—La cabeza apuesto á que me anuncian otra desgracia.

—Ya os lo he dicho: si no acudimos pronto, vuestra hija se morirá, y vos sereis el responsable de tan horrible desgracia.

—Pero, señor,—dijo el señor de Cifuentes con plañidero tono,— si no he hecho más que dar gusto á mi hija, someterme á su voluntad, satisfacer sus caprichos.....

—Leed esa carta.

Leyó don Pedro, y exclamó:

—¡Enferma!...

—Y de gravedad.

—No os equivocais..... Dice la superiora que ha ido el médico de la comunidad, y que no encuentra remedio.....

—¿Y aún os deteneis?

—Mi sombrero, mi capa..... Y luz..... ¡Ah!..... vamos.

Acababa de anoecer.

Salieron los tres con el criado, que llevaba una linterna.

—Volveos á palacio y esperad,—le dijo el doctor á Felipe.

—Quiero ir con vosotros.

—No podeis entrar en el convento.

—Esperaré á la puerta.

—¿Y qué conseguireis?

—Saber más pronto cómo se encuentra Elvira.

—Haced lo que mejor os parezca.

Y aunque sin capa y sin sombrero iba, no quiso separarse del doctor, y hasta la puerta del convento fué, quedando allí con el criado.

---

## CAPITULO XXIII.

---

Cómo acabaron los personajes de esta historia.

---

Mucho mal hicieron á Elvira los grandes esfuerzos con que se dominó hasta el punto de aparecer tranquila mientras la más espantosa borrasca rugía en su espíritu, y como las fuerzas físicas tienen su límite, resultó que se agotaron muy pronto las de la hija de don Pedro, y que con la reacción y al desaparecer aquella falsa energía, sobre vino la crisis que muy fácilmente podía terminar su existencia.

En el alma estaba la enfermedad de la jóven; su pasión contrariada, su última esperanza perdida, y la hiel del desengaño. Hé ahí la causa de su mortal dolencia.

¿Cómo ningún médico que no fuese Olivares, había de conocer la enfermedad? Apreciaban el pulso, buscaban síntomas y veían la muerte cercana, sin que les fuese posible hacer más.

No habia exagerado el médico que acababa de ver á Elvira y recetó con mejor deseo que tino, pues bastaba mirar á la infeliz para comprender que su fin estaba cercano.

Al ver don Pedro el rostro lívido y desfigurado y la mirada vaga de su hija, se horrorizó, retrocedió un paso y murmuró trabajosamente:

—¡Dios bendito!..... ¡Pobre hija mia!.....

La superiora y otras dos religiosas encontrábanse junto al lecho y esperaban con ansiedad el fallo del doctor.

Se arrugó el entrecejo de éste, y su mirada se tornó sombría.

Largo rato permaneció inmóvil y silencioso; luégo apreció el pulso de la enferma, que se encontraba en un período de letargo, y preguntó:

—¿Ha delirado?

—Sí,—respondió la superiora.

—¿Pero no la habeis visto llorar?

—No.

—Dios nos ayude, porque la ciencia no ha de salvarla.

—¡Ah!—exclamó don Pedro.—Pero ¿qué enfermedad tiene mi hija? ¿Cómo tan repentinamente ha podido suceder esto?

—Preguntádselo al señor Felipe de Cardona y.... ¡al rey!

Todas las miradas se fijaron con estupor en el médico, que añadió con su calma terrible:

—¿Qué han recetado?

—Mirad,—dijo una de las monjas, presentando á Olivares un papel y un vaso que contenia un liquido de color oscuro.

Se encogió de hombros el doctor, tomó el vaso y arrojó al suelo el brebaje.

—¿Qué haceis?

—Esto para nada sirve.

—Pero.....

—La enfermedad de doña Elvira, — repuso el médico.—no la conoce nadie más que yo, porque yo conozco la causa.

—Salvad á mi hija, doctor, salvadla, y.....

—Dios la salvará con un milagro. ¿Habeis creido que los hombres son omnipotentes?

—¡Oh!.....

—Y despues de haber luchado tan tenazmente, de haber arrostrado todos los peligros, de haber hecho imposibles, y cuando el triunfo premiaba mis esfuerzos de gigante, viene la muerte con su mano helada y derrumba el gran edificio en un instante, y acaba con todo..... ¡Triste resultado!

—Doctor,—dijo don Pedro,—recetad y.....

—Nada prometo.

—Pero algo hemos de hacer.

—Sí; cumpliré mi deber, como siempre lo he cumplido. Creí que habia terminado la lucha, y ahora empieza..... ¡Lucharé!

—Puesto que vos conoceis tan perfectamente la enfermedad.....

—Sí.

—Entonces.....

—Tengo necesidad de permanecer aquí toda la noche.

—Me parece que no se opondrá la reverenda madre superiora, porque se trata de la vida de una criatura. Y yo también me quedaré.....

—Os ireis, y al salir le direis al pobre Felipe que aunque el caso es grave, tengo esperanza.

—¿Y por qué,—dijo don Pedro,—he de consolar á ese hidalgo, cuando en realidad él tiene la culpa de cuanto pasa?

—Caballero,—replicó severamente el doctor;— estamos en presencia de la muerte, y no es ocasión de disputar. Salid, tratad á Felipe con dulzura, porque es víctima de la misma intriga infame que vuestra hija.....

—Pero.....

—Haced lo que os digo; y también ireis á palacio, vereis á su majestad, le dareis la triste noticia, y volveréis á vuestra casa á esperar nuevos avisos.

El señor de Cifuentes obedeció, no sabemos si de mala gana.

Al salir vió á Felipe, que le preguntó con ansiedad indescriptible:

—¿Y Elvira?

—Mal, muy mal.

—¡Oh!.....

—Pero el doctor no pierde la esperanza.

—¡Dios mio, dadme fuerzas para soportar este golpe, y generosidad para perdonar al miserable que es causa de tanta desdicha!

—Yo tambien sufro.

—Es verdad; pero.....

—Me resigno como buen cristiano.

—Yo no me resignaré.

—Vamos, vamos.

—No me moveré de aquí.

—¿Y qué adelantareis? El doctor no saldrá en toda la noche, y yo he de ir á palacio para decirle al rey lo que pasa, y..... vuestro padre que os espera.....

—¡Padre mio!.....

Por fin el jóven se alejó del convento como si se dejase allí el alma.

La situacion no podia ser más horrible.

¿Para qué habia servido la lucha tan hábil y constantemente sostenida por el doctor?

El sufrimiento del jóven apenas puede concebirse, pues sobre su dolor por el peligro que amenazaba á Elvira, le atormentaba su conciencia. El infeliz se preguntaba si no tenia la culpa de todo por su reserva con el doctor, y por haberse á apresurado á obedecer al fraile.

Hay almas sublimes que parecen estar siempre ávidas del dolor, como si gozasen sufriendo, y dan siempre á las desgracias mayores proporciones, y aun cavilan para encontrar motivo de acusarse como autores más ó ménos directos de la misma

desgracia que deploran. Esas conciencias purísimas son tan escrupulosas, tan exigentes, pudiéramos decir, que muy difícilmente se satisfacen.

Lo repetimos, el dolor de Felipe nadie podía comprenderlo.

En cuanto al señor de Cifuentes, si no sufría todo lo que en caso igual sufre un padre, estaba cada vez más aturdido, pues cuanto veía era incomprendible, y contradictorio cuanto le decían, y más aturdido se sintió cuando el rey, después de escucharlo, le dijo:

—Nadie más que Olivares puede salvar á vuestra hija, porque conoce la causa de la enfermedad, y si lo consigue con la ayuda de Dios, la sacais del convento y la casais inmediatamente con el señor Felipe de Cardona, cuya suerte queda á mi cuidado.

—Pero, señor,—se atrevió á replicar don Pedro,—es el caso que mi hija declaró en mi presencia que ya no amaba al señor Felipe.....

—Decia todo lo contrario de lo que sentia.

—No lo entiendo, señor.

—Olivares os lo explicará.

—¡Siempre el doctor!

—Que el cielo os guarde, don Pedro.

A pesar de las cavilaciones y del aturdimiento, el señor de Cifuentes debía dormir aquella triste noche.

Entre tanto se hacian muchos comentarios en el convento á propósito de las palabras misteriosas del doctor.

La superiora se instaló en la celda, ocupándose en rezar mientras el médico observaba á la enferma.

Las horas pasaron con una lentitud horrible.

La fiebre seguía creciendo y devorando á la infeliz Elvira.

Las estrellas palidecieron.

Empezó la aurora á desplegar sus sonrisas.

Habíase dormido la monja con las camándulas en la diestra.

Resonó una campana.

La jóven se estremeció, exhaló un penoso suspiro y abrió los ojos.

—¡Ah!—murmuró débilmente.

—¿Me conocéis?—le preguntó el médico.

Movióse la enferma, miró á Olivares, y despues de algunos momentos dijo:

—¡El doctor!.....

—Vuestro mejor amigo..... Os traigo buenas noticias.... Felipe ha triunfado, y os ama.

El nombre del mancebo produjo un efecto mágico.

Aunque falsa, empezó á recobrar la energía la jóven, recuperando sus ojos algun brillo.

—¡Felipe!—dijo.—¡Ah!..... No hay esperanza.....

—Sí.

—Me engañais y..... Me muero, dóctor.

—Vivireis.

—Siento el corazon helado..... Decidme que Felipe me ama, juradlo.....

—Lo juro por Dios.

—¡Bendito seas!..... Moriré tranquila..... Pero ese misterio.....

—Abusaron de la buena fé de Felipe; pero el criminal está ya castigado.....

—¿Es eso verdad?—preguntó la jóven con una energía inexplicable en su estado.

Y sus negras pupilas relumbraron por un momento, y su mirada ansiosa pareció querer devorar al doctor.

—Todos los obstáculos han desaparecido, y Felipe será vuestro esposo..... Pero es preciso que tengais valor.....

—¡Dios mio!.....

—Vivireis y sereis dichosa.

—Sí, quiero vivir,—dijo Elvira,—vivir para él, vivir para amarlo.....

No pudo proseguir, porque se sentia ahogada.

Sus ojos se humedecieron.

—Llorad,—dijo el doctor.

Dos lágrimas corrieron por las mejillas de la jóven, que volvió á languidecer.

—¡Se ha salvado!—exclamó Olivares.

La superiora despertó.

—Mirad,—le dijo el médico.—Ahora respondo de su vida.

—¡Dios misericordioso!.....

—Sí, dad gracias al Omnipotente.

—¡Milagro, milagro!.....

—Todo se lo debemos á Dios; pero ¿no ha hecho

nada el pobre médico?—replicó Olivares con amargura.

La superiora mandó que se reuniese la comunidad en el coro, y que diese gracias á Dios por haber salvado á la enferma.

Entónces recetó Olivares, dirigió algunas palabras de consuelo á Elvira, y salió del convento, encaminándose presurosamente á palacio.

Acababa de dejarse ver el sol.

Ni Felipe, ni su padre, ni la anciana sirviente habian podido dormir aquella noche, ni siquiera se habian acostado.

Con tanto terror como afan miraron al médico.

—Respondo de la vida de doña Elvira,—dijo el doctor al entrar.

—¡Ah!.....

—Dios os haga felices.

—A vos os lo debemos todo..... ¡Jamás podré pagaros!—exclamó Felipe.

—Y el padre Ginés,—añadió el señor Alonso,—pagará.....

—Perdonadlo.

—¡Perdon para el miserable que ha hecho sufrir á mi hijo!

—¡Perdon para el que quiere deshorrar á mi padre y ha destrozado el alma de Elvira!.....

—No.

—Jamás.

—He creido proteger á criaturas generosas que sabian perdonar.

- ¡Oh!.....
- El padre Ginés camina bien escoltado hácia Segovia.....
- ¡Horror!
- Si el rey llegase á entender que conocíais este secreto, iríais á hacer compañía al fraile.

Poco más tenemos que decir, amado lector.

Trascurrió una semana ántes de que Elvira pudiese salir del convento; pero despues recobró muy pronto las fuerzas y la alegría, y dos meses más tarde se casó con Felipe.

Así don Pedro de Cifuentes tuvo la tranquilidad que deseaba; pero no la disfrutó más que un año, y una mañana, despues de almorzar segun su costumbre, entregóse al más dulce sueño, ese sueño incomparable de la apoplejía.

No volvió á despertar.

Ni áun en su agonía sufrió.

De la pérdida de su padre se consoló Elvira con el amor de su esposo y con un hijo que el cielo quiso darle.

El *Royo*, como si hubiera querido burlarse del juez una vez más, murió su calabozo, á consecuencia de su enfermedad, ántes de que le aplicasen el tormento.

El *Bachiller Lagartija*, comprendiendo bien su conveniencia, no volvió á la córte.

El doctor Olivares siguió impasible y represen-

tando el mismo papel que siempre habia representado.

El padre Ginés murió despues de dos años en un calabozo del alcázar de Segovia, sin que la comunidad de San Martin pudiese averiguar lo que le habia sucedido.

FIN.



# INDICE

---

	<u>Pásg.</u>
I. Una alternativa . . . . .	5
II. Donde acabamos de conocer al hidalgo.	23
III. Donde daremos á conocer á doña Elvira.	31
IV. El doctor Olivares. . . . .	48
V. Cómo recibió Elvira la noticia. . . . .	61
VI. Felipe empieza á entrever una esperanza. . . . .	76
VII. De la muy desagradable conversacion que tuvieron Elvira y Felipe.	90
VIII. De cómo Felipe acometió su empresa, y el resultado que dió. . . . .	102
IX. Se convence Felipe de que el fraile dice la verdad. . . . .	114
X. Sigue el doctor haciendo descubrimientos. . . . .	126
XI. El doctor sigue adelantando. . . . .	141
XII. Cómo el rey trastornó los planes de los unos y de los otros. . . . .	150
XIII. De como se quedaron iguales el doctor y el padre Ginés. . . . .	157
XIV. . . . .	166
XV. Una escena triste. . . . .	173

XVI. De como Elvira acabó de complacer al fraile. . . . .	181
XVII. De mal en peor. . . . .	194
XVIII. Como se preparó el fraile para quedar siempre bien, y lo que dispuso el rey. . . . .	202
XIX. Lo que encontraron en el corral. . . . .	211
XX. Un aviso. . . . .	217
XXI. Lo que despues de todo consiguió el padre Ginés. . . . .	222
XXII. La nueva desgracia. . . . .	231
XXIII. Cómo acabaron los personajes de esta historia. . . . .	341





## BIBLIOTECA DE AMBOS MUNDOS.

Cuatro rs. tomo en Madrid y cinco en provincias.

MR. KINGLIN, ó el pacto con el demonio. —Las costumbres. —Una palabra sobre París. —Metusko ó la independencia de Polonia. —Estas cuatro preciosas novelas del célebre Pigault Lebrun forman un bonito tomo.

DOS PILLOS (Memorias de una Duquesa), por D. Ramon Ortega y Frias; un tomo. Quedan pocos ejemplares de esta interesante novela,

UN AÑO ENTRE LOS SALVAJES; viajes y aventuras del doctor Smith. por D. R. Ortega y Frias; un tomo.

EL PADRE GINÉS (memorias del tiempo de Felipe II), por D. R. Ortega y Frias; un tomo.

PROXIMO A PUBLICARSE.

PIEL DE ZAPA, por H. de Balzac; dos tomos.

## COCINA MODERNA

TRATADO COMPLETO DE COCINA, PASTETERIA,  
REPOSTERIA Y BOTILLERIA.

Contiene gran número de recetas de ejecucion fácil y segura, segun la práctica de los más afamados cocineros ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS, comprendiendo el servicio completo de la mesa y arte de trinchar; el método mejor para eaborar excelentes pasteles, helados y licores, ilustrado con 100 grabados, intercalados en el texto. Un tomo de 500 páginas, 12 rs.

GALLINAS Y DEMÁS AVES DE CORRAL, ó sea conse prácticos para sacar de las gallinas, pavos, etc., mayor producto posible, con la indicacion de sus enfermedades y de los medios para curarlas, por d Buenaventura Aragó: un tomo, 10 rs. en Madrid 12 en provincias.

